TOMO CVIII. ABRIL-JUNIO CUAD. II.

BOLETIN
DE LA
ACADEMIA DE LA HISTORIA

VEINTE COLOQUIOS DE ERASMO

I

Los Coloquios de Erasmo

L *Colloquiorum liber* de Erasmo, la *Exercitatio linguae latinae* de Luis Vives y los *Colloquia scholastica* de Mathurin Cordier, fueron, sin duda alguna, las tres más notables colecciones de *diálogos escolares* de entre las muchas que vieron la luz en el siglo XVI [1]. El malogrado Bonilla y San Martín afirmó que los de Vives aventajan a los de Erasmo en valor pedagógico [2], y en ello convendrán los que conozcan los unos y los otros, si tienen en cuenta su índole respectiva y consideran que tales diálogos destinábanse a jóvenes estudiantes, apenas llegados a la pubertad, que hasta entonces casi no habían aprendido otra cosa en las aulas que a leer y escribir, las cuatro reglas elementales de la Aritmética y los rudimentos de la gramática latina. En efecto: la elección de los asuntos, la graduada dificultad de

1 Los *Coloquios* de Erasmo se publicaron hacia 1521; la *Exercitatio* de Vives en 1532 y los *Colloquia* de Mathurin Cordier, maestro de Calvino, en 1564.

2 *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento*; Madrid, 1903; pág. 387.

la lectura, el tono familiar, la estudiada selección de los vocablos y de las frases, la enseñanza moral que se tiende a inculcar y hasta los conocimientos y nociones particulares con que insensiblemente se va ilustrando la mente del alumno por un método muy parecido al que hoy se emplea en las llamadas *lecciones de cosas,* son circunstancias que acaso estén mejor logradas por Vives que por Erasmo; pero no es éste, a mi entender, el punto de vista desde el que hay que juzgar sus *Coloquios,* pues aunque con ellos se propusiera principalmente que los escolares se familiarizasen con el latín, es lo cierto que tal propósito parece que en Erasmo no fué más que un pretexto, porque en cuanto cogía la pluma, olvidábase del objeto primordial para ser, no el pedagogo, sino el intencionado autor del *Enchiridion,* del *Elogio de la Estulticia* y de los *Silenos de Alcibiades,* es decir, el crítico de las costumbres, de las personas, de las doctrinas y de las instituciones de su tiempo, que no vacila nunca en fustigar de modo implacable la ignorancia, la superstición y la rutina, aun cuando se cobijen bajo la corona de los reyes o de la tiara de los pontífices romanos.

Erasmo, sin embargo, trató de demostrar que sus aspiraciones no rebasaban los límites pedagógicos. En el prólogo titulado *De utilitate Colloquiorum,* que puso a la segunda o tercera edición de este libro, declara que el designio que tuvo al escribirlo fué despertar en los jóvenes el amor al estudio valiéndose de una forma amena [3], por estar convencido de que por este medio, se les conduce más fácilmente que con la severidad y rigidez didácticas; proporcionarles los elementos más convenientes para la formación de sus costumbres, aprovechando los días de la adolescencia, que es la edad en que con menor esfuerzo y de modo más permanente se fijan las ideas en el ánimo; combinar de manera agradable el estudio de la lengua latina con la enseñanza de los principios

3 Erasmo era tan partidario de este sistema pedagógico, que en el citado prólogo escribe estas palabras: *Et haud scio an quidquam discitur felicius, quam quod ludendo discitur.*

fundamentales de la Moral, de la Teología y de la Religión, y hacerles aprender, como por juego, historias, fábulas y otras diversas materias dignas de ser conocidas.

Pero que en los *Coloquios* se vió desde el primer momento algo más que un libro escolar, demuéstralo la polvareda que levantó con su aparición y las polémicas acaloradas a que dió lugar en los años sucesivos, las cuales, reñidas bravamente y con alterna fortuna por uno y otro bando, terminaron más de cinco lustros después de la muerte de Erasmo con la inclusión de su obra en el *Indice* expurgatorio de los libros prohibidos con arreglo a los cánones del concilio de Trento [4].

* * *

El *Colloquiorum liber* se imprimió por vez primera en Basilea antes de 1521 [5], y el éxito que obtuvo fué tan halagüeño, que superó las esperanzas del autor, según

4 En el *Index librorum prohibitorum cum regulis confectis per Patres a Tridentina Synodo delectos... cum Appendice in Belgio, ex mandato Regiae Cathol. Maiestatis confecta* (Antuerpiæ, MDLXX), léese en la pág. 22: "Desiderii Erasmi Roterodami Colloquium liber"; y en el apéndice (*Catálogo de los libros en romance que se prohiben*, pág. 98): "Colloquios de Erasmo en romance, y en otra qualquier lengua vulgar."

5 Afirma Bonilla (*loc. cit.*) que los *Coloquios* aparecieron en 1524, pero la primera edición fué, sin duda, anterior a este año, porque en la carta que hacia 1531 dirigió Erasmo a los teólogos de Lovaina, díceles que por haber publicado los *Coloquios* no podía acusársele, como se le acusaba, de haber contravenido el *edicto del emperador*, puesto que su libro había salido *mucho antes* de la promulgación de aquél; ahora bien, como el edicto a que se refiere es el de Worms, dado en 8 de mayo de 1521 (mi edición de los *Colloquia* dice, por errata, *6 de mayo de 1522*), resulta evidente que la obra fué impresa por vez primera antes de esa fecha. He aquí las palabras de Erasmo, que juzgo definitivas para dilucidar este punto: "Primum, hac in re non posse mihi objici contemptum Edicti Cæsarei, quod audio publicatum VI Maii, anno MDXXII (*léase MDXXI*), quum hic libellus multo ante fuerit excusus, idque Basileæ, ubi tamen nullum adhuc Cæsaris Edictum vel publice vel privatim fuit exhibitum." (*Erasmus Roterodamus Theologis Lovaniensibus.*)

nos dice él mismo en la dedicatoria a su ahijado Juan Erasmo Froeben colocada al frente de la edición de 1524 [6]. Para ésta, escribió, además, una defensa contra los ataques de que había sido objeto, titulada *De Sicophantis et imposturis cujusdam dominicani qui in Gallia Colloquia Erasmi a se ridicule interpolata edi curaverat,* concluyente testimonio de la resonancia que tuvo el libro entre los teólogos holandeses, ingleses y franceses, y briosa arremetida contra uno de ellos, monje dominicano, hombre de corta vista y más corto entendimiento, residente en Francia, pero sajón de origen, que hizo una reimpresión de la obra, en la que alteró, interpoló, añadió y suprimió cuanto le vino en gana y hasta tuvo la desfachatez de encajarle un prólogo que pretendía hacer pasar como de Erasmo, quien se lamenta y admira de que tan monstruosa adulteración hubiera podido salir de las prensas de París, en donde no era lícito imprimir ni aun el texto del Evangelio sin obtener la venia de los graves teólogos de la Sorbona [7]. Claro es que Erasmo se despachó a su gusto poniendo en la picota al monje desaprensivo y a los que de mala fe se aprovecharon de su engendro para desatarse en diatribas contra la doctrina de los *Coloquios,* pero también desde entonces arreció la tormenta teológica que de tiempo atrás habían provocado sus escritos, tacháronse de heré-

6 "Vicit libellus tibi dicatus expectationem nostram... Ille sic adamatur, sic rapitur, sic teritur manibus studiosæ juventutis, ut et patri tuo fuerit subinde typis excudendus, et mihi novis accessionibus identidem locupletandus, etc." El padre de Juan Erasmo fué el impresor de las primeras ediciones.

7 Erasmo no declaró aquí el nombre del impostor, pero en una carta escrita a un amigo en 5 de octubre de 1532, háblale de un *Lambertus Campester qui olim Lutetiæ edidit Colloquia mea velut a me emendata,* y le cuenta que éste, diciéndose amigo suyo, encontró en Lión quien le recibiese en su casa y al que hubo de engañar miserablemente, robándole trescientas coronas con las que huyó de la ciudad; prendiéronle a él y a unas mozas del partido que iban en su compañía, y añade Erasmo que le hubieran ahorcado a no ser por buenos respetos a la cogulla de dominico.

ticos muchos de los lugares tratados en la obra, singularmente los relativos a los monjes, a los votos, a los ayunos y a las indulgencias; llegó a afirmarse que todo Lutero hallábase contenido en los libros de Erasmo, y fué tal la pertinacia y tan arraigado el rencor de los detractores del insigne polígrafo, que en 1531, cinco años antes de su muerte, vióse obligado a dirigir un alegato a sus colegas los teólogos de Lovaina para sincerarse de las innúmeras acusaciones de herejía lanzadas contra él.

* * *

Pero a Erasmo no le faltaron tampoco defensores decididos, y entre ambas huestes se partió el campo en que iba a librarse una de las más interesantes batallas del Renacimiento, batalla episódica, sin duda, pero en la que tuvieron clarísimo reflejo y poderosa encarnación todos los factores espirituales que jugaron el principal papel en aquel augusto despertar de la mente europea.

Y no es España, ciertamente, la nación en que Erasmo contó con partidarios menos entusiastas, ni donde tales luchas revistieron menor encono, porque fué nutridísima, en efecto, aquella falange en la que brillaron figuras de primera magnitud, como Juan de Valdés, Luis Vives, Francisco de Vitoria, Cristóbal de Villalón, Alonso de Virués, Juan Maldonado, Alonso García Matamoros, Francisco Sánchez de las Brozas y Juan Alonso Fonseca. Del arrojo con que pugnaron por la causa nuestros primeros erasmistas, al frente de los cuales estaba el dominico fray Alonso de Virués, puede juzgarse por el hecho de haber sido ellos mismos los que fueron a buscar al adversario en sus trincheras, promoviendo las congregaciones celebradas en Valladolid en los meses de junio a agosto de 1527 con el fin de examinar las doctrinas de Erasmo, puestas en tela de juicio, y defenderle de la nota de heterodoxia con que sus contradictores se proponían atraer sobre él la ojeriza de Roma. Treinta y dos teólogos acudieron a la asamblea, presidida por el

Inquisidor general don Alonso Manrique; dominicos, agustinos y franciscanos terciaron en el debate, que a poco de comenzar degeneró en violentísima disputa; pero los amigos del eximio escritor, barruntando el mal cariz que había de tomar el asunto y procediendo en este caso con más astucia que sinceridad, lograron, antes quizá de que comenzasen las sesiones, interesar en su favor a Carlos V, para que por medio de sus agentes diplomáticos en Italia alcanzase del papa Clemente VII un breve imponiendo silencio a los que hablasen en contra de las obras de Erasmo, y tal debió de ser el empeño que en ello pusieron los representantes del Emperador, que a pesar de que Roma se hallaba a la sazón padeciendo los horrores del saqueo y de la peste, y el Pontífice prisionero del ejército imperial en el castillo de Santángelo, hubo de expedir el breve que se le pedía a fines de julio de 1527 imponiendo silencio, so pena de excomunión, a los que hablasen *en contra de las obras de Erasmo que contradijesen a Lutero*, resolución un tanto ambigua y acaso más restringida de lo que se había solicitado, pero que remitida con toda urgencia a Valladolid, dió por resultado la inmediata clausura de la asamblea y que los erasmistas españoles proclamasen por suya la victoria [8].

8 Ninguno de los escritores (al menos, que yo sepa) que tratan de este episodio hablan de la intervención que tuvo el Emperador en el asunto, no obstante que los documentos que lo demuestran fueron publicados hace cerca de sesenta años por el señor Rodríguez Villa. Que los amigos de Erasmo, quizá antes de comenzar las congregaciones de Valladolid, interesaron a Carlos V para que obtuviese el breve pontificio o apoyase la petición del mismo, compruébese con el párrafo de una carta que el secretario Pérez dirigió al Emperador desde Roma a 26 de junio de 1527 (o sea a poco de haber comenzado a celebrarse aquéllas) y que dice así: "También se suplique (*al papa*) por un breve para el Arçobispo de Sevilla (*don Alonso Manrique*) que pudiese poner silencio a los que contradixesen las obras de Erasmo, porque el Gran Chanciller me lo escribió al tiempo de su partida, y mandóme Su Santidad que lo diese por memoria al Cardenal Sanctiquatro y así lo hice. Yo lo solicitaré, y si hobiere el breve, lo enviaré al Secretario Valdés,

Con tan esforzados paladines no es extraño que haya sido España una de las primeras naciones en que los humanistas se apresuraron, no sólo a leer y comentar las obras de Erasmo, sino también a traducirlas al patrio idioma, hecho que, unido al de que muchas de estas versiones fuesen reiteradamente editadas, es una prueba de que aquellas obras gozaban de tanto favor entre los doctos como entre las personas que, ya por no haber cursado las escuelas, ya por la naturaleza especial de sus estudios, no se hallaban en disposición de leer las producciones erasmianas en la lengua en que habían sido escritas, o de poder apreciar todos los primores y galas de su estilo. La *Querela pacis* fué traducida al castellano en 1520; el *Enchiridion,* la *Precatio Dominica* y algunos de los *Coloquios,* en 1528; los *Sileni Alcibiadis,* en 1529; la *Paraphrasis* sobre los salmos I (*Beatus vir*) y IV (*Cum invocarem*), en 1531; el opúsculo que lleva por título *Lingua, sive de linguae usu et abusu,* en 1533; el tratado *De praeparatione ad mortem,* en 1535, y todavía en 1544, cuando el erasmismo español había entrado en el período de decadencia, Juan de Jarava y Francisco de Támara

---

a quien el Gran Chanciller me escribió que se enviase." El mismo Pérez, en 1.º de julio, vuelve a decirle: "El breve para poner silencio que allá no se hable contra las obras de Erasmo, me ha dicho Sanctiquatro que me le dará remitido al Arçobispo de Sevilla; en habiéndole, le enviaré", y, por último, con fecha 1.º de agosto, le escribe: "Con ésta envío al secretario Valdés el breve que escribí a V. M. que se enviaría al Arçobispo de Sevilla para que imponga silencio, sopena de excomunión, que nadie hable contra las cosas de Erasmo que contradicen las del Luter" (V. Rodríguez Villa: *Memorias para la historia del asalto y saqueo de Roma en 1527 por el ejército imperial;* Madrid, 1875; páginas 228, 236 y 253). Nótese que en las dos primeras cartas trátase de un breve dirigido "a poner silencio *para que no se hable contra las obras de Erasmo*" y sólo en la última se agrega "*que contradicen las del Luter*", lo cual hace presumir que la declaración fué solicitada en términos más amplios a aquellos con que la concedió el Pontífice, quien, acaso, halló algún reparo en otorgarla tal como se la pedían los erasmistas españoles.

daban a las prensas de Amberes sendas versiones castellanas de los *Apothegmas* [9].

* * *

Ofrecen los *Coloquios* índole muy varia. De modo meramente circunstancial, y tomando por base el carácter que predomina en cada uno de ellos, pueden ser clasificados de la manera siguiente:

a) *Ejercicios de latinidad,* cuyo objeto no es otro que enseñar al alumno las fórmulas y frases de uso ordinario en la conversación, como son aquellas que se emplean para preguntar y responder, afirmar y negar, saludar y despedirse, visitar a una persona, desearle prosperidad en sus negocios, encargar al criado el desempeño de los menesteres domésticos, etc. [10].

b) *Coloquios familiares,* diálogos de corta extensión y asunto sencillísimo, como la entrevista de dos ami-

---

9 Para todo lo que concierne a las traducciones castellanas de las obras de Erasmo, debe consultarse el precioso opúsculo de Bonilla y San Martín titulado *Erasmo en España,* publicado en la *Revue Hispanique,* t. XVII. Hay tirada aparte. (New York, Paris, 1907; 170 págs. en 4.°)

Es punto muy dudoso el referente a si hubo o no en el siglo XVI versión castellana del *Encomium Moriæ o Stultitiæ laudatio.* Advierte Bonilla que en el *Indice* expurgatorio del inquisidor Valdés (1559) se prohibe la "Moria de Erasmo *en romance* (y en latín) y en cualquier otra lengua", lo cual no lo considera como prueba segura de que existiese la versión, pero sí como indicio bastante probable (véase en mi traducción de esta obra, titulada *Elogio de la Estulticia* —Madrid, 1917—, la *Carta de Adolfo Bonilla a Julio Puyol,* pág. 33). Si tal versión existió, es bien extraño que no haya quedado de ella ni el menor rastro.

10 Estos ejercicios, llamados *Fórmulas,* son muy numerosos, porque hay *formulae salutandi, beneprecandi, valedicendi, percontandi, mandandi ac pollicendi, agendi gratias, nova rogandi, commendandi* y otras muchas más. Véase, como ejemplo, la siguiente:

"Nihilne novarum rerum adfertur è patria? Num quid novi de nostratibus accepisti? Quid novi? Ecquid novarum rerum apportas? Num quid novi fertur? Num quæ res novæ è patria nunciantur?"

gos que se encuentran en la calle o vuelven a verse después de la ausencia de uno de ellos, etc.

c) *Coloquios escolares,* de los que se sirve el autor para trazar una serie de cuadros sumamente curiosos y pintorescos referentes a las costumbres de los jóvenes que asistían a los *estudios de gramática,* a quienes presenta en sus tareas cotidianas, en las relaciones con sus maestros y en sus charlas y pasatiempos;

d) *Coloquios de costumbres y de crítica social,* espléndida galería de tipos de la época, en la que figuran próceres, caballeros y hampones; soldados y mendigos; alquimistas y mercaderes; curas de aldea, frailes, monjas y peregrinos; huéspedes y mesoneros; dueñas, mozas y damas de alcurnia, y otra porción de personajes altos y bajos, de los cuales toma Erasmo ocasión para examinar con seguro tino y sin igual gracejo las ideas del mundo en que vivía y hacer una finísima labor de crítica social no menos honda, sagaz e intencionada que la que corre a través de las admirables páginas del *Elogio de la Estulticia*; y

e) *Coloquios religiosos y filosófico-morales,* que son quizá los que despiertan más vivo interés entre todos los que forman la colección.

En los *Coloquios,* como en los demás libros de Erasmo, no es difícil advertir la sólida base humanística y teológica de su educación, aspectos que van inseparablemente unidos en sus obras, y por eso, si en las copiosas alusiones a las fábulas mitológicas, en las frecuentes citas de las historias griega y romana y en las interpolaciones de frases y palabras griegas, a que fueron tan aficionados los renacentistas que tomaban a Cicerón como modelo insuperable [11], descúbrese la intensa huella

11 No fué Erasmo, sin embargo, de los ciceronianos a ultranza, sino que, por el contrario, censuró duramente (como más tarde lo hizo el humanista Antonio Muret o Mureto) la exagerada admiración que los renacentistas mostraban, en general, por el gran orador romano, según puede verse en su opúsculo titulado *Ciceronianus siue de optimo genere dicendi.* Menéndez y Pelayo recuerda a este propósito que Erasmo atacó el paganismo de los

que habían dejado en su espíritu las lecturas de los buenos historiadores, filósofos y poetas de la antigüedad clásica, échase de ver también el profundo conocimiento de la Sagrada Escritura, de los lugares teológicos, de los exegetas y comentaristas del Antiguo y del Nuevo Testamento, cuyas referencias tanto abundan aun en sus escritos menores, su dominio de la dialéctica y su asombrosa erudición en tales disciplinas. Erasmo fué, sin duda, un teólogo formidable, pero lejos de asemejarse a los hinchados doctores de su época que malgastaban la vida entera en estériles contiendas, pensó, quizá, como más tarde nuestro compatriota Pedro Simón Abril, que era cargo de conciencia perder el tiempo "en disputar aquellas cosas puestas en diversidad de opiniones, que ninguna de ellas sirve ni para destruir, ni para edificar, ni para desarraigar, ni para plantar, que son los oficios del buen teólogo" [12]. No; él quiso desarraigar y plantar, destruir y edificar, y por eso no se encastilló como la mayoría de sus congéneres en la torre de marfil de la Teología, porque, si es cierto que le preocupa el destino ultraterreno del hombre y entiende que la meditación en él es el más noble objeto en que puede emplearse el entendimiento humano, cierto es, asimismo, que ésto no le impide preocuparse también por los problemas y afanes del mundo que le rodea y en cuyo estudio y examen entra llevando siempre por delante el supremo interés de la justicia, y de aquí que las obras erasmianas que han llegado hasta nosotros con la aureola de monumentos imperece-

---

ciceronianos de la corte de León X en la epístola DCCCXCIV, donde dice: *Fervet illic paganismus quorumdam quibus nihil placet nisi Ciceronianum ac non Ciceronianum appelari multo probrosius esse ducunt quam appelari haereticum.* (*Historia de los Heterodoxos españoles*, primera edición; t. II, pág. 65.)

12 *Apuntamientos; Errores en la Teología.* Recuérdense también las palabras del P. Juan de Mariana: "es cosa miserable no poder negar lo que es vergüenza confesar, grande afrenta de nuestra profesión, que no haya cosa tan absurda que no la defienda algún teólogo." (*Tratado contra los juegos públicos*, capítulo XXI.)

deros, y cuyas páginas nos parecen tan frescas y jugosas como si acabaran de salir de la pluma del autor, no sean las que escribió con designio exclusivamente teológico o filosófico, sino las de costumbres y crítica social, entre las cuales descuella el *Elogio de la Estulticia,* que él dice haber compuesto como por juego, aunque juego fué que echó tan hondas raíces en su espíritu, que unos doce años más tarde sacaba a luz el *Colloquiorum liber,* inspirado por idéntica minerva, y que puede ser considerado como una continuación de aquella maravilla del ingenio.

Las materias de los *Coloquios* son tan varias, que su enumeración, aun reducida a las principales, resultaría de enojosa prolijidad; baste decir que no hubo cuestión capital, de las muchas y trascendentales que estaban planteadas en aquellos días de fecunda renovación del pensamiento, que no hallase cabida en este libro, ni hubo ninguna que el autor no aprovechase para presentarse como resuelto adversario de las rutinas, prejuicios, hipocresías, bajos intereses, fariseísmos y falsas conveniencias que tienden a cortar el paso a la verdad y a entorpecer el ejercicio de la justicia: búrlase donosamente en el *Ars notoria* de los pedagogos, charlatanes e impostores que prometían enseñar todas las ciencias en un par de semanas mediante fórmulas abstractas y figuras cabalísticas, derivaciones, en cierto modo, del *Ars brevis* de Raimundo Lulio o del *Opus magnus* de Bacon y reflejadas a su manera en la famosa *Clavicula Salomonis,* que aún seguía deslumbrando a los incautos, ya que, como dijo don Pablo Forner, nunca han faltado quienes "a poca costa, quieren conseguir gran caudal de sabiduría"; muéstrase en multitud de coloquios enemigo irreconciliable de la guerra, y en los que llevan los títulos de *Charon* y *Militaria,* cierra denodadamente contra la ambición de los tres monarcas poderosos que ensangrentaron los campos de Europa en el primer tercio del siglo XVI; contra los consejeros, así clérigos como seglares, que atizaban el fuego en provecho propio, y

contra la desalmada soldadesca que vivía del saqueo de ciudades, templos y monasterios; fustiga a aquellos aristócratas alemanes que, más bien que caballeros, eran consumados salteadores de caminos, ladrones de encrucijada y asiduos parroquianos de las tabernas, en cuyos innobles muros acostumbraban a poner sus insignias, cifras y blasones; mófase de la vanidad de los hidalgos advenedizos que habían comprado la ejecutoria al emperador; censura la confusión de clases que se iniciaba en aquel tiempo y satiriza el lujo de las plebeyas enriquecidas que aspiraban a igualarse con las damas de los más ilustres linajes; reprueba la conducta de los padres egoístas o poco avisados que consentían a sus hijas profesar en una orden monástica sin asegurarse previamente de si era o no verdadera su vocación, o a los que movidos de sórdida y despiadada avaricia, propia de mercaderes, las inducían a contraer matrimonio con hombres indignos; condena las supersticiones y prácticas abusivas, con pretexto de devoción, que se refieren a las advocaciones de santos, a las imágenes milagreras, a la expedición de bulas, al tráfico de indulgencias, a las peregrinaciones religiosas y a los votos temerarios, y para que no quedase olvidado ningún asunto de los que despertaban el interés, la esperanza o el temor de sus contemporáneos, también incluyó en el libro un largo y notabilísimo coloquio dedicado a pintar los estragos causados por el terrible *mal francés,* que entonces se presentaba con caracteres de aterradora virulencia.

Una de las particularidades más sorprendentes de estos coloquios de costumbres es la multitud de ideas con que el autor se anticipó a su época, hasta el punto de que algunas de ellas serán tenidas como producto de nuestros días por muchos de los que no conozcan el libro de Erasmo: tal sucede, por ejemplo, con las relativas a los medios de evitar la mendicidad profesional, que acaso fueron las que inspiraron a Luis Vives su admirable tratado *De subventione pauperum;* con las que expone acerca del matrimonio, según las cuales debería

exigirse el reconocimiento previo de los contrayentes, anular el vínculo cuando uno de los cónyuges no hubiera tenido noticia de que el otro padecía una enfermedad incurable o, en caso contrario, proceder al severísimo castigo de los dos; con las que enuncia acerca del modo de combatir las epidemias, entre las que hay algunas preconizadas por la moderna profilaxis; con las que tiene acerca de los derechos de la mujer, tema que le da ocasión para hablar de ciertas reivindicaciones como las que respectan al desempeño de los cargos públicos y a la educación de los hijos, que no dejarían de colmar las medidas de la socia más descontentadiza y exigente de un Liceo femenino, y, en fin, con las que profesa sobre la doctrina concerniente al criterio moral, que no puede, en su opinión, ser establecido de un modo apriorístico y sin tener en cuenta las circunstancias de tiempo y de lugar, tesis que es, como se ve, fundamentalmente la misma que cuatro siglos y medio después formuló Herbert Spencer en *La moral de los diferentes pueblos.*

* * *

Pero, reconociendo la grande importancia literaria, crítica e histórica de los coloquios de costumbres, aún tienen mayor valor, a nuestro juicio, los de carácter predominantemente religioso y moral. Cierto que no hay ninguno en la colección en que no se advierta lo mucho que a Erasmo le preocupaban tales cuestiones, verdadera obsesión de su mente, pero en los que trata de ellas de modo especial, es donde se descubre con más claridad el hondo y acendrado espíritu cristiano que inspiró todas sus obras: *Decretum animi tui est, quale semper fuit, christianum,* decíale Vives en una carta fechada en 20 de mayo de 1522, y el autor de otra, rigurosa filípica dirigida al guardián de franciscanos de Alcalá de Henares que había predicado contra Erasmo, escribe también que éste "es hombre que se precia solamente de ser cristiano y parécele que sobre este título ninguno

otro hay que más honroso sea" [13]. Tal es la razón de que la crítica erasmiana por lo que atañe a las prácticas religiosas vaya encaminada a dos fines principales, o sea a poner en parangón la pureza de la doctrina evangélica y la sencillez de la vida de los primeros cristianos con la corrupción de las costumbres del pueblo y del clero de su tiempo, y a combatir las supersticiones que conducían a un falso concepto de la religión. Lo primero puede comprobarse en los coloquios titulados *Inquisitio de Fide* y *Peregrinatio religionis ergo,* pero, singularmente, en varios pasajes del *Elogio de la Estulticia,* y, entre ellos, aquel en que presenta a los monjes compareciendo ante el Supremo Juez e invocando como merecimientos para entrar en el Reino de los Cielos sus continuos rezos en el coro, su silencio prolongado, sus severos ayunos, sus penosas vigilias, la sobriedad de sus refacciones, la modestia de sus celdas, la pobreza de sus hábitos: "¿De dónde salís —exclama Jesucristo al oirles ponderar sus tra-

13 El autor de esta larga epístola, inserta en una de las versiones castellanas de los *Coloquios,* fué probablemente fray Alonso de Virués y puede leerse íntegra en la citada obra de Bonilla *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento* (Apéndice I, págs. 693 a 698). Para que pueda juzgarse de la valentía con que está escrita, véase el siguiente párrafo, y téngase en cuenta que es un religioso quien lo escribe: "aborrece (*Erasmo*) la muchedumbre de los renombres que de las diversas religiones (*órdenes monásticas*) han redundado, no porque le parezcan a él mal las religiosas costumbres, antes en todas sus obras las aprueba y enseña, sino porque le parece, como también a San Pablo le parecía, ser tenido en poco el título de cristianos cuando sobre él se toman otros, con tanta afeción y pertinacia, que más ligeramente sufra un religioso cualquiera cosa que sea en mengua de Cristo, que una liviana palabra que menoscabe la honra particular de su religión; y aun lo peor es que algunas veces tan diviso está Cristo entre nosotros, que por perseguir los particulares intereses, opiniones y porfías de nuestras religiones, llegamos hasta olvidar la general virtud de toda la religión cristiana, que es la caridad evangélica, lo cual no se haría si, siendo religiosos, de sólo el nombre de buenos cristianos nos preciásemos, y solas aquellas cosas nos ofendiesen que menoscaban la gloria de este nombre."

bajos—, nueva raza de judíos? En verdad os digo que yo no conozco más que mi Ley, que es lo único de que no os oigo hablar. Bien claramente, y sin velarlo con ninguna clase de parábola, prometí la herencia de mi Padre, pero no a las cogullas, ni a los votos, ni a las abstinencias, sino a las obras de Fe y Caridad. Yo en nada estimo a aquellos que en tanto se estiman a sí propios, y quienes se crean más perfectos que yo, vayan, si les place, a llenar los trescientos sesenta y cinco cielos de Basílides, o pidan que les hagan uno para ellos solos a los que dieron mayor importancia a sus costumbres y tradiciones que a mis preceptos" [14].

En cuanto a las supersticiones, dando a la palabra *superstición* un sentido lato, puesto que Erasmo extiende su significado a prácticas y cultos que, no por ser muy corrientes, distan menos, a su juicio, de la verdadera religión, puede servir de ejemplo lo que él mismo escribe acerca del coloquio *De votis temere susceptis* [15], con el que se propuso amonestar —son sus palabras— a "que nadie temerariamente haga esta clase de votos", y añade: "De ellos sólo diré que si yo fuera Sumo Pontífice, los dispensaría sin gran dificultad, y así como daría facilidades para contraerlos a los que emprendieren el camino de Jerusalén movidos por un verdadero espíritu de piedad, así también no dudaría en aconsejar a quienes los hacen por seguir la común costumbre que empleasen su dinero, su tiempo y su trabajo en otras cosas que aprovechasen más a la piedad verdadera... No condeno tampoco las indulgencias pontificias ni las bulas, sino que censuro al necio y aun más que necio que no cuidando de corregir su vida, pone toda su esperanza en las composiciones humanas; y si se medita bien en lo que allí digo, se reconocerá que importa mucho prevenir a la juventud de lo muy quebrantada que está la piedad entre las gentes, tanto por culpa de los que prostituyen las in-

14 Véase mi versión del *Elogio de la Estulticia,* págs. 194 y 195.

15 *Los peregrinos* de la presente edición.

dulgencias, como por la de aquellos otros que las reciben más engañados de lo que convendría" [16].

Intimamente relacionada con la pureza de su fe, hállase la de sus principios morales, pues su doctrina del bien no es otra cosa que un reflejo del fondo religioso y profundamente cristiano de su alma. Partiendo de la tesis de Epicuro, según la cual la felicidad consiste en el deleite y éste, por tanto, debe ser considerado como un bien, examina las ideas del bien y del mal, entendiendo por mal todo lo que rompe la concordia entre el hombre y Dios, y por bien lo que la establece y estrecha; de ello deduce que el bien verdadero se refiere al ánimo; que el deleite corporal no debe ser considerado sino como un falso bien, como una sombra suya; que del verdadero bien solamente puede gozar un alma sana y que, en consecuencia, el hombre que vive con mayor contento no es precisamente aquel que, como decía Epicuro, logra el deleite estable, la tranquilidad absoluta, la *ataraxia,* sino el que vive con mayor piedad. La más dura sanción que tiene el mal en este mundo, además de los padecimientos y desgracias que acarrea, es la que impone la propia conciencia, "cuya mortificación, desde el punto en que la sentimos, no puede compararse con ninguna otra", y el que por embotamiento de la conciencia no sienta tal mortificación, sufre quizá castigo más acerbo todavía, tanto porque su insensibilidad acusa un estado anímico indigno de la persona humana, cuanto porque no es raro que en los días de la vejez surjan de golpe los remordimientos y concentren en un minuto la amargura y el dolor de muchos años.

Pasajes hay en los *Coloquios* que parecen haber salido de la pluma de nuestros místicos, así por la austeridad de la doctrina y por lo intenso de la concepción espiritual, como por la encantadora sencillez y vigor persuasivo de su elocuencia: —"¿Cómo se explica —pregunta el Espudeo del *Epicureus*— que los pobres, por lo general, estén más tristes que los ricos? —Porque hay mu-

16 *De utilitate Colloquiorum.*

chos— responde Hedonio— que son dos veces pobres. La enfermedad, la abstinencia, la desnudez, las vigilias, las penalidades, ciertamente debilitan el cuerpo; pero algunos, no solamente en estos padecimientos revelan el alborozo de su espíritu, sino también en la muerte misma. El alma, aunque ligada al cuerpo mortal, no pierde por ello la superioridad de su condición y tiene poder para comunicársela al cuerpo en cierto modo, singularmente cuando une a su energía un vehemente impulso natural. Por eso vemos no pocos hombres que muestran al morir mayor contento que otros cuando acuden a un festín. —Es verdad, —dice su interlocutor— y de ello me he admirado muchas veces. —Pues no debías admirarte —replica Hedonio— de que haya contento inefable allí donde está Dios, que es fuente de toda alegría, porque ¿qué tiene de extraño que goce el espíritu del justo aun aprisionado en vínculos mortales, cuando es indudable que si estuviera en el mismo seno del infierno no por ello habría de padecer su felicidad ni el más mínimo quebranto? Dondequiera que haya una mente pura, allí está Dios; donde está Dios, está el cielo; donde está el cielo, está la dicha, el contento, la verdad y la alegría inmarcesible".

¿Quién que conozca las obras de los místicos españoles no advierte la notable semejanza y a veces la identidad de su Moral con la Moral de Erasmo, no sólo en los principios fundamentales, sino hasta en el procedimiento dialéctico que utiliza para las demostraciones de sus tesis? Ideas y razonamientos hay en el *Epicureus* que, en efecto, pudieran ser atribuídos a fray Pedro Malon de Chaide, cuando siguiendo el pensamiento de San Agustín afirma que "Dios, viendo que fuera de Él no podía haber felicidad alguna, determinó hacerse fin de todas las criaturas, y que así como nacían de Dios, así también fueran a parar a Dios, y hasta llegar a este punto, ninguna de todas ellas tuviese perfección y, por el mismo caso, ni reposo ni bienaventuranza" [17]; o a fray

17 *De la conversión de la Magdalena,* parte primera, § I.

Luis de Granada, que tomó como punto de partida de la *Guía de pecadores* la antítesis aparente entre la honestidad y la utilidad como los dos únicos o, por lo menos, principales estimulantes de las acciones humanas, para resolverla considerando a la virtud como el mayor provecho útil que puede alcanzarse en el mundo [18]; o a San Juan de la Cruz, que en la *Subida del Monte Carmelo* hace consistir la ventura del alma "en salir de todas las cosas y de los apetitos e imperfecciones que hay en la parte sensitiva del hombre por el desorden que tienen en la razón" [19]; o a Pedro de Rivadeneyra, cuando en su *Tratado de la Tribulación,* ensalza, transcribe y recomienda las palabras de Séneca, cuyas doctrinas ejercieron tan poderoso influjo en la formación espiritual de nuestros místicos, en la dignidad de su empaque literario y en su insuperable maestría en llegar a las fibras más íntimas del alma: "Aprendamos a vivir con templanza, a refrenar la lujuria, a vencer la gula, a mirar con buenos ojos la pobreza, a amar la sobriedad, a satisfacer los deseos con cosas fáciles y de poca costa, a tener como debajo de llave las esperanzas falsas y a reprimir el ánimo deseoso de vanidad, y, finalmente, a buscar las riquezas, no en la fortuna, sino en nosotros mismos" [20].

Imposible parece hoy a todo el que sabe discurrir por cuenta propia que fuese puesto en entredicho el hombre que como Erasmo demostró en todos sus libros y opúsculos una moral tan pulcra, un culto tan sincero a los pre-

18 *La Guía de pecadores,* lib. I, cap. primero.

19 *Subida del Monte Carmelo,* lib. I, cap. I.

20 *Tratado de la Tribulación,* lib. I, cap. XXII. La cita de Séneca corresponde al tratado *De tranquilitate animi,* cap. IX.

Es seguro que *El Epicúreo* le fué sugerido a Erasmo por la lectura del diálogo de Cicerón titulado *De finibus bonorum et malorum,* libri V, en el que trata de las diferentes doctrinas de los filósofos griegos acerca del sumo bien y del sumo mal y discute principalmente las ideas de Epicuro, las de los estoicos y las de los peripatéticos. Este diálogo es, en efecto, el que está leyendo *Hedonio* cuando comienza el coloquio de Erasmo y el que da origen a la conversación de los dos interlocutores que en él intervienen.

ceptos evangélicos, un amor tan fervoroso a Jesucristo y un celo tan ardiente en inculcar sus máximas. *Qui dicunt in illis aliquid esse haereticum, sive docti, sive indocti, mentiuntur,* escribía en una carta fechada en Basilea en mayo de 1536, con la que trataba de defenderse de los detractores de los *Coloquios*. Doctos e indoctos mentían, en efecto, y de ello estaban bien convencidos, pero sabido es que el sectarismo, sea religioso, político o meramente literario nunca repara en la calidad de las armas que esgrime y a trueque de hundir al adversario, no se turba, ni siquiera se sonroja al consumar las más inhumanas, odiosas y estúpidas injusticias. La cruzada promovida contra Erasmo fué, sobre todo, una venganza de teólogos, que no podían perdonarle el profundísimo desprecio que por ellos sentía, ni que hubiera hecho blanco de sus tiros a muchos corifeos que de antiguo venían siendo universalmente reverenciados en las escuelas, llamáranse Scoto, Occam o Nicolás de Lyra, y no podían tampoco transigir con quien nunca quiso afiliarse a ninguna de las pandillas teológicas, ya que no concebían que nadie cultivase esta disciplina sin bautizarse previamente con alguno de los motes de scotista, occamista, albertista, tomista, realista, nominalista o con cualquiera otro de los muchos con que se designaron los diversos campos en que se atrincheraban aquellos varones endiosados, de burdo criterio y de oquedad altiva, que dieron ocasión con sus irrisorias pero aparatosas polémicas, con sus pedantescas intemperancias y con sus rencillas de comadres a que se escribiesen las *Epistolae obscurorum virorum,* uno de los vejámenes más formidables que registra la historia de la sátira. No; la personalidad de Erasmo —dije ya en otro lugar— "era demasiado robusta para seguir incondicionalmente ni a los unos ni a los otros, y el que había adoptado el lema *Cedo nulli* como norma de su vida, era natural que tuviese, como tuvo siempre, declarada aversión a los que se dejan marcar la mente con el sello de una secta o de una escuela; y por eso, el que vaya con prejuicios religiosos o filosóficos o políticos, no

conseguirá jamás penetrar en el fondo de su espíritu; pero el que no los tenga, o posea el don de saber prescindir de ellos cuando se trate de juzgar con rectitud, hallará en Erasmo, además de su vastísima cultura y de su excelso entendimiento, una originalidad de ideas no alcanzada por ninguno de sus contemporáneos; un acabado conocimiento de la antigüedad clásica que no le ofuscaba su corazón como a los humanistas que desdeñaron cuanto no procediese de la cantera greco-latina; una independencia de criterio tan enérgicamente sentida, que la reputó indispensable para el provechoso estudio de las Letras y le llevó a renunciar las halagadoras proposiciones que se le hicieron, ya para establecerse en Roma al lado del Pontífice, ya para dirigir la educación de Carlos I; una sutileza de ingenio tan sugestiva, que, insensiblemente y como por arte mágica, va apoderándose del lector; un razonamiento tan vigoroso, que rinde con su lógica hasta cuando usa de la paradoja y del absurdo para remedar los ridículos silogismos de los dialécticos; un numen tan soberano, que le dicta páginas de augusta poesía, como aquella del *Elogio* en que describe la edad de oro, fuente en que Cervantes bebió, sin duda, la inspiración de la plática maravillosa que puso en boca de don Quijote, y, en fin, un ardor tan ferviente de lo bello, que ofrece en dos líneas aquella concepción de la Belleza, verdaderamente helénica, al decir que debe ser reputada, no sólo como el principio esencial del Arte, sino también de todos los actos humanos" [21].

* * *

Las versiones castellanas de los *Coloquios* hasta hoy conocidas y registradas por Bonilla y San Martín en su citado estudio *Erasmo en España* son las siguientes:

a) *Colloquio intitulado institución del Matrimonio cristiano,* Valencia, 1528; en 4.°; existe ejemplar en la Biblioteca Real de Munich;

21 Véase en mi versión del *Elogio de la Estulticia* la *Carta a Adolfo Bonilla y San Martín,* págs. 19 y 20.

b) Un volumen en 4.° gótico, que contiene los textos que se expresan a continuación:

1.° *Tres Colloquios de Erasmo en romance* (sin indicación de lugar), 1528; en 4.°, 36 folios sin numerar.

2.° *Colloquio de Erasmo llamado Mensigamos* [22]: *entre Eulalia y Xantippe: De nuovo* (sic) *emendado.—Una carta de Erasmo al Emperador, con la respuesta del Emperador a Erasmo, trasladadas de latín en romance.—Las mismas cartas en latín* (s. i. d. l.); 1528; 12 fols. sin numerar;

3.° *El primero del segundo tratado de los Colloquios de Erasmo, traduzido de latín en lengua castellana por el prothonotario Luys Mexia* (s. i. d. l.), 1528 [23];

c) *Los coloquios de Erasmo, varón doctíssimo y eloquentíssimo traduzidos de latín en lengua castellana, por que los que no entienden la lengua latina gozen assí mismo de doctrina de tan alto varón;* Sevilla, Juan Cronberger, 1529; 8.° menor, 192 fols. Hay ejemplar en la Biblioteca Nacional de París. Citada por Brunet;

d) *Los Colloquios de Erasmo en lengua castellana;* Toledo, a costa de Cosme Damián, 1530; 8.° Citada por Maittaire en sus *Annales, Typographici,* tomo V;

e) *Colloquios familiares compuestos en latín por el muy ecelente varon Desiderio Erasmo Roterodamo... Traduzidos muy fielmente en nuestra lengua castellana por un muy sabio varon* (s. i. d. l. ni de año); 8.°, gótico, 195 fols. sin numerar. Hay ejemplar en la Universidad de Valencia. Los once coloquios que contiene fueron vertidos al castellano por dos traductores, uno de ellos el protonotario Luis Mexía, y el otro, probablemente, fray Alonso de Virués. Sospecha Bonilla que esta edición es de 1528 y que el mencionado Virués es el autor de la carta inserta en ella, dirigida *a un padre de la orden de Sant Francisco, guardian de Alcalá de Henares,*

---

22 Errata, por *Misogamos* (Μισόγαμος).

23 Bonilla no tuvo más noticia de esta edición que la que vió en el anuncio de venta de una biblioteca particular, y cree que el ejemplar fué adquirido por un librero de Gante.

sobre ciertas cosas que contra Erasmo dixo, carta que hemos citado anteriormente;

f) *Colloquios de Erasmo, varon doctissimo y eloquentissimo traduzidos de latín en romance por que los que no entienden la lengua latina gozen assi mismo de doctrina de tan alto varon* (s. i. d. l.), 1532; 192 fols. numerados. Hay ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid, procedente de la librería de don Luis Usoz [24]. Los doce coloquios de esta edición fueron reproducidos en el tomo IV de los *Orígenes de la Novela,* de Menéndez y Pelayo [25].

Por la relación anterior puede conjeturarse que nunca se hizo en lengua castellana una edición completa de los *Coloquios,* pues quizá más de la mitad quedaron sin traducir. Y nada extraño es que en el siglo XVI no hubiera quien se dedicase a hacer una versión integral, en primer término, porque las *Fórmulas* traducidas al castellano no tenían objeto alguno; en segundo lugar, porque acaso los traductores creyeron prudente no arriesgarse a poner en castellano algunos coloquios de carácter religioso, cuyas doctrinas pudieran parecer atrevidas con exceso a las gentes suspicaces o timoratas, y, finalmente, porque aquellos de índole teológica o filosófica hallábanse lejos del alcance de las más de las personas a quienes tales traducciones se destinaban; pero lo que sí llama la atención es que ninguna otra, que sepamos, haya vuelto a aparecer en España desde el primer tercio del citado siglo, ni de aquella fecha acá se haya reimpreso otra edición que la de 1532, reproducida, como queda dicho, por Menéndez y Pelayo en los *Orígenes de la Novela.*

Tal fué la causa de que a poco de haber dado a la estampa mi traducción del *Encomium Moriae,* pensase

---

24 Cree Bonilla muy probable que esta edición sea una reimpresión de la de Toledo de 1530, registrada en la letra *e*) de la lista que se inserta en el texto.

25 *Orígenes de la Novela,* t. IV, vol. 21 de la *Nueva Biblioteca de Autores españoles;* Madrid, 1915; págs. 149 a 249.

en preparar otra del *Colloquiorum liber,* pues creía entonces, y sigo creyendo ahora, que son estas dos obras entre todas las de Erasmo las que de modo más seguro nos conducen al fondo de su mente, el testimonio más claro de su inmenso saber, la prueba más incontrastable de la gentil delicadeza de su ingenio y la encarnación más viva del espíritu del Renacimiento. Pronto, sin embargo, advertí las dificultades casi insuperables de la empresa, con muchas de las cuales debieron de tropezar también los traductores del XVI, si es que por ventura hubo entre ellos quienes pensasen en algo semejante, porque hay unos coloquios como la mayor parte de las *Fórmulas,* cuya versión al castellano resultaría, no ya completamente inútil, sino ridícula, puesto que aquéllas no tienen otro objeto que el de iniciar a los escolares en los rudimentos de la conversación latina; hay otros, como los titulados *Echo* e *Impostura,* que son de imposible traducción, ya que se trata, o de una serie de preguntas y contestaciones de las que éstas no son más que la sílaba o sílabas finales de aquéllas [26], o de un diálogo compuesto, a modo de prosa, con yambos, espondeos, anapestos, pentámetros, hexámetros, sáficos y demás pies y versos de la métrica latina; otros, como la *Apotheosis Reuchlini,* el *Epithalamium Petri Ægidii* y el *Convivium poëticum,* de tan marcado carácter humanístico y tan llenos de alusiones a cosas y personas de la época, que hoy para ser entendidos por los que no posean conocimientos muy especiales, requerirían tal co-

26 Véase el siguiente ejemplo:

JUVENIS: Quid facere censes eos qui terunt ætatem in sophístico doctrinæ genere?

ECHO: Nere.

JUV. Fortassis telas aranearum?

ECHO. Harum.

JUV. At Penelopes telas texunt ac retexunt?

ECHO. Texunt.

JUV. Cui suades ut me dent vitæ instituto?

ECHO. Tuto.

JUV. Erit auspicatum, si uxorem duxero?

ECHO. Ero.

pia de notas y aclaraciones, que a buen seguro habrían de ocupar doble extensión que los textos respectivos; y otros, en fin, como el *Convivium religiosum,* las *Exequiae Seraphicae* y la *Inquisitio de Fide,* que por su índole eminentemente teológica, no interesarían ni poco ni mucho a la inmensa mayoría de los lectores de nuestro tiempo. En vista de ello, y no queriendo renunciar del todo a mi propósito, hube de reducirlo a proporciones más modestas, pero quizá más adecuadas a la vulgarización de esta obra, que es a lo que principalmente aspiro con la presente versión, y así me determiné a elegir, a guisa de muestra y de cada uno de los grupos en que he clasificado los coloquios, los que me han parecido de mayor interés y, a la par, más propios para que por ellos pueda formarse idea del conjunto.

Como ejemplo de los que he llamado ejercicios de latinidad, escogí los titulados *Preguntas y respuestas* (In primo congresso) y *El amo y el criado* (Herilia) [27]; de los coloquios familiares dos *diálogos,* ambos sin título particular, el primero de los cuales se incluye entre las *Percontandi formulae,* y el segundo entre los comprendidos en el epígrafe *Domestica confabulatio*; de los de carácter escolar, los que he denominado *Camino de la escuela* (Euntes in ludum litterarium), *Lección de urbanidad* (Monitoria paedagogica), *El recreo* (uno de los incluídos bajo el epígrafe De lusso) y *El arte de aprender* (Ars notoria); de los de costumbres y crítica social, inserto *Las posadas* (Diverssoria), *El soldado* (Militaria), *El alquimista y el mendigo* (Πτωχολογία), *Los nombres y las obras* (De rebus ac vocabulis), *Caronte* (Charon), *El caballero de mohatra* (Ementita nobilitas), *La asamblea de las mujeres* (Senatula) y *El terrible morbo* (Coniugium impar), y, por último, de los religiosos y filosófico-morales *Los peregrinos* (De votis temere susceptis), *La*

27 En este coloquio he agrupado tres diálogos de corta extensión que Erasmo incluye sin título particular bajo el epígrafe común de *Herilia;* yo les he titulado *Menesteres domésticos, Los recados* y *Preparativos de viaje.*

novicia sin vocación (Virgo poenitens), *Los franciscanos* (Πτωχοπουςοι) y *El epicúreo* (Epicureus) [28].

Hubiera querido comparar mi traducción con las demás castellanas de que se ha dado noticia, pero no me ha sido posible ver más que una de ellas, la que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, que sólo contiene tres coloquios de los que figuran en la mía [29], y que, como traducción, no son, ni mucho menos, modelo de fidelidad, porque el autor de ella, cuando llegaba a los pasajes que se le antojaban escabrosos o equívocos,

---

28 Cuatro de estos coloquios (*El soldado, Las posadas, Los peregrinos* y *Caronte*), cuya traducción dediqué a mi entrañable amigo don Ricardo Spottorno, fueron editados espléndidamente por mi queridísimo compañero el Secretario perpetuo de la Academia de la Historia don Vicente Castañeda (un volumen en 4.°, de 60 págs. + 4 hojas sin foliar + 8 en las que en doble serie (sanguina y sepia) y coloreadas a mano por el autor de los dibujos don Fernando Marco, se reproducen los que ilustran el libro. Madrid, 1933; Imprenta de Archivos. Tirada de doce únicos ejemplares en magnífico papel japonés). Es, quizá, la edición más lujosa de cuantas hasta ahora se han hecho en España.

La edición latina utilizada para mi traducción es la elzeviriana de Amsterdam de 1658. Su portada (precedida de una lámina grabada en cobre que representa una junta de teólogos) dice así:

"*Desid.* || *Erasmi* || *Roterod* || *Colloquia* || *Nunc* || *Emendatiora.* || *Cum Annotationibus* || *Arnoldi Montani* || (Viñeta alegórica con el lema: *Vivitur ingenio*) || *Amstelodami,* || *Apud Ioannem Jansonium.* || MDCLVIII". Un volumen en 16.° prolongado que contiene: 20 páginas al principio, sin numerar, con la dedicatoria de Montano a *Petro Hoofdio de Graaf,* composiciones poéticas laudatorias, vida de Erasmo *Erasmo autore,* Indice de autores citados en las notas del texto, Indice alfabético de los *Coloquios,* dedicatoria de Erasmo a Juan Erasmo Froebeu y una lámina grabada en cobre que representa la estatua erigida a Erasmo en Rotterdam; 820 páginas con el texto de los *Coloquios* y las anotaciones marginales de Montano; 44 páginas al final, con numeración aparte, en las que se insertan; *Coronis apologetica pro Colloquiis Erasmi* y *De utilitate Colloquiorum* de Erasmo.

29 Las que titulo *Los nombres y las obras, Los peregrinos* y *Los franciscanos.*

dejaba a un lado el texto de Erasmo y con asombrosa tranquilidad y una conciencia literaria poco menos holgada que la de *Lambertus Campester,* atenuaba, suprimía y añadía por su cuenta lo que le parecía conveniente para aclarar y, a veces, para tergiversar las palabras y los conceptos [30].

30 Pondré un ejemplo de ello sacado del coloquio titulado *De votis temere susceptis* (*Los peregrinos* de la presente edición) indicando con letra bastardilla en la versión castellana lo que el traductor añadió por su cuenta.

TEXTO DE ERASMO.	VERSIÓN CASTELLANA.
ARNOLDO... ¿Estne illic, quod tu putes spectatu dignum?	ARN. ...¿Ay por allá alguna cosa digna de verse?
CORNELIO. Ut ingenuè fatear tibi, propemodum nihil. Ostenduntur quædam monumenta vetustatis, quorum mihi nihil non videbatur commentitium, et excogitatum ad alliciendos simplices et credulos. Imo nec hoc arbitror illos scire quo loco sita fuerit olim Hierosolyma.	CORN. Pocas, para dezirte la verdad. Muéstranse algunas señales de antigüedad; *pero ¿qué puede auer donde sabemos que Jerusalen, despues que Christo nacio en ella, ha sido tantas vezes assolada por guerras, allende de lo que el tiempo desfaze, de manera que* apenas ay rastro ni señal de aquella antigua Jerusalem *donde tan grandes cosas en entrambas leyes Dios hizo? ¿Y qué no auran hecho las guerras de los paganos, quando la deuocion de los christianos ha desfecho muchas cosas de las que allí se hallaban. Porque, como sabes, el santissimo madero de la Cruz por muchas partes está repartido: los clavos, la lança, fasta el pesebre donde Christo nacio, con otras insignias del comiençó de nuestra saluacion, fue todo desaraygado y passado a Roma, ciudad diputada por Dios para cabeça de monarchia e sagrario de los tesoros de la yglesia.*

Por lo que respecta a mi versión, sólo me resta repetir lo que dije al presentar al público la del *Encomium*

ARN. *No lo has perdido todo, pues has aprendido esso en esta jornada, que medio predicador me parece que vienes hecho. Mas dime, ¿salen de ay los thesoros de donde nos dán por aca las indulgencias?*

CORN. *¿Preguntas si salen destas cosas que he dicho? No salen dellas, mas salen de las que con ellas se hizieron y padescieron por nuestra saluacion, y de las que despues aca los santos varones an hecho e padescido por Jesu Christo.*

ARN. *Segun esso, ¿a costa agena puede hombre salir del infierno?*

CORN. *Engáñaste, que las bulas no sacan del infierno al que alla está, ni al que merece estallo; solamente siruen de que, biuiendo nosotros bien, nos ayudan a satisfazer a la justicia diuina, haziendonos parcioneros de los meritos de los santos, porque avnque para esto baste ser christianos y miembros de Christo, por lo qual, estando en gracia, gozamos de la vida e de los otros bienes de que goza todo el cuerpo; pero de todo esto somos fechos más especialmente parcioneros por la especial aplicacion del Pontifice romano, a quien Christo dexó sus bozes para esto y para las otras cosas necessarias a la yglesia.*

ARN. *Si esso es en con-*

Moriae, o sea que he procurado ajustarme al texto latino todo lo posible, sin permitirme otras licencias que las absolutamente precisas, entre ellas la de sustituir con sus equivalentes castellanos los proloquios y modismos que, traducidos al pie de la letra, ni darían fuerza a la expresión, ni tendrían sentido alguno en muchas ocasiones.

Bien sé yo que los vientos que hoy corren por el mundo son muy poco propios a este género de libros, porque el monstruoso economismo materialista, que extiende sus bárbaros tentáculos a todos los aspectos y manifestaciones de la vida, seca el corazón de sus víctimas, ahoga en ellas los más nobles sentimientos, las hace insensibles para el purísimo deleite que producen las delicadezas del pensamiento y las torna incapaces de inquietar-

---

fiança de las indulgencias, ¿no ha el hombre de fazer mal ni dexar de cobrar el bien que pudiere?

CORN. *A essa cuenta, a más de tres se les tornaran las bulas en burlas, pues que se hallaran burlados quando se les acabare la vida que en huzia dellas ouiere mal biuido.*

ARN. *Mas tu, a mi parecer, a la primera cruzada podras ganar de comer, segun vienes gran bachiller en estas cosas; pero mira que por ganar las almas de los otros no infiernes la tuya. E tornando a tu romeria,* dime ¿qué viste por allá?

ARN. ¿Quid igitur vidisti?

CORN. Magnam ubique barbariem.

CORN. Gran muchedumbre de gentes barbaras e sin fe.

No es éste el único traductor castellano que se permitió tales licencias, porque en la versión anónima del opúsculo titulado *Lingua, sive de linguæ usu et abusu* (*La lengua de Erasmo nuevamente romanzada por muy elegante estilo,* Amberes, 1550) dice el traductor o intérprete "haber templado algunas invectivas de Erasmo contra frailes". Pudieran citarse otros varios casos.

se lo más mínimo por esos problemas, quizá los únicos verdaderamente dignos de la condición humana, que surgen callados en el alma y en el alma se resuelven sin estruendo, aunque no sin lucha y sin dolor; pero la consideración de esta indiferencia, cuando no hostilidad, del ambiente actual por los estudios humanísticos, no logró que desechase mi propósito, de una parte, porque estoy cierto de que son muchos, y serán más cada día, los que como yo, amalgamando la esperanza con la lógica, creen con fe ciega en una espléndida resurrección de los valores espirituales, que vendrá tarde o temprano, so pena de admitir el absurdo de que el hombre se niegue a sí mismo; y, de otra parte, porque no quiero morirme sin rendir este postrer homenaje a la egregia memoria de Desiderio Erasmo, cuyos libros tengo constantemente al alcance de la mano, y a quien debo tantas horas inolvidables de serena y gratísima lectura, de meditación provechosa y de consuelo confortador.

JULIO PUYOL.

Madrid, julio de 1936.
IV centenario de la muerte de Erasmo.

VEINTE COLOQUIOS DE ERASMO

I

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

INTERLOCUTORES: *Gregorio. Livino.*

Gregorio. ¿Qué tal el viaje, lo has hecho felizmente?

Livino. Bastante bien; pero ese camino no está nada protegido contra los ladrones.

Greg. Sin duda, juegan a la guerra.

Liv. Pues es un juego muy condenado.

Greg. ¿Viniste a pie o a caballo?

Liv. Unas veces a pie, otras en carro, otras a caballo y otras navegando.

Greg. ¿Y cómo andan las cosas de Francia?

Liv. Sumamente revueltas, porque se teme que estallen guerras formidables; y eso que no sé qué nuevo mal les pueda hacer el enemigo a los franceses, porque ya no queda calamidad que no haya caído sobre ellos.

Greg. Pero, ¿quieres decirme cuál es la causa de tal cúmulo de contiendas?

Liv. ¿Cuál ha de ser sino la ambición de los monarcas?

Greg. ¡Más les valía apaciguar estas discordias!

Liv. ¡No tienen mal modo de apaciguarlas: como el huracán las borrascas del oceano! Han creído que son dioses y que el mundo se ha hecho para ellos solos.

Greg. Siendo así que es al contrario, porque los reyes se instituyen para utilidad de los Estados, y no los Estados para utilidad de los reyes.

Liv. Pues mira, no faltan teólogos que echen leña al fuego y les enzarcen.

Greg. ¡A esos les pondría yo en primera fila a la hora del combate!

Liv. Ya saben ellos situarse en donde no corren ningún peligro.

Greg. En fin... ¡que sea lo que Dios quiera! ¿Cómo van tus negocios?

Liv. No pueden ir peor.

Greg. Por lo visto, no has hallado lo que buscabas ni saltó la pieza que ibas a cazar.

Liv. De caza salí, pero Diana no me fué propicia.

Greg. ¿Y no te queda ninguna esperanza?

Liv. Esperanza sí; lo que no me queda es dinero.

Greg. Pero el obispo, ¿no te había hecho ciertas promesas?

Liv. El obispo me da buenas palabras, y de ahí no pasa.

Greg. ¿Y nada te ha enviado todavía?

Liv. Como te digo, me promete montes y morenas, mas es lo cierto que aún no he visto ni un solo maravedí.

Greg. De todos modos, la esperanza sostiene al ánimo.

Liv. Al ánimo sí, pero al estómago no. El que se mantiene de esperanzas está en el aire y no puede decir que vive.

Greg. Consuélate pensando en que volviendo como has vuelto, has hecho el viaje con mayor comodidad, porque no te ha fatigado el peso de la bolsa.

Liv. Sin duda alguna; y hasta he venido mucho más seguro, porque no se conoce mejor defensa contra los ladrones que una bolsa vacía. Yo, sin embargo, hubiera preferido cargar con el peso y arrrostrar el peligro.

Greg. ¿Y no has tenido algún mal encuentro?

Liv. ¡Qué he de tener!; ¿has oído tú decir alguna vez que roben al desnudo? En cambio, hube de aguantar otras molestias, porque como no traía un cuarto, todo

el camino vine cantando las *Tres ánades, madre,* y muerto de sed: ¿te parece poco?

Greg. ¿Adónde vas ahora?

Liv. A casa a ver a mi gente, que hace mucho tiempo que no la veo.

Greg. Pues me alegraré que no halles novedad.

Liv. Dios te oiga. ¿Ha ocurrido algo por allí durante mi ausencia?

Greg. Nada, como no sea que encontrarás aumentada la familia, porque la perra te ha parido unos cachorros y la gallina ha sacado polluelos.

Liv. Es una nueva feliz, y en albricias quiero darte esta piedra: toma.

Greg. Guárdatela; hartas piedras tengo yo en mi casa.

Liv. No desprecies el regalo por ser humilde; es una piedra del águila, que a las mujeres próximas a dar a luz les abrevia y facilita el alumbramiento.

Greg. ¡Qué me dices!; en ese caso, no puedes figurarte cuánto te la agradezco y no sé de qué modo podré corresponder a tan gran favor como me haces.

Liv. Corresponderás con creces si aciertas a darme buen consejo.

Greg. Te juro que nada me hubiera llegado más a tiempo que tu dádiva, porque has de saber que tengo a la costilla fuera de cuenta.

Liv. Pues si trae varón te prometo ser su padrino.

Greg. Y yo te prometo que le pondré tu nombre.

Liv. Quiera Dios que sea para bien de ambos.

Greg. Y para bien de todos.

II

EL AMO Y EL CRIADO

INTERLOCUTORES: *Rabino. Siro.*

1. **Menesteres domésticos.**

Rabino. ¡Eh, tú, bribón, arriba! ¡Me he desgañitado a fuerza de llamarte, y tú ahí roncando a pierna suelta! Si te dejasen, harías lo que los grillos, que se pasan adormecidos todo el invierno. O te despabilas pronto, o voy yo allá a despabilarte de un estacazo. ¡Claro!: estarás durmiendo la mona que cogiste anoche. ¿No se te cae la cara de vergüenza de seguir tumbado a la bartola cuando ya ha entrado el día? Los criados que saben cumplir con su obligación están en pie antes del alba, para que al levantarse el amo lo encuentre todo a punto; pero tú tardas más en arrancar de la cama que el cuco del nido, y entre rascarte la cabeza, espurrirte y bostezar se te va más de una hora.

Siro. ¡Si apenas ha amanecido, señor!

Rab. ¡Será para tus ojos, que creerán hallarse todavía en el primer sueño!

Sir. ¿Qué manda vuestra merced?

Rab. Que enciendas la lumbre y la lámpara; que cepilles el sombrero y la capa y limpies las calzas y los zapatos; después, ventila la casa, tráeme la muda interior y seca al fuego la ropa que se ha lavado ayer.

Sir. Está bien.

Rab. ¡Pero menéate, hombre de Dios! ¡Ya debías tener hechos todos estos menesteres!

Sir. Voy en seguida.

Rab. ¡Vas en seguida, pero no te mueves! ¡Eres más torpe que un cepo!

Sir. ¡Es que no puedo sorber y soplar a un tiempo!

Rab. ¿Y aún replicas, condenado? Llévate ese bacín, arregla el cobertor, descorre las cortinas, barre el suelo y la alcoba y tráeme agua para lavarme las manos... ¿En qué te paras, bigardo? ¿Acabarás de encender candela?

Sir. ¡Si es que no hay ni chispa de lumbre!

Rab. Eso prueba lo bien cubierto que anoche dejaste el rescoldo.

Sir. Y, además, no tengo fuelle.

Rab. Ni falta que les hace a los criados respondones.

Sir. (¡Vaya un amo imperioso que me ha cabido en suerte!; para hacer todo lo que manda serían pocos diez criados.)

Rab. ¿Qué es lo que dices, holgazán?

Sir. No digo nada.

Rab. ¿Pues no te oigo yo rezongar?

Sir. No, señor; es que estoy rezando.

Rab. ¡Rezando...! ¡El padrenuestro al revés, rezarás tú! ¿Qué murmurabas de imperio o de imperioso?

Sir. Pedía al cielo que vuestra merced llegue a ser emperador.

Rab. Como yo le pido que de leño te convierta en hombre. Oye: acompáñame hasta la iglesia, y desde allí darás la vuelta a escape para hacer las camas y poner cada cosa en su sitio; a ver si dejas la casa más limpia que una taza de plata. Friega bien el bacín y quita toda la basura, porque puede que vengan algunas visitas. Si cuando yo vuelva veo que se te ha olvidado algo, te muelo las costillas.

Sir. En eso reconozco la benignidad de vuestra merced.

Rab. Pues abre el ojo.

Sir. ¿Y no me dice vuestra merced nada de comida?

Rab. ¡De eso bien se acuerda el muy belitre! Yo no comeré hoy en casa; a eso de las diez, vete a buscarme para que me acompañes adonde he de comer.

Sir. Mientras vuestra merced come, yo no tendré ni un bocado con que matar el hambre.

Rab. Las ganas no te faltarán.

Sir. Sí, pero con las ganas nadie llena el buche.

Rab. ¿Y no hay pan en casa?

Sir. Sí lo hay, pero negro y con mezcla de moyuelo.

Rab. ¡Miren el delicado!; pues si fueran a darte el alimento que te corresponde, no comerías más que hierba; ¡pretenderá el muy asno que le ceben con tortas! Cuando te canses de comer pan solo, añádele unos puerros, o si te gusta más, una buena cebolla.

2. **Los recados.**

Rab. Avíate para ir a la plaza.

Sir. ¡Tan lejos!

Rab. ¿Lejos?; de aquí a allá no habrá más de seis pasos, solo que a ti, que eres un haragán, se te antojan seis mil. Va a ser preciso no mandarte otras cosas que las que te consienta tu pereza. Mira: de camino, podrás hacer varios recados; vete contando por los dedos para que te acuerdes de todos. Primeramente, irás a casa del sastre, y si tiene acabado el jubón de chamelote, te lo traes. Desde allí, vas a buscar a Cornelio, el cosario; suele hallársele en la taberna de *El Ciervo,* que es donde trinca; le preguntas si ha traído cartas para mí, y qué día se marcha. Después, te llegas a la tienda del pañero y le dices de mi parte que le pagaré sin falta el día consabido.

Sir. ¿Qué día, el de las calendas griegas?

Rab. ¡No te rías, sinvergüenza!; antes del 1.° de marzo, habré satisfecho la deuda. Al salir de la tienda, tuerces a mano izquierda, entras en la librería y te enteras de si se han recibido de Alemania algunos libros nuevos, de sus títulos y del precio. Por último, irás tam-

bién a casa de Goclenio a decirle que le ruego venga a comer conmigo, porque con él ceno yo muchas noches.

Sir. ¿Va a tener convidado vuestra merced y no hay en casa ni con qué coma un ratón?

Rab. Por eso mismo, cuando hayas hecho todos los recados, vas a la carnicería y compras una espalda de carnero; ¡y cuidado con que la ases bien! ¿Has oído?

Sir. Sí, señor (por mi mala estrella).

Rab. Con que, mucho ojo y que nada se te olvide.

Sir. (¡Ni la mitad de estas embajadas voy a poder hacer!)

Rab. ¿Pero todavía estás ahí, grandísimo bellaco, y ya deberías haber vuelto?

Sir. (¿Cómo va a poder un hombre sólo hacer tantas cosas?; el barrido, el bacín, los zapatos, el agua, el sastre, la taberna de *El Ciervo,* la librería, el pañero, las disputas con los acreedores, el convite..., y como si esto no fuera bastante, ¡aún quiere el amo que también sea cocinero!)

3. **Preparativos de viaje.**

Rab. Trae las botas de montar, porque vamos de camino.

Sir. Aquí las tiene vuestra merced.

Rab. ¡Cómo blanquean de polvo!; ¡bien se conoce que eres tú quien está al cuidado de ellas! Juraría que hace más de un año que no las limpias; duras y secas están como sarmientos. Pásalas primero un paño húmedo; en seguida, las engrasas, las pones junto al fuego y las frotas con fuerza, para que se reblandezcan.

Sir. Bien.

Rab. ¿Dónde has puesto las espuelas?

Sir. Helas aquí.

Rab. Sí, ya las veo llenas de roña. ¿Y el freno? ¿Y la silla?

Sir. También los tengo a mano.

Rab. Que no haya nada roto o que se halle en mal estado, no vaya a ocurrirnos alguna avería en el cami-

no que nos haga perder tiempo. Vete a casa del guarnicionero y dile que componga estas riendas, y, a la vuelta, miras las herraduras de las caballerías, no sea que les falte algún clavo o haya que asegurarlo. ¡Válgame Dios, cómo están estos caballos de sucios y famélicos! ¿Cuántas veces les has lavado y almohazado en lo que va de año?

Sir. Les limpio todos los días.

Rab. ¡Sí, por cierto; a la vista está! Apostaría cualquier cosa a que en más de una ocasión se pasan dos y tres días sin ver el pienso.

Sir. ¡No, señor; qué se han de pasar!

Rab. Eso es lo que dices tú, pero si los pobres animales pudieran hablar, dirían otra cosa muy distinta, aunque harto hablan y dicen con esa miserable estampa.

Sir. ¡Pues yo bien los cuido!

Rab. Entonces, ¿por qué no estás tú como los caballos?

Sir. Porque yo no como hierba.

Rab. Ea; ya no nos queda más que preparar las alforjas; a ver si las arreglas en seguida.

Sir. Voy por ellas.

III

DIALOGO FAMILIAR

INTERLOCUTORES: *Claudio. Balbo.*

Claudio. ¡Cuánto me alegro de tu vuelta, amigo Balbo!

Balbo. Y yo, querido Claudio, de hallarte con cabal salud.

Cla. Te felicito muy de veras por tu regreso a la patria.

Bal. Más debieras felicitarme por haber podido escapar de Francia.

Cla. ¿Por qué?

Bal. Porque aquello está ardiendo en guerras.

Cla. ¿Y qué tiene que hacer Marte con las Musas?

Bal. Allí ni a las Musas se les respeta.

Cla. Pero, en fin, a Dios gracias, tú pudiste salir con ventura.

Bal. Aunque no sin peligro.

Cla. Te encuentro completamente cambiado.

Bal. ¿Por qué lo dices?

Cla. Porque de holandés que eras al marchar, te has transformado en galo, como lo indica tu vestido.

Bal. Más quiero haberme convertido en *galo* que en gallina.

Cla. Ni el hábito hace al monje, ni la vestimenta al galo. ¿Hablas ya el idioma?

Bal. Lo hablo ya regularmente.

Cla. ¿Con quién lo aprendiste?

Bal. Con unos maestros que no saben estar callados ni un momento.

Cla. ¿Quiénes son?

Bal. Ciertas mujercillas que hablan más que las cotorras.

Cla. Con tales preceptores no es difícil aprender cualquiera lengua. ¿Y cómo andas de pronunciación?

Bal. Bravamente; hasta el latín lo pronuncio a la francesa.

Cla. Entonces nunca harás buenos versos latinos.

Bal. ¿Por qué?

Cla. Porque has perdido la noción de la cantidad silábica.

Bal. Me contentaría con tener la calidad.

Cla. ¿Se ha acabado la peste en París?

Bal. No, pero no es continuada; a veces, remite algo: a poco, se recrudece, y cuando se cree extinguida, torna a aparecer.

Cla. ¡Cómo si aquellas pobres gentes no tuviesen bastante castigo con las calamidades de la guerra!

Bal. Es mucha verdad; pero, sin duda, los hados no han sido del mismo dictamen.

Cla. A muchos infelices habrá de atender la caridad pública.

Bal. Hasta eso falta, porque la penuria es espantosa; todo escasea en aquel país menos los desafueros de la soldadesca, para quien ser hombre honrado es la mayor de las ignominias.

Cla. Pero, ¿cuál fué la causa que movió a los franceses a entrar en contienda con el Imperio?

Bal. Se conoce que han querido imitar al escarabajo que intentó subir hasta el nido del águila, pues sabido es que en tratándose de guerra, cada francés se cree con fuerzas superiores a las del mismo Hércules.

Cla. En fin, no quiero entretenerte más; ya charlaremos largamente cuando haya vagar para ello; ahora tengo que hacer unas cosillas.

IV

DIALOGO FAMILIAR

INTERLOCUTORES: *Gil. Leonardo.*

Gil. ¿Adónde va mi querido Leonardo?

Leonardo. A verte iba, precisamente.

Gil. ¡Qué cosa más rara!

Leon. ¿Por qué?

Gil. Porque hace cerca de un año que no aportas por mi casa.

Leon. Más quiero que se me quejen de eso que de que causo enojo con la frecuencia de mis visitas.

Gil. A mí no me enojan nunca las de los buenos amigos, los cuales me son tanto más gratos cuanto más cultivo su amistad.

Leon. ¿Y qué ha sido de vosotros desde la última vez que nos vimos?

Gil. Hemos tenido no pocas contrariedades.

Leon. Ese es achaque muy común. Dime, ¿dió a luz tu mujer?

Gil. Hace tiempo, y trajo dos gemelos.

Leon. ¿De veras?

Gil. Como lo oyes; y, además, ya se halla otra vez en estado de buena esperanza.

Leon. De esa manera es como suele aumentarse la familia.

Gil. ¡Ojalá que de la misma suerte que la mujer se encarga de aumentar la prole, se encargase la Fortuna de aumentar la hacienda!

Leon. ¿Casaste ya a la hija?

Gil. Todavía no.

Leon. No creo prudente que, a su edad, la tengas aún soltera. Deberías buscar un yerno.

Gil. No es necesario que lo busque, porque a la chica le han salido varios pretendientes.

Leon. Entonces, ¿a qué aguardas?; ¿tienes más que elegir el que te parezca mejor?

Gil. Todos me parecen buenos, hasta el punto de que no sabría a cuál de ellos escoger; pero es el caso que mi hija aborrece la coyunda matrimonial.

Leon. ¿Qué me cuentas?; porque, si no me engaño, ya está en edad de casarse.

Gil. ¡Ya lo creo!; ha cumplido los veinte.

Leon. Pues, siendo así, ¿cómo es que aborrece el matrimonio?

Gil. Porque dice que quiere ser esposa del Señor.

Leon. En verdad que el Señor tiene ya muchas esposas; ¿pero es que, por ventura, se casan con el demonio las que viven honradamente con sus maridos?

Gil. Eso digo yo.

Leon. ¿Y quién la metió en esos trotes?

Gil. Lo ignoro, pero no hay modo de quitarle la idea de la cabeza.

Leon. Anda con cuidado, no vaya a ser que haya de por medio personas entrometidas y oficiosas que te la engatusen.

Gil. Algunas de esa laya he despachado ya de mi casa con viento fresco.

Leon. Entonces, ¿qué es lo que piensas hacer?; ¿vas a consentir en el monjío?

Gil. Haré cuanto pueda por disuadirla, sin perdonar medio ninguno; pero si persiste en su empeño, no quiero contrariarla, ni creo que deba oponerme a los designios de Dios o, mejor dicho, a los de sus ministros.

Leon. Hablas como buen creyente; pero, de todas suertes, no harías mal en cerciorarte de si su vocación es verdadera, no sea que se arrepienta cuando ya no tenga remedio.

Gil. Ciertamente que he de procurarlo con todas mis potencias.

Leon. ¿Y qué hacen tus hijos?

Gil. El mayor se casó, y dentro de poco será padre. Al pequeño le he traído para casa, porque en París no hacía otra cosa que perder el tiempo miserablemente.

Leon. ¿Pues cómo?

Gil. El ha vuelto Maestro, eso sí, pero también mucho más tonto que cuando se fué.

Leon. ¡Vamos, hombre, no exageres!

Gil. En cuanto al mediano, acaba de comenzar sus estudios eclesiásticos.

Leon. De corazón, os deseo a todos próspera fortuna.

V

CAMINO DE LA ESCUELA

INTERLOCUTORES: *Silvio. Juan.*

Silvio. ¡Eh, Juan, no corras tanto!

Juan. Voy como liebre seguida de galgos.

Silv. ¿Por qué?

Juan. Porque si no estoy allá cuando pasen lista, me tunden la pelleja.

Silv. Es temprano todavía; ha poco que dieron las cinco.

Juan. No me fío yo mucho de los relojes, porque lo que suelen dar son muchos chascos.

Silv. Pero puedes fiarte de mí, que oí las campanadas.

Juan. ¿Cuántas?

Silv. Cinco.

Juan. Pues hay otra cosa que temo más aún que llegar tarde, y es tener que dar de memoria la lección de ayer, larga como ella sola. Me parece que no voy a saber ni una palabra.

Silv. Entonces júntate conmigo, que tengo un miedo que no veo.

Juan. ¡Ese maestro es una fiera!; por la falta más pequeña, ya está sacudiéndole a uno sin piedad, como si nuestras nalgas fueran de cuero de buey.

Silv. No; no se anda en chiquitas.

Juan. ¿A quién ha puesto de pasante?

Silv. A Cornelio.

Juan. ¿El bizco? ¡Pobres de nuestras asentaderas, porque es de los que arrean de lo lindo!

Silv. ¡Que si arrea!; mil veces le he pedido a Dios que le deje paralítico del brazo.

Juan. ¡Hombre, eso no está bien!; lo que debemos pedirle es que no nos deje caer en manos de semejante bárbaro.

Silv. Vamos a repasar la lección; mientras uno la dice, el otro va leyéndola en el cuaderno.

Juan. Conforme.

Silv. ¡Ten valor, hombre, ten valor, que el miedo quita la memoria!

Juan. Maldito el miedo que yo tendría si no me viese en peligro; pero, ¿quién puede estar seguro con esa condenada lección, que es el gran galimatías?

Silv. Verdad, pero piensa que, después de todo, no pagamos con la cabeza, sino con otra parte del cuerpo que yo me sé.

VI

LECCION DE URBANIDAD

INTERLOCUTORES: *El Maestro. El Muchacho.*

Maestro. Son tan bastos tus modales, que se diría que no has nacido para el aula, sino para la jaula, y los muchachos de buena familia, como tú, han de ser urbanos y corteses. Escucha. Cuando hables con una persona respetable, debes tener el cuerpo derecho, descubierta la cabeza; el rostro, ni serio, ni ceñudo, ni descarado, ni insolente, sino alegre y modesto; los ojos pudorosos y puestos en aquel con quien hablas; juntos los pies y quietas las manos. No te balancees a uno y otro lado, ni acciones con exceso, ni te muerdas los labios, ni te rasques la cabeza, ni te hurgues los oídos. Lleva siempre un vestido decoroso y procura que en tu cara, en tus ademanes y en todos tus movimientos se descubra la honesta condición de tu persona.

Muchacho. Voy a ver si sé hacerlo.

Maest. Veámoslo.

Much. ¿Está bien así?

Maest. No bien del todo.

Much. ¿Y así?

Maest. Así ya está un poco mejor.

Much. ¿Y así?

Maest. Eso es, así; y no lo olvides. Prosigo. No hables nunca sin ton ni son, ni tampoco muy de prisa, y mientras conversas con alguno, pon mucho cuidado en lo que dices y mucha atención en lo que diga él. Si te preguntan, responde con pocas y atinadas palabras; antes de contestar, haz una reverencia, y si lo pide el caso,

dobla un tanto la rodilla, sobre todo cuando te dirijas a personas de calidad, a las cuales debes darles el tratamiento que tengan por su dignidad o por su cargo. Nunca te retires sin haber pedido la venia para ello, y en ciertas ocasiones hasta que te indiquen que puedes retirarte. Veamos ahora cómo has aprovechado la lección. Dime, ¿cuánto tiempo ha que saliste de casa de tu madre?

Much. Va para seis meses.

Maest. Debías haber añadido "señor".

Much. Va para seis meses, señor.

Maest. ¿Y no la echas de menos?

Much. Muchas veces.

Maest. ¿Tienes deseos de ir a verla?

Much. Si los tengo, señor, si es con el beneplácito de vuestra merced.

Maest. Al decir eso debías haber doblado un poco la rodilla. Así; muy bien; y vamos adelante. Cuando hables, no atropelles las palabras ni parezca que te quedas con ellas en la boca; pronúncialas correcta y distintamente y acostúmbrate a articular con claridad. Si te encontrares en tu camino con un señor de respeto, magistrado, sacerdote, doctor o cualesquiera otros semejantes, salúdales descubriéndote la cabeza, cuidando de doblar la rodilla al mismo tiempo, y lo propio has de hacer cuando pases por delante de una iglesia o de una cruz. En los convites has de estar siempre con semblante risueño y no te olvides nunca de aparecer como conviene a los muchachos de tu edad. No empieces a comer hasta que los demás hayan comenzado; si te quisieran regalar con un bocado preferente, rehúsalo, pero si insistieren en ello, lo tomas y, después de dar las gracias, parte un pedacito y obsequia con él a quien te regaló o a alguno de los que se sienten junto a ti. Si alguien bebe a tu salud, dile que le haga buen provecho y bebe tú también, aunque con mesura, y si entonces no tuvieres sed, haz como que bebes llevándote la copa a los labios. Escucha cortesmente a los que hablen, pero tú calla mien-

tras no te pregunten. Si oyeras decir alguna obscenidad, no te rías y pon cara de no haber entendido. De nadie murmures, ni quieras aventajarte a los demás, ni alabes lo tuyo y menosprecies lo ajeno. Has de ser también amable con tus compañeros de clase humilde. No pretendas nunca valer más que los otros, ni hables temerariamente, y pórtate, en fin, de modo que merezcas ser justamente estimado y adquirir amistades que sean dignas de ti. Por último, si el convite se prolongase con exceso, pide permiso para marcharte, pero no te ausentes sin haber saludado a los comensales. Procura acordarte de estas advertencias.

Much. Así lo haré, señor Maestro. ¿Manda algo más vuestra merced?

Maest. Ahora coge los libros y estudia tus lecciones.

Much. Sí, señor.

VII

EL RECREO

INTERLOCUTORES: *Nicolás. Jerónimo. Cocles. El Maestro.*

Nicolás. El cuerpo, el tiempo y el día están diciendo que nos vayamos a jugar.

Jerónimo. Sí lo dirán, pero el que no lo dice es el maestro.

Nic. Nombraremos un embajador para que vaya en nuestro nombre y le arranque el permiso.

Jer. Le arranque, dijiste bien, porque creo que sería más fácil arrancarle a Hércules su maza que a él el consentimiento para que salgamos a divertirnos. Pues, ¡vive Dios! que, según he oído, pocos hubo en su tiempo que fueran más amigos del holgorio.

Nic. Se ha olvidado ya de que fué mozo; pero, en cambio, bien lista tiene la mano cuando nos mosquea el envés; tacaño para concedernos el recreo, para los azotes pródigo.

Jer. Debemos elegir un embajador que no tenga demasiada vergüenza y sepa contestar con presteza a sus acostumbradas cazurrerías.

Nic. ¡Que vaya el que quiera!; yo, antes que ir a pedirle el permiso, prefiero quedarme sin jugar.

Jer. Ninguno mejor que Cocles.

Nic. Verdad, porque nadie tiene mayor desparpajo ni lengua más expedita.

Jer. ¡Vete, Cocles, que todos te lo agradeceremos de corazón!

Cocles. No tengo inconveniente, y pondré mis cin-

co sentidos en el desempeño de la embajada; pero si no traigo buen recado, no me echéis a mí la culpa.

Jer. Todos confiamos en ti, porque estamos seguros de que has de hacerlo a maravilla.

Coc. Pues allá voy y que Mercurio venga en mi ayuda.

.....

Coc. ¡Guárdete Dios, Maestro!

Maestro. (¿Qué querrá este charlatán?)

Coc. ¡Guárdete Dios, Maestro sapientísimo!

Maest. (Me da mala espina tanta zalamería). ¡Bueno; ya estoy bastante guardado! ¿Qué tripa se te ha roto?

Coc. Señor: tus discípulos impetran tu venia para ir a solazarse.

Maest. Con mi venia o sin mi venia, nunca hacéis otra cosa.

Coc. Ya sabe tu eminencia que el ingenio se aviva con el ejercicio moderado, según nos dijiste que lo enseña Quintiliano.

Maest. ¡Ah, belitre, de lo que te conviene bien te acuerdas! Pero advierte que si es justo dar tregua en la tarea habitual a los que se esfuerzan de veras en el trabajo, a quienes, como vosotros, estudian por adarmes y se divierten por quintales antes hay que acortarles las riendas que aflojárselas.

Coc. Lo hacemos para vigorizar nuestro cuerpo; pero si ahora nos otorgas unos momentos de recreo, después nos resarciremos con creces del tiempo perdido, estudiando de firme.

Maest. ¡No tenéis vosotros mal resarcimiento! ¿Y quién sale fiador de lo que prometes?

Coc. Yo respondo de ello con mi cabeza.

Maest. Di más bien que respondes con tus nalgas. En fin... aunque yo sé de sobra que no puedo fiarme de ti, os doy el permiso, pero con la trasera me respondes de tu promesa, y si no lo cumples, no vuelvas en tu vida a pedirme ni el más mínimo favor. Podéis marcharos,

mas habéis de ir juntos y al campo, no sea que algunos se vayan a la taberna o a otro sitio peor. ¡Ah!; y antes de ponerse el sol, en casa todo el mundo.

Coc. Así lo haremos.

.....

Coc. ¡Albricias! Conseguí el permiso, aunque trabajillo me costó.

Jer. ¡Qué talento tienes, hombre, y cuánto te queremos!

Coc. Sí, pero mucho ojo con lo que se hace, porque he dejado en prenda mis nalgas. Si alguien se desmanda, no volváis a contar conmigo para estas embajadas.

Jer. Pierde cuidado. ¿Qué juego os gusta más?

Coc. De eso trataremos en el campo.

.....

Nic. El juego de pelota a mano es con el que más se ejercitan todas las partes del cuerpo, aunque comprendo que es más propio del invierno que del estío.

Coc. Para jugar cualquiera estación es buena.

Nic. Podíamos jugar con red, porque así se suda menos.

Coc. ¡Quita allá! La red para los pescadores; es mejor a mano.

Nic. Andando, y no gastemos el tiempo. ¿Cuánto vamos a jugar?

Jer. Una uñada, y así no perderemos los cuartos.

Nic. Bien está: yo más quiero perder la vergüenza que el dinero.

Jer. Pues yo quiero más perder el dinero que la vergüenza. Además, cuando no se atraviesa algún interés, el juego se convierte en una ñoñería.

Nic. Eso es verdad.

Jer. Iremos a tres partidos; el que venza, gana tres dineros, pero con la condición de que la ganancia se ha de echar en bebida para los presentes.

Nic. Convenido. Ahora tenemos que sortearnos, aunque como todos jugamos lo mismo, poco más o menos, es igual que vayan unos u otros de compañeros.

Jer. ¡Ca! Tú juegas mucho más que yo.

Nic. Pero tú tienes mejor suerte.

Jer. ¿También en esto ha de meterse la Fortuna?

Nic. La Fortuna se mete en todo.

Jer. Ea, vamos a sortearnos... ¡Vítor!; ¡salí con los que quería!

Nic. Nosotros tampoco estamos de queja.

Jer. Tened presente que la victoria favorece a los que ponen solicitud en alcanzarla. Cada uno a su sitio y mucha atención. Tú, ponte detrás de mí para recoger la pelota si pasa alta; y tú allí, para devolverla a los contrarios.

Nic. ¡Por aquí no pasa ni una mosca sin que tenga que sentir!

Jer. ¡Al avío! ¡A ver, tú, si echas la pelota a las nubes! ¡Eh, no vale tirar sin avisar!

Nic. ¡Allá va esa!

Jer. ¡Y esa! Pero oye: si das fuera de la raya o junto al tejado, pierdes. ¡Qué mal tiras la pelota!

Nic. Para ti sí, pero para mí no.

Jer. Pues ahora voy a hacer lo que tú para jugar con igual ventaja, aunque lo mejor sería que jugásemos en buena ley.

Nic. En el juego leal hay que ganar por arte.

Jer. Ni más ni menos que en la guerra; pero los beligerantes tienen sus leyes y no te olvides de que hay artes iliberales.

Nic. ¡Ya lo creo que las hay, y son muchas más de siete! Oye: más te valía señalar vuestro puesto con un pedazo de teja, con chinas o, si quieres, con tu gorra.

Jer. Señalaré con la tuya, si te es lo mismo.

Nic. ¡Allá va esa pelota!

Jer. ¡Venga! ¡Apunta el tanto!

Nic. Estos puestos están muy lejos el uno del otro.

Jer. No están cerca, pero se puede ganar.

Nic. ¡Claro que se puede, cuando los otros no se defienden como es debido.

Jer. ¡Vítor! ¡Tenemos quince tantos!... ¡Y éste

también era nuestro si tú no estuvieras fuera de tu sitio! Bueno; estamos iguales.

Nic. No lo estaremos mucho tiempo... ¡Tenemos treinta!... ¡Tenemos cuarenta y cinco!

Jer. ¿Cuarenta y cinco qué? ¿Cuarenta y cinco dineros?

Nic. ¡No, hombre! Cuarenta y cinco tantos.

Jer. ¡De nada sirven los tantos sin dinero.

Nic. ¡Este partido lo ganamos!

Jer. Me parece que cantas victoria antes de tiempo. ¡Mira que haberse plantado en cuarenta y cinco los que ha poco no tenían ni un tanto. Dí que en el juego la suerte es tan varia como en la guerra... ¡Pero ya tenemos treinta... Ea, ya estamos iguales otra vez.

Nic. ¡Mucho cuidado ahora, eh!... ¡Duro en ellos!... ¡Viva!, ¡ya os pasamos!

Jer. Poco vais a gozar la pasadura... ¿No lo dije? ¡Iguales!

Nic. La Fortuna va de un bando a otro, como si no supiese a quien discernirle la victoria. ¡Oh, divina Fortuna!; si nos eres propicia te daremos un marido... ¡Gracias, diosa inmortal!; ¡has oído mis votos! Nuestro es el tanto. ¡Tú, apúntalo con yeso, no vaya a escaparse! Poco nos falta para ganar...

Jer. Sí, pero se va poniendo el sol y ya hemos sudado bastante. Nada con exceso, como dijo el otro. Hay que dejar el juego y sacar la cuenta.

Nic. Nosotros ganamos tres dineros y vosotros dos; queda uno para echar un trago. Y, a todo esto, ¿quién paga las pelotas?

Jer. Todos por partes iguales, porque es juego villano el que trae perjuicio para alguno.

VIII

EL ARTE DE APRENDER

INTERLOCUTORES: *Desiderio. Erasmo.*

Desiderio. ¿Cómo van tus estudios, Erasmo?

Erasmo. Me parece que las Musas les son poco propicias y presumo también que les serían más favorables si yo fuera capaz de pedir auxilio a otro que a ti.

Des. Di lo que es; nada que sea en tu provecho me pedirás en vano.

Er. No lo dudo, porque creo que no ignoras las artes recónditas.

Des. ¡Ojalá fuera así!

Er. He oído decir que hay un método de tan maravillosa eficacia, que cualquiera que lo siga puede aprender todas las artes liberales con poquísimo trabajo.

Des. ¡Qué me cuentas! ¿Y tú has visto el libro que trata de ese método?

Er. Lo vi, pero no hice más que verlo, pues, sin duda, lo escatiman para que no haya peste de doctores.

Des. ¿Y qué contiene?

Er. Muchas figuras de animales, como dragones, leones y leopardos, y varios círculos en los que aparecen escritas ciertas palabras, unas en griego, otras en latín, otras en hebreo y otras en lenguas vulgares.

Des. ¿Y en cuántos días dice ese libro que podrán aprenderse aquellas disciplinas?

Er. En catorce.

Des. ¡Admirable afirmación! Pero, dime: ¿tú has conocido a alguien que con semejante libro haya llegado a ser docto?

Er. A ninguno.

Des. Ni tú ni nadie le ha conocido, ni le conocerá hasta tanto que veamos uno que se haya enriquecido con la Alquimia.

Er. Pues yo me alegraría de que ese arte saliese verdadero.

Des. Quizá porque sientes pereza de adquirir la sabiduría a costa de los sacrificios que requiere.

Er. Eso es.

Des. Pues, hijo, así lo ha dispuesto Dios. Los bienes materiales, como el oro, la plata, las piedras preciosas y hasta los reinos, lógranlos, los ignorantes o los que no son dignos de estas riquezas, pero quisieron los cielos que los bienes que merecen tal nombre, es decir, los que convienen con la nobleza de nuestro ser, no se adquiriesen sin grande esfuerzo, el cual no nos parecerá una carga insoportable si se considera lo espléndido de la recompensa con que nos premia, y si nos paramos a pensar en que son muchos los que exponiéndose a tremendos peligros, acometiendo durísimos trabajos y en no pocas ocasiones afanándose en vano, luchan por la posesión de las cosas temporales, que nada son cuando se las compara con el tesoro de la sabiduría. Las fatigas del estudio van mezcladas con miel, que hallas fácilmente a poco que ahondes en la tarea, y tú has conquistado ya algunas ventajas que son felicísimo presagio de que en breve verás desaparecer del todo las molestias que aún te causa.

Er. ¿Y cómo habré de conseguirlo?

Des. Lo primero que has de procurar es disponer el ánimo a sentir el amor del estudio y luego tenerlo en alta estimación.

Er. ¿Y qué haré para ello?

Des. Considerar cuán numerosos han sido los que por él alcanzaron las más preciadas riquezas, la suma autoridad y los honores más insignes, así como también apreciar claramente la diferencia que hay entre el hombre y los seres irracionales.

Er. Dices bien.

Des. Después es necesario que acostumbres tu mente a reflexionar y a apetecer las cosas provechosas más que las deleitables, pues aunque es cierto que todo acto de virtud se nos hace al principio muy cuesta arriba, no es menos evidente que el hábito lo convierte en gustoso. Si así procedes, no sólo harás más llana la misión de tus maestros, sino que también les entenderás con mayor facilidad, según reza aquel apotegma de Isócrates que debieras escribir con letras de oro en el frente de tus libros: *Si deseas aprender, aprenderás.*

Er. A mí me sucede que comprendo bien lo que leo, pero al momento se me olvida.

Des. Eso es ser un tonel agujereado.

Er. Tienes razón, pero ¿cómo me las arreglaré para remediarlo?

Des. Tapando el agujero para que no se vaya lo que hay dentro del tonel.

Er. ¿Y con qué lo he de tapar?

Des. Ni con césped, ni con yeso, sino con diligencia. El que no hace más que repetir lo que ha leído, olvídalo en seguida, porque las palabras, como dice Homero, tienen alas y vuelan si no se las sujeta con el peso del sentido. Ha de ser, pues, tu primer cuidado entender completamente el concepto y luego meditar sobre él una y muchas veces para que la mente se acostumbre y te devuelva la idea al punto que se la pidas. Claro es que esto es excusado cuando se trata de una de esas personas de tan rústica inteligencia, que por no poder adiestrarse en tal ejercicio no sirven, en modo alguno, para el cultivo de las Letras.

Er. Esto lo entiendo muy bien.

Des. Otros hay de tan escasa solidez mental que no les es posible retener ninguna idea ni prestar mucho tiempo seguido atención a un discurso, ni fijar en la memoria lo que aprenden. En el plomo puede imprimirse una imagen indeleble, pero no así en la superficie del metal líquido o en la superficie del agua por su falta de con-

sistencia, y algo análogo les sucede a estos de que hablo. También aprenderás bastante y con poco esfuerzo si, además de dirigir bien tu entendimiento, conversas frecuentemente con las gentes que saben, pues siempre se hallan en sus pláticas cosas dignas de ser conocidas.

Er. Cierto.

Des. Y hasta en la mesa, entreveradas con las charlas de los comensales, suelen oirse a la hora de la comida seis u ocho sentencias selectas de sabios de gran nombre y otras tantas a la hora de la cena: calcula, pues, el crecido número de ellas que te será dado reunir al cabo del mes y al cabo del año.

Er. ¡Ya lo creo!, pero eso sería si pudiera acordarme de todas.

Des. Y, en último término, aunque en tu trato con los doctos no hicieses otra cosa que oir hablar el latín correctamente, ¿no sacarías el provecho de aprenderlo tú en pocos meses, cuando los niños, que no tienen letras ningunas, aprenden en tiempo brevísimo a hablar el francés y el español?

Er. Seguiré tus consejos y veré si consigo habituar mi mente al yugo de las Musas.

Des. Yo te aseguro que no he conocido otro arte de aprender que la solicitud en el trabajo, el amor al saber y la perseverancia en el estudio.

IX

LAS POSADAS

INTERLOCUTORES: *Bertolfo. Guillermo.*

Bertolfo. ¿Por qué habrá tantos viajeros que al pasar por Lión se detienen en esta ciudad dos y tres dias? De mí sé decir que cuando emprendo el camino, no me detengo en ninguna parte y lo único que deseo es llegar lo antes posible al término de mi viaje.

Guillermo. Lo que a mí me extraña es que haya quien pueda arrancar de allí.

Bert. ¿Por qué?

Guill. Porque pueblo es aquel en donde los compañeros de Ulises no hubieran logrado librarle del encanto de las sirenas; nadie está en su casa mejor tratado que en las posadas de Lión.

Bert. ¿Y cómo así?

Guill. En la que yo paré, siempre había alguna mujer que a las horas de las comidas regocijaba nuestra mesa con sus charlas y ocurrencias, porque es singular la amabilidad de aquellas gentes. Acercábase primeramente a saludarnos el ama de la casa, consultaba nuestros gustos y nos exhortaba a que estuviéramos contentos; tras de ella, venía la hija, mujer en extremo gentil, y de tan buena labia y genio tan jovial, que hubiera sido capaz de alegrar al mismísimo Catón. Y era lo bueno que no hablaban con nosotros como con huéspedes desconocidos, sino como si fuésemos de la familia o antiguos amigos.

Bert. Bien se echa de ver en eso el carácter de los franceses.

Guill. Pero como ni la madre ni la hija podían dedicarnos todo el tiempo, porque les era preciso atender a los demás huéspedes y a los menesteres de la casa, acudía después una mozuela muy ducha en las artes de agradar y que se bastaba y se sobraba para sostener ella sola la broma con todos los comensales. Esta mantenía la conversación hasta que tornaba la hija a sustituírla.

Bert. Bueno, pero ¿cómo era el trato del hospedaje?, porque supongo que con la charla solamente no llenaríais la andorga.

Guill. ¿El trato? Verdaderamente espléndido, hasta el punto de causarme admiración que le diesen tal como aquél por precio tan exiguo. Terminada la comida, continuaban entreteniéndonos con cuentos chistosos para que nadie se aburriese; en fin, yo creía hallarme en mi casa más bien que en una posada.

Bert. ¿Y los aposentos?

Guill. También en ellos nos visitaban algunas muchachas risueñas, avispadas, complacientes, y si teníamos ropa sucia o manchas en el vestido, ellas lo lavaban todo y limpio lo devolvían. En el tiempo que duró nuestra estancia no vimos en la casa más que mujeres, ya mozas, ya talludas, excepto en la caballeriza, y aun en ella encontrábamos de vez en cuando alguna que otra. A los que se marchaban, abrazábanlos con el afecto que pudieran hacerlo con hermanos o próximos parientes.

Bert. Todo eso cuadra muy bien con el modo de ser de los franceses, pero a mí, la verdad, me gustan más las costumbres alemanas por parecerme más varoniles.

Guill. No he estado nunca en Alemania, por lo cual te ruego que, si no te molesta, me digas de qué modo reciben allí a los caminantes.

Bert. Te diré lo que yo vi en donde estuve, aunque no sé si en todas partes acontecerá lo mismo.

Al que llega a la posada, ni siquiera le saludan, para que no se crea que andan a caza de huéspedes, cosa que estiman denigrante e indigna de la seriedad germánica.

Después de haberte dejado llamar a la puerta durante un buen espacio, ábrese un ventanucho de la cocina (que es la única pieza en que habitan hasta fines de junio) y por él asoma una cabeza que diríase que va a embestir; preguntas si hacen el favor de darte albergue, y si no ves en la cabeza signo negativo, se sobreentiende que acceden a admitirte. Preguntas entonces en dónde está la cuadra; el que se asomó te la indica con la mano, allá te diriges y bien puedes acomodar el caballo a todo tu talante, ya que no verás ni un mozo que te ayude en la faena, si bien es cierto que en las posadas de fama acostumbran a tener uno que conduce al recién llegado y señala para la cabalgadura el lugar más incómodo de los que están vacíos, porque los mejores los van reservando para los que puedan llegar más tarde, sobre todo si son señores de calidad. En el caso de que te quejes del sitio, dícente al punto: "¡Pues si no conviene, busque otra posada!" En las ciudades te venden para el pienso una hierba de mala calidad y escasa, aunque te la cobran casi al mismo precio que la avena. Aviado el caballo, te vas a la cocina, pieza común en la que están revueltos los huéspedes, las botas, las cargas y el barro que cada cual cogió por los caminos.

Guill. En Francia hay aposentos destinados a que los viajeros se limpien, se sequen, se calienten o descansen.

Bert. En Alemania no; en la cocina te limpias las botas, te pones los calzones, te mudas de ropa, si te viene en gana, y si la traes mojada por la lluvia, tú mismo tienes que ponerla a secar junto al hogar y quitarla de allí cuando esté seca. También hay agua preparada por si a alguno se le ocurre lavarse las manos, pero tan abundante y tan limpia, que después de que te has servido de ella, tienes que pedir otra para lavarte de la primera.

Guill. Dignos de laude son los varones que no se afeminan con ningún género de molicie.

Bert. Además, aunque llegues a las cuatro de la

tarde, puedes estar seguro de que no han de darte de cenar hasta las nueve o acaso hasta las diez de la noche.

Guill. ¿Por qué?

Bert. Porque no disponen cosa alguna hasta que presumen que ya no han de venir más huéspedes, y de este modo hacen todo el trabajo de una vez.

Guill. Por lo visto, son amigos de la brevedad.

Bert. Sin duda, y así es frecuente ver en aquellas cocinas ochenta o noventa caminantes entre peatones, caballeros, mercaderes, marineros, carreteros, labradores, niños, mujeres, sanos y enfermos.

Guill. Una verdadera Babilonia.

Bert. Allí el uno se peina, el otro se enjuga el sudor, el otro se limpia los zapatos o las abarcas, el de más allá eructa a ajo y la confusión de lenguas y personas no es menor que la de la torre de Babel. Si, por ventura, aciertan a llegar algunos extranjeros que guarden las leyes del decoro y sepan comportarse con urbanidad, en ellos se clavan todas las miradas como si fueran animales raros traídos del Africa, y aun después de que se sientan, no cesan de mirarles, volviendo descaradamente la cabeza hacia ellos y olvidándose hasta de comer.

Guill. En Roma, en París, en Venecia, nadie se admira de nada.

Bert. Hasta la hora de cenar, es en vano que pidas cosa con que entretener el hambre. Cuando está avanzada la noche y calculan que ya no han de venir más huéspedes, sale un criado viejo, de barba blanca, cabeza rapada, torvo semblante y vestido mugriento.

Guill. Tal les convenía para sus festines a los cardenales romanos.

Bert. Este que digo, mira alrededor, cuenta en silencio las personas que están en la cocina y cuantas más hay, mayor es la cantidad de leña que echa en el hogar, aunque ya vaya apretando el calor del estío, pues creen que todo el toque del buen trato hospederil consiste en que los huéspedes suden la gota gorda. Si alguno, poco acostumbrado a tal temperatura, entreabre una venta-

na para no asfixiarse, oye en seguida que le gritan: "¡Eh, cierre ahí!", y si se resiste a hacerlo, le replican en el acto: "Pues, si no conviene, busque otra posada."

Guill. Nada, en mi entender, hay tan insano como este hacinamiento de personas que respiran la misma atmósfera de una habitación, máxime si en ella se aflojan la ropa, comen y permanecen durante muchas horas; paso por alto los regüeldos del ajo, la fetidez de alientos y las enfermedades ocultas o manifiestas, porque sabido es que todas se contagian; hay quien tiene la sarna que unos llaman española y otros francesa, aunque yo creo que este achaque es común a todas las naciones y no menos peligroso que la lepra; en fin, bien sabes tú cuán grande es el número de los males pegadizos.

Bert. Aquellos son varones fuertes, que no sólo se burlan de estos temores, sino que les tienen absolutamente sin cuidado.

Guill. Pero no dejan por eso de ser un riesgo para muchos.

Bert. ¡Y qué lo hemos de hacer! Así son, y nunca serán de otra manera, porque es propio de ánimos constantes no apartarse un ápice de la línea de conducta que una vez se han trazado.

Guill. Hace veinticinco años, no había uso más general entre los brabantinos que el de las termas públicas; hoy, en cambio, todas están cerradas, porque se dice que no son convenientes para este nuevo género de sarna que ahora corre.

Bert. Proseguiré con mi cuento. Al cabo de un rato, vuelve el barbado Ganimedes y extiende sobre las mesas tantos manteles como cree suficientes para los que han de comer, pero, ¡oh, dioses inmortales!; ¿quién juzgaría que el cáñamo de que están tejidos no creció en los campos de Milesia? Acomodan en cada mesa a ocho personas cuando menos, si bien los que conocen la tierra se sientan donde mejor les place, porque allí no

se observa diferencia alguna entre ricos y pobres, amos y criados.

Guill. Tales eran las antiguas prácticas de igualdad que ya los tiranos han desterrado de este mundo, y así vivió Cristo con sus discípulos.

Bert. Cuando todos están sentados, surge otra vez el torvo Ganimedes, vuelve a contar los comensales, retírase y torna a poco para poner a cada quisque una escudilla de madera, una cuchara del mismo metal precioso, un vaso de vidrio y, un poco después, el pan, que los huéspedes se entretienen en escamondar mientras se cuecen las coles, lo que, a veces, les obliga a esperar más de una hora.

Guill. Y, entretanto, ¿no hay nadie que se impaciente y pida el yantar?

Bert. Nadie que sepa cómo las gastan en las posadas. Llega el momento de escanciar el vino, ¡y qué vino, santo Dios!; por su sutileza y acritud es el que les convendría beber a muchos filósofos de hogaño. Si alguno, aun prometiendo pagarlo aparte, pide que le den otro mejor, al principio se hacen los sordos, pero poniendo una cara que cualquiera diría que quieren matar al pedigüeño, y si éste insiste en su demanda, le responden: "Aquí se han hospedado condes y marqueses y ninguno se ha quejado del vino; con que, si no conviene, busque otra posada"; porque es de notar que sólo a los nobles del país les tienen en él por personas y sus blasones vense por todas partes. Por fin, anuncian con gran solemnidad que ya está lista la cena, la cual comienza con unas sopas de pan (primer condumio destinado a caer en aquellos estómagos famélicos), hechas con caldo de carne o, si es día de vigilia, con caldo de legumbres. Luego traen otro caldo diferente, al que sigue una carne recocida o un pescado recalentado; después sirven las coles, tras de ellas un manjar algo más sólido, y cuando el buche ya va estando repleto, ponen carne asada o peces cocidos, bocados que no hay más remedio que gustar si no se quiere que lo tomen como una ofensa. Debo ad-

vertir, sin embargo, que estos platos no son nada abundantes y, además, los levantan en seguida. De modo que guardan en las comidas las mismas reglas que los cómicos en el teatro, porque así como éstos alternan la comedia con el coro, así los posaderos de Alemania alternan las sopas con las coles, procurando también que el último acto sea el mejor de todos.

Guill. Eso es de buenos poetas.

Bert. Asimismo, tomarían muy a mal que alguno dijera que le quitasen el plato porque no tenía ganas de comer más, y, por tanto, ha de permanecer sentado todo el tiempo que dura la comida, que lo miden como con clepsidra. Por último, vuelve a presentarse el barbón o el mismo posadero, cuyo vestido se diferencia poco del de sus criados, pregunta qué tal se ha comido y trae un vino algo mejor que el precedente. Aunque pagan lo mismo los que beben poco que los que beben mucho, les complacen más, como a todos los alemanes, los que trincan de firme.

Guill. ¡Qué hombres más admirables!

Bert. Huéspedes hay que gastan en bebida doble de lo que gastan en comer. Antes de acabarse la cena y en cuanto el vino comienza a calentar los cascos, te asombraría el estrépito que promueven los comensales y las voces que dan, hasta el punto de que allí nadie se entiende. A veces acuden algunos bufones a los que son los germanos extraordinariamente aficionados, aunque no haya en el mundo seres más despreciables; éstos cantan, charlan, gritan, bailan, tocan, con algazara y ruido tan ensordecedores, que parece que se hunde la cocina; pero aquellas buenas gentes creen que esto es la quinta esencia de la diversión, y allí han de estar todos, quieran o no quieran, hasta las altas horas de la noche.

Guill. Termina ya la relación de la cena, porque me voy cansando.

Bert. Así lo haré. Cuando han comido el queso (que para que les guste a los alemanes ha de estar podrido y verbenando de gusanos), aparece el barbudo llevando en

la mano un cuenco de madera en el que ha trazado con yeso no sé qué signos cabalísticos, y triste y callado como Caronte, colócalo sobre la mesa; los que saben lo que quieren decir aquellos garabatos, van uno tras de otro echando en el cuenco el importe de la cena, hasta que pagan todos; entonces el de las barbas cuenta la pecunia y si la halla cabal, asiente con una cabezada.

Guill. Y ¿qué hace si hay dinero de más?

Bert. Algunas veces lo devuelve; se han dado casos de ello.

Guill. ¿Y nadie se queja nunca de que le lleven más de lo debido?

Bert. Nadie si conoce el país, porque sabe que inmediatamente le replicarían: "¿Pero tú de dónde sales? Lo mismo pagas tú que otro cualquiera".

Guill. Donosa gente es en verdad.

Bert. ¡Ah!, y si algún huésped, rendido de la jornada, desea acostarse cuando acaba de cenar, le dicen que se aguante y espere a que todos los demás se acuesten.

Guill. Me parece estar oyendo hablar de la república platónica.

Bert. Llegada la hora del reposo, indican a cada cual su nido en una pieza en donde han aderezado tantas camas como huéspedes, pero, fuera de ellas, no hay en el aposento mueble ni objeto alguno de servicio ni nada, por supuesto, que pueda ser hurtado.

Guill. ¿Y qué tal andan las camas de limpieza?

Bert. Como la mesa, poco más o menos. Eso sí, vese desde luego que las sábanas han sido lavadas a conciencia unos seis meses antes.

Guill. ¿Qué trato dan a las caballerías?

Bert. Allá se va con el que dan a sus dueños.

Guill. ¿Pero son así todas las posadas alemanas?

Bert. Las hay mejores y también las hay peores, aunque todas por el mismo estilo.

Guill. ¡Ah, si yo te dijese cómo se recibe a los huéspedes en la región de Italia que llaman Lombardía,

en España, en Inglaterra y en el País de Gales! Y añado el *País de Gales,* porque las costumbres de los demás pueblos británicos participan de las de Francia y de las de Alemania, por ser aquéllos una mezcla de ambas razas, pero los de Gales se tienen por un pueblo aparte, y por eso se dan a sí mismos el nombre de ingleses *autóctonos.*

Bert. Nunca he estado en esas naciones; cuéntame algo de ellas.

Guill. Ahora no hay tiempo, porque el patrón de la nave me dijo que fuera a las tres si no quería quedarme en tierra, y ya tiene allá mis alforjas. Otro día habrá ocasión de charlar hasta por los codos de todas estas cosas.

X

EL SOLDADO

INTERLOCUTORES: *Hannon. Trasímaco.*

Hannon. ¿De dónde vienes hecho Vulcano, cuando al salir de aquí eras Mercurio?

Trasímaco. ¿Qué dices ahí de Vulcano y de Mercurio?

Han. Dígolo porque te fuiste con alas y ahora vuelves cojo.

Tras. Así se suele volver de la guerra.

Han. ¿De la guerra tú, que de cualquiera huías más veloz que un gamo?

Tras. La esperanza del botín me hizo valiente.

Han. Por lo visto, te has enriquecido con los despojos.

Tras. Traigo el cinto completamente vacío.

Han. Así te será más leve la carga.

Tras. Pero, en cambio, vengo bien cargado de fechorías.

Han. Carga pesada, al decir del profeta, que llama plomo al pecado.

Tras. Más maldades he visto y cometido allí que cuantas vi y cometí hasta entonces.

Han. ¿Y estas son las excelencias de la vida militar?

Tras. No hay otra ninguna tan criminal y, a la par, tan trabajosa.

Han. Pues siendo así, ¿cómo hay tantos que por la paga, y muchos de balde, acuden a la guerra cual si fueran llamados a un festín?

Tras. Acaso porque están poseídos de las furias o por haberse entregado al demonio, como si quisieran anticipar la hora de su entrada en el Averno.

Han. Por eso será, porque lo que es si se les buscase para una obra de virtud, no se les hallaría a ningún precio. Pero dinos lo que pasó en la guerra y por cuál de los contendientes hubo de declararse la victoria.

Tras. Era tanto el estruendo, la confusión, el clamor de las trompetas, el estridor de los clarines, los relinchos de los caballos y los gritos de los hombres, que ni pude ver lo que allí se hizo, ni casi darme cuenta de dónde estaba.

Han. Entonces, ¿cómo hay otros que cuando vuelven de la guerra, relatan con tal minuciosidad lo que cada uno dijo y ejecutó, que no parece sino que estuvieron en todas partes y que todo lo notaron muy por menudo?

Tras. Yo tengo para mí que ésos mienten con toda la boca. Lo único que yo puedo decir es que sabía lo que pasaba en mi tienda, pero ignoraba absolutamente lo que se hacía en el campo.

Han. ¿Y tampoco sabes de dónde te vino esa cojera?

Tras. Que Marte me sea enemigo si no sospecho que fué de una pedrada o de una coz que me dió el caballo en la rodilla.

Han. Pues yo lo sé con certeza.

Tras. ¿Lo sabes tú? ¿Te lo ha contado alguien?

Han. No, pero lo adivino.

Tras. Dímelo, pues.

Han. Tú huíste despavorido, caíste en tierra y diste con la rodilla contra un canto.

Tras. Pues mira, que ésta sea mi última hora si no has dado en el hito, porque es muy verosímil lo que dices.

Han. Anda, hombre, anda a casa, y cuéntale tus hazañas a la mujer.

Tras. Esa, cuando me vea volver sin más que con

lo puesto, va a cantar mis alabanzas con voz un tanto destemplada.

Han. De modo que has restituído lo que robaste.

Tras. Hace ya mucho tiempo que lo restituí.

Han. ¿A quién?

Tras. A los compañeros de comilonas y a los que me desplumaron en el juego.

Han. Eso es muy propio de soldados, y también es muy lógico que lo que empezó mal acabe peor. Pero, vamos, supongo que, por lo menos, te habrás abstenido de los actos sacrílegos.

Tras. Allí no había nada sagrado para nosotros; ni lo santo ni lo profano se respetaba por nadie.

Han. ¿Y no se reparaban los perjuicios?

Tras. No, porque se niega que haya obligación de reparar los que se ocasionan en la guerra; lo justo no es más que lo que allí se hace.

Han. Eso es quizá lo que llaman derecho de guerra.

Tras. Claro está.

Han. Pero tal derecho es la suma injusticia, porque a ti no te llevó a la guerra el amor a la patria, sino la codicia del botín.

Tras. Lo confieso, y creo que serán pocos los que hayan ido con mejor propósito.

Han. Mal de muchos, consuelo de tontos.

Tras. Yo he oído decir a un predicador que la guerra es justa.

Han. Así será, porque desde el púlpito no se acostumbra a mentir; pero piensa que lo que sea justo para el rey puede no serlo para ti.

Tras. También oí decir a grandes maestros que es lícito que cada cual viva de su oficio.

Han. ¡Buen oficio te dé Dios! ¡Vaya un oficio que consiste en incendiar las casas, saquear los templos, ultrajar a las vírgenes del Señor, robar a los pobres y matar a los inocentes!

Tras. El cortador lleva la res al matadero; ¿por

qué, pues, se ha de hallar vituperable que nosotros hagamos lo mismo con los hombres?

Han. ¿Y nunca te paraste a meditar en lo que hubiera sido de tu alma si llegas a morir en la pelea?

Tras. Por ese lado estaba completamente tranquilo, porque en una ocasión me había encomendado a Santa Bárbara.

Han. Y la santa, ¿consintió en recibirte bajo su patrocinio?

Tras. Sí, porque vi que me hacía con la cabeza un signo afirmativo.

Han. ¿Cuándo lo viste, por la mañana?

Tras. No, fué a la hora de cenar.

Han. A esa hora paréceme a mí que tú ves hasta andar los árboles.

Tras. ¡Tienes don adivinatorio! Mi mayor confianza, sin embargo, poníala en San Cristóbal, cuya imagen contemplaba diariamente.

Han. ¿En la tienda de campaña o en dónde?

Tras. La habíamos pintado en la lona con carbón.

Han. ¡Brava guarda de chicha y nabo debíais de tener con ese Cristóbal carbonero! Pero fuera de chanzas: yo creo que no podrás purgarte de tantos pecados como no vayas a Roma.

Tras. Sé yo otro camino mucho más corto.

Han. ¿Qué camino?

Tras. El de los dominicos; allí me compondré con los comisarios.

Han. ¿Sin excluir los pecados de sacrilegio?

Tras. Y aun si hubiera expoliado o degollado al mismo Jesucristo me compondría también, porque tienen amplias indulgencias y extensas facultades de composición.

Han. Bien dices, si esa composición la confirma Dios.

Tras. Dios es pacífico por naturaleza; a lo que yo tengo miedo es a que el diablo no quiera confirmarla.

Han. ¿Y qué sacerdote elegirás para estos menesteres?

Tras. El de menos fachenda y juicio.

Han. Y si no lo encuentras así tendrás que apechugar con otro mejor. Pero, ¿saldrás purificado de sus manos para poder recibir la Eucaristía?

Tras. ¿Por qué no he de salir? En cuanto descargue en su cogulla el fardo de mis culpas, me veré libre de su peso, y él, que es quien absuelve, verá lo que hace.

Han. ¿Qué sabes tú si te absolverá?

Tras. ¡Ya lo creo que lo sé!

Han. ¿Y en qué has de conocerlo?

Tras. En que me impondrá las manos murmurando no sé qué palabras.

Han. ¿Qué pensarías tú si te dejase con todos tus pecados a cuestas imponiéndote las manos y diciendo de esta suerte: "Te absuelvo de todas las obras buenas que no he hallado en ti; te restituyo a tu conducta habitual y tal te envío cual viniste"?

Tras. El verá lo que dice; a mí me basta con creerme absuelto.

Han. Ese es para ti el peligro, porque puede suceder que a Dios no le baste con que tú lo creas.

Tras. Pero, vamos a ver: ¿por qué has de salirme al paso para turbar la tranquilidad en que estaba mi conciencia?

Han. Por dichoso debes reputar el encuentro, ya que siempre es bueno tener un amigo que nos amoneste con cordura.

Tras. No sé si será bueno o será malo, pero estoy cierto de que es muy poco grato.

XI

EL ALQUIMISTA Y EL MENDIGO

INTERLOCUTORES: *Irides. Misopono.*

Irides. ¿Qué casta de pájaro será aquel que viene por allí? ¡Calla...! Yo conozco esa cara, aunque por la buena ropa no me parece ser el que yo pienso. ¡Pero no, no me cabe duda!; o yo veo visiones, o es Misopono. A pesar de mis andrajos, voy a atreverme a saludarle. ¡Dios te guarde, Misopono!

Misopono. (Este es Irides.)

Ir. ¡¡Dios te guarde, Misopono!!

Mis. ¡Chist, cállate la boca!

Ir. Qué, ¿no quieres que te salude?

Mis. Sí, pero no con ese nombre.

Ir. Pues ¿qué te pasa?, ¿no eres ya el mismo que solías?; ¿o es que cambiaste nombre al mudar de vestido?

Mis. No he hecho otra cosa que volver a tomar el que antes tuve.

Ir. ¿Cuál?

Mis. Apicio.

Ir. ¿Es que te avergüenzas de tus antiguos compañeros ahora, que por lo visto te sonríe la fortuna? ¡Pues no hace tanto tiempo que eras de los nuestros!

Mis. Déjame hablar, por vida tuya, y lo sabrás todo. Yo no me avergüenzo de haber sido de vuestra orden, sino de la primera a que pertenecí.

Ir. ¿Qué orden, la de los franciscanos?

Mis. No, hombre, no: la de los manirrotos.

Ir. En esa tendrás hartos cofrades.

Mis. Los tuve mientras navegué con viento próspero, pero el día que me faltó el dinero nadie quiso conocer al pobre Apicio, y entonces fué cuando, dejando a un lado la vergüenza, me hice de vuestro gremio, porque preferí ser mendigo a tener que agarrar el azadón.

Ir. Obraste muy cuerdamente. Pero, dime: ¿de dónde te ha venido ese aspecto saludable que muestras en toda tu persona y que me asombra más que la flamante ropa que traes puesta?

Mis. ¿Por qué te asombra más?

Ir. Porque he conocido muchos a quienes Laverna, diosa de los ladrones, les ha enriquecido de golpe y porrazo.

Mis. ¿Serás capaz de sospechar que he hurtado lo que tengo?

Ir. Perdona: ahora caigo en que el hurto sería poco digno de ti; entonces, ¿qué?, ¿lo robaste?

Mis. ¡Yo te juro por Penia, que es la deidad protectora de los mendigos, que ni lo hurté ni lo robé! Escucha. Te hablaré primero del cambio de mi salud corporal, ya que te sorprende más que mi buena ropa.

Ir. Y con razón, pues cuando vivías con nosotros estabas plagado de lacras.

Mis. Así es la verdad, pero me curó un médico que es mi mejor amigo.

Ir. ¿Quién?

Mis. Yo; a no ser que tú creas que puede haber otro más amigo mío.

Ir. Ignoraba que hubieras cursado la Medicina.

Mis. ¿Recuerdas aquellas llagas y miserias mil que traía sobre el cuerpo? Pues todas me las hacía yo con incienso, con azufre, con resina, con untos, con trapos y con sangre; así es que cuando me convino me despojé muy fácilmente de la tramoya.

Ir. ¡Ah, farsante! ¡Cierto, que lograste fingir las mayores lacerias que nunca se vieron en ser humano! En una comedia podrías hacer el papel de Job a las mil maravillas.

Mis. Era el modo con que entonces iba conllevando mi pobreza; pero ya sabes que la fortuna suele cambiarle al hombre hasta la piel.

Ir. Cuéntame cómo fué; ¿encontraste, acaso, algún tesoro?

Mis. Lo que encontré yo es que era muy trabajoso vuestro oficio.

Ir. ¡Cuál no lo será si no ayuda la suerte!

Mis. ¿Cuál? Un arte con el que se puede vivir en todos sitios.

Ir. ¡Ah, ya te entiendo! Tú hablas del arte de husmear en las gavetas.

Mis. ¡No, poco a poco! Yo hablo del arte de la alquimia.

Ir. ¿Pero en solos quince días que hará que nos dejaste, has aprendido un arte que otros, después de quemarse las cejas muchos años, apenas consiguen conocer?

Mis. Es que yo lo he aprendido por un método abreviado.

Ir. ¿Por qué método?

Mis. Oye. En el tiempo que estuve con vosotros llegué a juntar tres o cuatro piezas de oro, y quiso mi buena estrella que topase con un antiguo compinche que, no siendo menos pobrete que yo, supo darse traza para salir de ruín. Bebimos. Entre trago y trago, según costumbre, me habló del modo que tuvo de hacer fortuna, y entonces le propuse pagarle la bebida con tal de que me enseñase el arte de que se había valido para ello. Aceptó el envite, y aquí me tienes ahora viviendo de mi nueva profesión.

Ir. Y ese arte, ¿puede aprenderse por dinero?

Mis. A ti te lo enseñaré de balde por haber sido mi camarada, pero has de saber que son muchísimos los que darían cualquier cosa buena por aprenderlo.

Ir. Lo creo.

Mis. Pues te diré lo que yo hago. En toda ocasión que se me ofrece, aludo, como al descuido, al arte de la

alquimia, y cuando veo que he conseguido despertar la avaricia en el auditorio, preparo el cebo.

Ir. ¿De qué manera?

Mis. Empiezo por advertirles una y mil veces que jamás crean de ligero a los que se dicen alquimistas, porque abundan entre ellos los charlatanes e impostores que no llevan más designio que ordeñar las bolsas de los incautos.

Ir. El proemio no me parece muy propio para el caso.

Mis. Aguarda un poco. En seguida les digo que ni a mí mismo me crean hasta que lo hayan visto con sus ojos y palpado con sus manos.

Ir. ¡Mucha confianza tienes en tu arte!

Mis. Les pido que estén presentes mientras se opera la transmutación de los metales; que presten grandísima atención y, en fin, para que no les quede duda ninguna, les dejo que sean ellos mismos los que hagan todas las manipulaciones, en tanto que yo me limito a verlas apartado a cierta distancia. Cuando los metales se han fundido, les mando que los purifiquen o que encomienden a un oficial este menester, anunciándoles de antemano la cantidad de oro o de plata que ha de obtenerse, y, por último, una vez hecho todo esto, entrego el producto a varios orífices para que lo ensayen en la piedra de toque, los cuales hallan que es oro o plata acendradísimos y que tienen el peso justo que les anuncié. Lo más importante del negocio es que se convenzan de que yo no he tocado siquiera a ninguno de aquellos chirimbolos.

Ir. ¿De modo que en ese arte no hay engaño alguno?

Mis. Al contrario, todo él es una pura farándula.

Ir. Pues yo no veo dónde pueda estar la trampa.

Mis. Ahora mismo vas a verlo. Atiende. Mi primer cuidado es convenir en el precio que me han de dar, poniendo la condición de no recibirlo hasta después de hecha la prueba. Estipulado el precio, les doy unos polvos, asegurándoles que son de tal virtud, que en ellos

está toda la clave del misterio. Claro es que la manera de fabricarlos no se la enseño como no sea mediante una retribución mucho más crecida, pero, en cambio, les exijo juramento de que hasta pasados seis meses no han de descubrir a nadie tal secreto.

Ir. Sigo no viendo dónde está la trampa.

Mis. La trampa está en un pedazo de carbón que yo prevengo para el objeto: en un hueco que hago en él, injiero plata u oro líquidos; luego echo los polvos en el crisol y le rodeo de carbón, no sólo por abajo y por los lados, sino también por arriba, advirtiendo que hay que hacerlo así, según lo ordenan las reglas del arte; entre los carbones que pongo encima deslizo bonitamente el que yo llevo, y al fundirse su contenido, cae en el crisol y se mezcla con los otros metales (de ordinario, cobre o estaño) que he metido en él, y, es claro, hecha la depuración, ven salir oro o plata de la mejor ley.

Ir. La cosa no puede ser más sencilla; pero, ¿cómo te las arreglas cuando es otro el que hace las operaciones?

Mis. Muy fácilmente. Antes de que retire el crisol, me llego yo a él con achaque de ver si todo está como es debido; digo entonces que falta algo de carbón, hago como que le cojo del montón de donde se ha cogido lo demás y sin que nadie lo advierta coloco el de la trampa.

Ir. ¿Y qué haces en el caso de que en tu ausencia no les salga bien la operación?

Mis. En cuanto cobro, yo nada tengo que hacer allí; pero si me vienen con quejas, siempre hay alguna salida para explicar el fracaso, como decir, por ejemplo, que el crisol no estaba bien limpio, o que emplearon carbón de mala calidad, o que hubo exceso o defecto de fuego. Y, sobre todo, una de las reglas principalísimas del arte que profeso es no parar mucho tiempo en una misma población.

Ir. ¿Y es tanto lo que ese arte te produce que puedes vivir de él?

Mis. No sólo vivir, sino darme un trato espléndi-

do, y si tú eres avisado podrás hacer lo mismo, dejando esa miseria en que vives y entrando en nuestra orden.

Ir. Lo que yo haré es procurar que tú vuelvas a la mía.

Mis. ¡Eso, no!; ¿cómo quieres que vuelva al lugar de donde salí huyendo y renuncie al bien que he encontrado?

Ir. Es que ignoras que a nuestro oficio se le toma tanto más el gusto cuanto más se practica. Habrás visto muchos que se han salido de las órdenes de San Francisco y de San Benito, pero, ¿a que no sabes de ninguno que habiendo permanecido algún tiempo en nuestra orden haya desertado de ella?; si tú la abandonaste, fué porque en unos cuantos meses no fué posible que llegases a conocer las excelencias de la vida mendicante.

Mis. Lo que yo conocí es que no hay nada más arrastrado que esa vida.

Ir. ¿En qué consiste, entonces, que nadie quiere dejarla?

Mis. Acaso en que los que la ejercen son miserables por naturaleza.

Ir. Pues yo te juro que no cambiaría esta miseria por la opulencia de los reyes y tengo por cierto que el ser más parecido a un soberano es el mendigo.

Mis. Eso es tanto como decir que lo blanco es lo que más se parece a lo negro.

Ir. ¡Pero, hombre, ven aquí!; ¿por qué se cree que los monarcas son los seres más felices de la tierra?

Mis. Porque hacen siempre su realísima voluntad.

Ir. Pues de ese bien, que es el mayor de que puede gozarse en el mundo, disfrutamos los mendigos en la misma medida que los reyes y aun no dudo que habrá no pocos de ellos que nos envidien, porque haya paz o haya guerra, nosotros siempre estamos seguros, nunca tenemos que empuñar las armas, ni servir en los oficios públicos, ni pagar los tributos con que se esquilma a los demás; nadie se mete en nuestras vidas, nadie se rebaja a llevarnos a los tribunales por enormes que sean

nuestras fechorías, ni a reñir con nosotros aun en el caso de que nos propasemos a dar un estacazo; en cambio, los reyes ni en la guerra ni en la paz pueden vivir tranquilos y cuanto más poderosos son, mayor es el número de los enemigos a quienes tienen que temer; finalmente, el vulgo está persuadido de que ofender a un mendigo es un pecado tan grave como ofender a un ministro del Señor.

Mis. Será cierto lo que dices, pero, con todas esas ventajas, os pudrís envueltos en vuestros harapos y en las basuras de vuestras pocilgas.

Ir. ¿Y eso qué quita ni pone a la verdadera felicidad? Tales pequeñeces caen por fuera. Además, a los harapos debemos nuestra ventura.

Mis. Pues me parece que dentro de poco se os van a acabar algunas de esas gangas.

Ir. ¿Por qué?

Mis. Porque ya se empieza a decir por ahí que no debe tolerarse a los mendigos bigardear por donde les dé la gana; que habría de darse ordenanza para que cada ciudad sostenga a sus pobres y obligue a trabajar a los que sean para el caso.

Ir. ¿Y por qué quieren hacer tal novedad?

Mis. Porque las gentes están convencidas de que con el pretexto de pedir limosna se comete toda suerte de desafueros y estiman que la mendicidad es uno de los males más perniciosos.

Ir. ¡Bueno, bueno! Esos cuentos los he oído yo muchas veces, pero la tal ordenanza se hará para las calendas griegas.

Mis. Quizá más pronto de lo que tú quisieras.

XII

LOS NOMBRES Y LAS OBRAS

INTERLOCUTORES: *Beato. Bonifacio.*

Beato. Dios guarde a Bonifacio.

Bonifacio. El guarde a Beato una y mil veces, y ojalá fuésemos el uno y el otro lo que indican nuestros nombres: tú rico y yo bien parecido.

Beat. ¿Piensas que es poco tener un nombre espléndido?

Bon. Para mí, el nombre es lo de menos, como no corresponda a lo que significa.

Beat. Muchos mortales lo entienden de otra manera.

Bon. No dudo de que sean mortales, pero sí de que sean hombres.

Beat. ¡Pues no han de ser hombres!; digo, si es que no crees que ahora andan por ahí asnos y camellos con apariencia humana.

Bon. Mejor creería eso que no que son hombres los que tienen en más el nombre que las obras.

Beat. En algunos casos, reconozco que son muchos los que las prefieren al nombre, pero en otros sucede lo contrario.

Bon. No comprendo bien.

Beat. Pues en nosotros puedes ver un ejemplo: a ti te llaman Bonifacio, y eres, en efecto, bien parecido; pero si te vieras obligado a perder una de las dos cosas, ¿qué querrías más: ser feo, o llamarte Cornelio, en vez de Bonifacio?

Bon. Ignoro si soy o no bien parecido, pero sí sé

que más querría llamarme Tersites, que ser, como éste fué, un monstruo de fealdad.

Beat. Yo opino del mismo modo: si fuera rico, y me diesen a elegir entre perder mi nombre o perder las riquezas, preferiría llamarme Iro, como el misérrimo mendigo de Homero, a ser despojado de mis bienes.

Bon. Y estarías en lo cierto.

Beat. Digo lo propio por lo que respecta a la salud o a otros beneficios corporales.

Bon. Tienes razón.

Beat. En cambio, ¡cuántos vemos que estiman en más el nombre de doctor, *verbi gratia,* o el de piadosos, que serlo en realidad!

Bon. A no pocos de ésos he conocido yo.

Beat. Pero, ¿es que en nuestro tiempo no son, generalmente, más apreciados los nombres que las obras?

Bon. ¿Qué quieres decir?

Beat. Si tuviéramos a mano un dialéctico que supiera definir con exactitud las ideas de rey, de obispo, de magistrado y de filósofo, probablemente hallaríamos que hay filósofos, magistrados, obispos y reyes que prefieren el nombre que llevan a hacerse dignos de él.

Bon. Así es la verdad, siempre que entendiésemos por rey el que mira por el cumplimiento de las leyes y procura el provecho del pueblo, no el suyo; por obispo, el que se consagra enteramente a guardar la grey del Señor; por magistrado, el que sirve en conciencia a la república, y por filósofo, el que despreciando los bienes de fortuna, aspira solamente a adquirir los del espíritu.

Beat. Por ahí verás la multitud de ejemplos de mi tesis que pueden invocarse.

Bon. Cierto que son muchos.

Beat. ¿Y negarás que son hombres los que así proceden?

Bon. Lo que voy temiendo es que hasta tú y yo tengamos que renunciar al nombre de tales.

Beat. Ahora bien, si el hombre es un ser racional, ¿cuán lejos no está de la razón que tratándose de los

bienes corporales y de los que la fortuna da y quita a su antojo, prefiramos el goce de estos bienes al nombre de ellos y, en cambio, suceda lo contrario si se trata de los bienes verdaderos, que son los del alma?

Bon. Cuando es así que deberíamos hacerlo al revés, si nos parásemos a meditar un poco.

Beat. Otro tanto puede decirse del caso inverso.

Bon. ¿De cuál?

Beat. Digo que lo mismo que he afirmado de los nombres que las gentes desean, puede afirmarse también de los nombres que aborrecen.

Bon. ¿Por qué?

Beat. No negarás que peor mil veces que el nombre de tirano es serlo en realidad, ni tampoco que un mal obispo, según la sentencia evangélica, ha de ser considerado como un ladrón; y, sin embargo, tales nombres no deben ser para nosotros tan execrables como las obras por las cuales se merecieron.

Bon. Convengo en ello.

Beat. Por estos ejemplos te será fácil colegir otros muchos.

Bon. Ya se me alcanza.

Beat. Dime, ¿no abominan todos del nombre de necio?

Bon. En gran manera.

Beat. ¿No será necio el que pesque con anzuelo de oro y se exponga a que el pez se lo lleve juntamente con el cebo; el que aprecie más el vidrio que las piedras preciosas y el que cuide con mayor solicitud de sus caballos que de su mujer y de sus hijos?

Bon. A ésos les reputaría todo el mundo por más estólidos que a Corebo, que no sabiendo pasar de cinco en una suma, pretendió contar las olas del mar.

Beat. ¿Y no hay quienes con sólo la esperanza de un lucro mezquino se enganchan en la milicia y ponen de este modo en gravísimo peligro su cuerpo y su alma?; ¿no hay quienes se afanan por amontonar tesoros y tienen el alma ayuna de todo bien?; ¿no hay quienes no se

ocupan más que de las galas de sus vestidos o del ornato de sus casas, en tanto que el espíritu yace abandonado e inculto?; ¿no hay quienes procuran con vehemente anhelo la salud de su cuerpo, y se olvidan de que su alma está padeciendo males de muerte?; y, finalmente, ¿no hay quienes con haber gozado de los fugacísimos deleites de esta vida, se han hecho acreedores a los tormentos perdurables?

Bon. Aunque no fuera más que por eso, deberían ser tenidos por necios de solemnidad.

Beat. Pues entre estos necios, con ser infinitos, apenas podrías hallar uno que tolerase que se lo llamaran, aun cuando no demuestren la misma aversión por las obras de tales.

Bon. Ciertamente.

Beat. Sabes también lo muy ofensivos que son para todos los nombres de mentiroso y de ladrón.

Bon. En efecto, lo son en sumo grado.

Beat. Lo mismo pienso yo. Pero siendo así que el adulterio con la mujer del prójimo debe considerarse como el más perverso de los robos, hay, sin embargo, quien se precia del nombre de adúltero, mientras que si le llamaran ladrón, echaría en seguida la espada por el aire.

Bon. Abundan los casos análogos.

Beat. Sin duda alguna; otro tanto acontece con los que estando completamente perdidos por el vino y las mujeres, y no recatándose de andar por tabernas y mancebías, créense ultrajados si les llaman borrachos o libertinos.

Bon. A todos éstos les agravia el nombre, pero no las obras, que, antes bien, las tienen por título de gloria.

Beat. Pues aún hay otro que acaso sea el más intolerable para nuestros oídos, que es el de mentiroso.

Bon. Yo he conocido a quien tomó venganza dando muerte al que se lo llamó.

Beat. ¡Ojalá le hubiera afrentado tanto la mentira! Di: ¿no te ha ocurrido alguna vez que el que te pro-

metió devolverte un préstamo a día cierto, te haya engañado?

Bon. Con harta frecuencia, y aun después de afianzar la promesa con mil juramentos.

Beat. Bien pudo ser que al tiempo de vencer el plazo no tuviesen el dinero.

Bon. ¡Ya lo creo que lo tenían!; lo que hubo es que les fué más cómodo no pagar la deuda.

Beat. ¿Y acaso esto no es mentir?

Bon. Claro que lo es.

Beat. Pero, ¿te hubieras atrevido a decir a alguno de esos petardistas: "Tú has mentido por la barba, antes y ahora"?

Bon. De ningún modo, a no ser que me hubiera hallado dispuesto a andar a palos.

Beat. Y, de igual suerte, ¿no vemos a diario que los canteros, los joyeros, los sastres y otros menestrales te dan palabra de acabar la obra para un día determinado y, sin embargo, faltan a ella, aunque lo que les encargaste te sea muy necesario?

Bon. Admira, en verdad, la desvergüenza de esas gentes. A ellas podrías haber añadido los abogados.

Beat. Podría haber añadido seiscientos oficios más; pero, en resolución, ninguno de los tales aguantaría que le dijeses que miente.

Bon. De esa suerte de mentirosos está el mundo lleno.

Beat. Tampoco soporta nadie que le llamen ladrón, aunque no por eso dejen de serlo algunos.

Bon. Explícate con más claridad.

Beat. ¿Qué diferencia hallas tú entre aquel que te hurta lo que guardas en la gaveta y el que te niega un depósito?

Bon. Ninguna, como no sea que el segundo es más culpable que el primero, porque roba al que confió en él.

Beat. Considera ahora cuán pocos son los que devuelven un depósito, o, si lo devuelven, no lo hacen en toda su integridad.

Bon. Pocos son, en efecto.

Beat. A pesar de ello, ninguno sufriría que le llamasen ladrón, aunque no tenga reparo en serlo.

Bon. ¡Y tanto que lo es!

Beat. Pues no digamos nada de lo que sucede con los que administran bienes de menores, testamentarías y legados, quienes, por milagro, dejan de quedarse con carne en las uñas.

Bon. Ocurre muy a menudo.

Beat. Todos ellos aman el robo, pero a todos les ofende el nombre de ladrón.

Bon. Así es.

Beat. No quiero hablar, porque acaso no nos sea bastante conocido, de lo que hacen los administradores del Fisco, los que acuñan moneda falta de ley y los que, ora aumentan, ora disminuyen su valor con detrimento de las haciendas particulares. Hablemos, pues, solamente de lo que sabemos con certeza por experiencia cotidiana, y contesta: el que toma un préstamo con ánimo de no restituírlo nunca, si puede, ¿en qué se diferencia de un ladrón?

Bon. Acaso, en ser más cauto, pero no en ser de mejor ralea.

Beat. Pues los que tal hacen, con ser innumerables, no consentirían que les llamasen ladrones.

Bon. El ánimo, sin embargo, sólo Dios lo conoce, y por eso los hombres no les dan el nombre de ladrones, sino el de entrampados.

Beat. ¿Qué importa el nombre que les den los hombres, como sean ladrones ante Dios y cada uno de ellos sepa muy bien cuál es el interior de su conciencia? Por eso, el que debiendo grandes sumas, oculta su dinero y se niega a pagar; el que después de llenarse de deudas en una población y de estafar a sus acreedores, se marcha a vivir a otra en busca de majaderos que le hagan la costa; si ha usado con frecuencia de tales artimañas, ¿no descubre su ánimo sobradamente?

Bon. Es verdad, pero ésos suelen colorear su conducta con industrioso artificio.

Beat. ¿Cómo?

Bon. Porque dicen que deber mucho y a muchos les da alguna semejanza con los magnates y hasta con los mismos reyes, y de ahí que los que son de esta calaña afecten cierto airecillo de nobleza.

Beat. ¿Y con qué fin?

Bon. ¿Con cuál ha de ser?; con el de que les sea permitido hacer lo que hacen los caballeros.

Beat. Y éstos, ¿con qué derecho lo hacen y en virtud de qué leyes?

Bon. Con el mismo derecho que el prefecto de la mar. se adjudica cuanto procede de naufragio, aunque tenga dueño conocido; y por las mismas leyes que otros se apropian los bienes que secuestran al ladrón.

Beat. Esas leyes podrían hacerlas los mismos ladrones.

Bon. Y las harán si les conviene, y aun hallarán personas que se lo aprueben, siempre que el robo vaya precedido de la declaración de guerra.

Beat. Pero, ¿quién dió estos derechos a los caballeros y no a los demás?

Bon. El fuero militar, porque así se ejercitan en las artes bélicas y adquieren gran destreza en expoliar al enemigo.

Beat. Creo que Pirro agilitaba de este modo a sus soldados.

Bon. No, hombre, no era Pirro; eran los lacedemonios.

Beat. ¡Arredro vayan con sus ejercicios! Mas, ¿de dónde les han venido tan inicuas prerrogativas?

Bon. Unos, las heredaron de sus mayores; otros, las compraron con su dinero, y algunos se las arrogaron bonitamente.

Beat. ¿Puede, pues, arrogárselas todo el que quiera?

Bon. Puede, con tal de que le ayuden sus costumbres.

Beat. ¿Y qué costumbres son ésas?

Bon. No ocuparse en nada bueno, vestir con ostentación, gastan anillo, frecuentar el burdel, jugar a las cartas, emplear su tiempo en borracheras y deleites y no hablar nunca de cosas vulgares, sino de fortalezas, contiendas y batallas, emulando en todo al famosísimo Trason. Las gentes de esta índole se atribuyen el derecho de declarar la guerra cuando les place, aunque es seguro que, llegado el caso, no tendrían tierra bastante para correr.

Beat. Dignos del potro son, a la verdad, los tales caballeros, pero de ellos hay buen número en Westfalia.

XIII

CARONTE

INTERLOCUTORES: *Caronte. Alastor.*

Carón. ¿Adónde vas tan deprisa, Alastor?

Alastor. Me alegro de encontrarte, Caronte, porque iba en tu busca.

Car. ¿Pues qué ocurre?

Alast. Traigo una noticia que a ti y a Proserpina ha de causaros gran júbilo.

Car. Dámela, pues, y alíviate de esa carga.

Alast. Las Furias han hecho su oficio con tanto denuedo como fruto, sin dejar parte alguna de la tierra a la que no hayan llevado la discordia, la guerra, el robo, la peste y, en suma, todos los horrores del Averno, a tal extremo que, perdida hasta la última serpiente de sus cabelleras, agotada su ponzoña, extinto el vigor de sus pechos, andan buscando por ahí áspides y víboras con que tapar de algún modo sus calvas cabezas, rasas como un huevo. Así, pues, despáchate pronto y prevén la barca y los remos, porque en breve te ha de venir tan inmensa multitud de almas, que temo que tú solo no puedas transportarlas todas.

Car. Ya estaba enterado de ello.

Alast. ¿Y por quién lo supiste?

Car. Por la Fama, que trajo la nueva hace un par de días.

Alast. Esa corre más que el viento. Pero, ¿cómo es que te hallo en este paraje? ¿Cómo has abandonado tu barca?

Car. Precisamente por causa del suceso que me

anuncias. Voy a comprar una galera, pues mi barca, ya inválida y carcomida por el tiempo, sería insuficiente para la ruda faena que la espera, si es cierto lo que dijo la Fama; bien es verdad que aunque no lo fuera, tendría que hacer lo mismo, porque acabo de zozobrar.

Alast. En efecto, estás chorreando; yo pensé que salías del baño.

Car. Del baño que me di en la Estigia.

Alast. ¿Y qué fué de las almas que conducías?

Car. Allá quedan, nadando con las ranas.

Alast. Pero, dime: ¿qué es lo que la Fama te contó?

Car. Que tres monarcas poderosos, movidos por el odio recíproco, se combaten a muerte con tal saña que no hay pueblo alguno en el orbe cristiano que se libre de sus enconadas guerras; lanzan al exterminio a unas naciones contra otras; ninguno de ellos quiere ceder ni un ápice; hasta Holanda, Polonia, Escocia y Turquía se hallan envueltas en estas luchas; no hay sitio de la tierra en que no haya caído la maldición, y la peste se ceba cruelmente en españoles e ingleses, franceses e italianos. Tan implacable azote ha nacido de esa infinita diversidad de encontrados pareceres y doctrinas que ahora corren por el mundo y que han envenenado los corazones de los hombres, para que ni haya amistad sincera, ni el hermano se fíe del hermano, ni el marido viva en paz con su mujer; y aun se teme que el día que estas disputas pasen de las lenguas y las plumas a las manos, habrá de sobrevenir una catástrofe espantosa.

Alast. La Fama te ha informado muy puntualmente. Ella misma ha visto con sus ojos cuán vigorosa es la ayuda que tales disputas prestan a las Furias, nunca como hoy tan dignas de su nombre.

Car. Lo que yo temo es que cuando menos se piense salga por ahí algún numen a quien le dé por inclinar los ánimos a la paz, pues bien conocida es la condición versátil de los hombres. Me han dicho que allá arriba an-

da ahora cierto polígrafo que no cesa de condenar la guerra y de exhortar a la concordia.

Alast. Sí, pero ese que dices ha tiempo que predica en desierto. Sé que escribió una elegía a la paz cuando ésta fué abatida; y que al presente, que ya está del todo muerta, le ha escrito el epitafio. Mas, por fortuna, hay otros que nos apoyan con tanta eficacia como las mismas Furias.

Car. ¿Quiénes?

Alast. Unos seres que ora van vestidos con capas negras o blancas, ora con hábitos cenicientos, ora adornados con plumas de varios colores; éstos, que no salen de las cámaras de los reyes, les inspiran el amor a la guerra, hacen lo propio con los magnates y con la plebe, y proclaman en sus predicaciones evangélicas que aquélla es justa, santa y piadosa. Lo admirable es que emplean el mismo anzuelo para ambas partes beligerantes, porque si a los franceses les dicen que Dios está con la Francia y que no pueden ser vencidos aquellos que cuentan con la protección divina, a los ingleses y a los españoles tratan de convencerles de que no son sus reyes los que promueven esta guerra, sino Dios y que, por tanto, no les es necesario curar de otra cosa que de mostrarse como varones esforzados, ya que es indudable su victoria, asegurándoles, además, que si alguno de ellos sucumbiese en el combate, iría derechamente al Cielo, con armadura y todo.

Car. ¿Tanta es la fe que tienen en esos hombres?

Alast. ¡Qué no podrá alcanzar una devoción fingida! Los jóvenes inexpertos, que aún no conocen los engaños de la vida, pero que sienten con vehemencia la sed de la gloria y el hervor de las pasiones, son fácilmente seducidos, y, sin gran trabajo, consiguen que ellos mismos se arrojen al precipicio.

Car. Pues, mira: a tales ayudadores les haría yo de buena gana algún agasajo.

Alast. Ninguno mejor puedes hacerles que el de un banquete opíparo.

Car. Tendría que ser de malvas, puerros y altramuces, únicas vituallas de que gozamos por acá.

Alast. Si quisieras dejarles satisfechos de tu obsequio, habrías de darles faisanes, capones y perdices.

Car. ¿Y tú sabes la razón de que esas gentes tengan tanto interés en provocar la guerra y cuál sea la utilidad que les reporta?

Alast. La razón es que sacan más provecho de los muertos que de los vivos, porque con los difuntos tienen herencias o legados, exequias, bulas y otras muchas granjerías no despreciables, y por eso prefieren frecuentar los campamentos a vivir encerrados en sus colmenas. Con la guerra han llegado a obispos muchos que con la paz no lograrían ganar ni un mísero ochavo.

Car. Entienden su negocio a maravilla.

Alast. Ahora dime, Caronte, ¿de que te servirá la galera de que me hablabas?

Car. De nada, si de nuevo me hacen zozobrar en mitad de la laguna.

Alast. ¿Por la mucha carga que esperas?

Car. Naturalmente.

Alast. Pero lo que tú transportas son almas y no cuerpos; ¿qué peso tiene un alma?

Car. Aunque fuera tan liviano como el del más pequeño insecto, tantas podrían ser que echasen a pique la barca, la cual, como te he dicho, es sumamente frágil.

Alast. Pues yo recuerdo haber visto que cuando tenías que pasar un gran número de almas y no cabían todas en la barca, traspalabas con el timón dos o tres mil sin que pareciese que sentías ningún peso.

Car. Esas eran almas que se habían ido desprendiendo poco a poco de cuerpos extenuados por la tisis o por la fiebre hética; pero las que salen con presteza de cuerpos nutridos copiosamente, siempre traen adherida alguna parte de ellos, como son, pongo por caso, las de los hombres que han muerto de apoplegía, de esquinencia y, sobre todo, en el campo de batalla.

Alast. Presumo que las de españoles y franceses no pesarán mucho.

Car. Aunque no son plumas precisamente, pesan bastante menos que otras; en cambio, entre las que fueron de los bien cebados ingleses y tudescos vienen algunas como esas de que te hablaba ha poco, que bastaron diez para ponerme en el trance de tener que arrojarlas al agua, si no quise perecer con la barca, con los pasajeros y con los portes.

Alast. Notable es, en verdad, la diferencia.

Car. ¿Y qué me aconsejas tú que haga cuando aporten por acá los sátrapas, los fanfarrones y los pendencieros?

Alast. No creo que venga ninguno de los que mueren en guerra justa, porque, según ellos dicen, van derechos al Cielo.

Car. Yo no sé si van o no van, pero lo que puedo afirmar es que siempre que hay guerra llega a mí tan incontable número de mortales que en ella dejaron la pelleja, que me admiro de que haya quedado ni uno solo en el mundo; y es lo bueno que no vienen cargados únicamente de vino y de manjares, sino también de bulas, de órdenes sagradas y de otras cosas más.

Alast. Pero no las llevarán encima, porque aquí llegan desnudos.

Car. Es cierto, pero los recién llegados traen consigo una como sombra de ellas.

Alast. ¿Y tanto pesan tales sombras?

Car. Pesan... ¡qué digo pesan!, caen como plomo sobre mi barca, hasta el punto de habérmela echado a pique. Además, ¿crees que los infinitos óbolos que me pagan por el pasaje no forman un gran peso?

Alast. Claro es, siendo de cobre.

Car. Por todas estas razones, estoy determinado a adquirir otra nave capaz de aguantar cargas tan considerables.

Alast. ¡Dichoso tú!

Car. ¿Por qué?

Alast. Porque dentro de poco serás rico.

Car. ¿Lo dices por esa multitud de almas que me anuncias?

Alast. Justamente.

Car. Tendrías razón en el caso de que trajesen consigo sus riquezas, pero, ¡ay! que los que al entrar en mi barca lloran por haber tenido que dejar en el mundo los reinos, los obispados, las abadías y el oro, a mí no me dan más que un óbolo por cabeza, y, así, todo cuanto he ganado en tres mil años, voy ahora a gastármelo de un golpe en comprar una galera.

Alast. Siempre es menester que haga algún desembolso el que quiera lograr una ganancia.

Car. Pero los mortales, según he oído decir, negocian con menos trabajo, porque protegidos por Mercurio se hacen ricos en tres años.

Alast. También se arruinan alguna que otra vez. En cambio, tu lucro es menor, pero más seguro.

Car. No tanto como crees, porque si ahora surgiera alguna deidad que arreglase las discusiones de esos tres monarcas, se hundiría toda mi fortuna.

Alast. Por ese lado, puedes echarte a dormir a pierna suelta, pues antes de un decenio no hay que pensar en la paz. Cierto es que un pontífice de Roma la predica a todas horas, pero no es menos cierto que nadie le escucha; verdad es, asimismo, que en las ciudades óyese decir a cada paso que ya están hartos de ser el juguete de los malvados, y que el pueblo comienza a murmurar y a lamentarse de que por el odio personal y la codicia de dos o tres ambiciosos ande el mundo patas arriba; pero, créeme, las Furias son más poderosas que todos los dictados de la prudencia. Por lo que respecta a tu nave, ¿qué falta te hace implorar el auxilio de los hombres? ¿No tenemos por acá diestros artífices? Ahí está Vulcano, por ejemplo.

Car. Ese fuera bueno si la nave hubiera de ser de bronce.

Alast. Otros se hallarán.

Car. Sí, pero es lo peor que nos falta la madera.

Alast. ¿Qué dices?; ¿no queda ya madera en nuestros bosques?

Car. No, porque hasta la que había en las selvas de los Campos Elíseos se ha consumido ya.

Alast. ¿En qué?

Car. En quemar las almas de los herejes, y por eso nos vemos en la necesidad de sacar el carbón de las entrañas de la tierra.

Alast. ¿Y tales almas no pudieron ser quemadas con menor dispendio?

Car. Radamanto lo dispuso así.

Alast. Entonces, ¿adónde irás a buscar la galera y a proveerte de remos?

Car. Mi oficio no es más que gobernar el timón; en cuanto a los remos..., ¡que remen las almas, si quieren pasar la Estigia!

Alast. Pero habrá algunas que no sepan bogar.

Car. Yo no distingo entre unas y otras: sepan o no sepan, tienen que agarrarse al remo, así las de los reyes y cardenales como la del más ínfimo plebeyo.

Alast. Te aconsejo que encomiendes al hábil Mercurio la compra de la nave. No puedo detenerme más, pues vine al Orco solamente a traerte la noticia... Pero, ¿qué es lo que veo? ¡Eh, Caronte, Caronte!

Car. ¡Qué sucede!

Alast. ¡Torna de tu viaje cuanto antes, si no quieres que te arrolle esa ingente muchedumbre!

Car. ¡Oh, ventura! ¡Son más de doscientas mil las almas que han llegado ya a la orilla, sin contar con las que van nadando por la laguna! Me daré toda la prisa que pudiere. ¡Alastor! ¡Diles que pronto estaré de vuelta!

XIV

EL CABALLERO DE MOHATRA

INTERLOCUTORES: *Harpalo. Néstor.*

Harpalo. ¿Me puedes ayudar con tu consejo, Néstor? Te probaré que no soy ni olvidadizo ni ingrato.

Néstor. Estoy pronto a complacerte, aunque lo seas como el más ruin de los hombres.

Harp. Sí lo seré; pero no está en nuestra mano nacer o no nacer nobles.

Nést. Si no has nacido noble, esfuérzate en brillar por tus buenas obras y así tendrá principio en ti la nobleza de tu casa.

Harp. Ese es un camino demasiado largo.

Nést. Pues por poco dinero te venderá una ejecutoria el Emperador.

Harp. Ya lo sé, pero la gente se ríe de la nobleza comprada.

Nést. Y siendo así que nada hay más ridículo que un caballero de mohatra, ¿cuál es el motivo de que tanto desees serlo tú?

Harp. Lo tengo, Néstor, y no es de poco momento; no vacilaré en declarártelo si me dieres razones suficientes para que yo siga la opinión común.

Nést. Es decir, que lo que tú quieres es un nombre vacío de realidad.

Harp. Cuando la realidad falta hace sus veces la apariencia. Y ahora dame el consejo que te pido; estoy seguro de que en el instante que conozcas las causas de mi proceder, confesarás de buen grado que son muy poderosas.

Nést. Pues sea así, y comienzo. Lo primero que tienes que hacer para pasar por caballero es marcharte a vivir lejos de tu tierra.

Harp. No lo echaré en saco roto.

Nést. Y establecido ya en otro lugar, introducirte en la compañía de los mozos que sean caballeros de verdad.

Harp. Entendido.

Nést. Porque esto será para las gentes el primer indicio de que tú has de pertenecer a la misma clase de aquellos con quienes te juntas.

Harp. Es claro.

Nést. Procurarás después con singular solicitud que no se vea en ti nada que sea propio de la condición plebeya.

Harp. ¿Qué quieres decir con eso?

Nést. Me refiero ahora al porte y aliño de tu persona, y, así, no uses nunca telas de lana, sino de seda, y si la hacienda no te alcanzare para ello, sean tus vestidos de fustán o de cáñamo, antes que de buriel o de bayeta.

Harp. Dices muy bien.

Nést. Debes poner mucha atención en que no se advierta en ti cuidado alguno en conservar tu ropa; haz trizas el sombrero, el jubón, las calzas, los zapatos y hasta las uñas. No hables jamás de cosas bajas o humildes, y si llegare alguno de España, pregúntale en qué estado se hallan las relaciones del Emperador con el Pontífice, qué es lo que hace tu primo el conde de Nassau y en qué se ocupan tus otros conmilitones.

Harp. Seguiré tu consejo.

Nést. No te has de olvidar de encajarte un anillo en cuya piedra vaya grabado el sello de tus armas.

Harp. Lo compraré, si lo consiente la gaveta.

Nést. Por ínfimo precio podrás hallar uno de cobre sobredorado con piedra falsa; pero no dejes de grabar en ella el sello que te he dicho.

Harp. ¿Qué armas juzgas que debo elegir?

Nést. Dos colodras de ordeñar y un jarro de cerveza.

Harp. No te burles, Néstor, y habla formalmente.

Nést. ¿Estuviste en la guerra alguna vez?

Harp. No la he visto ni de lejos.

Nést. Pero habrás matado gansos y capones.

Harp. Eso sí, y no pocos.

Nést. Entonces pon en tu escudo una cuchilla de plata y tres cabezas de ganso de oro.

Harp. ¿Sobre qué campo?

Nést. ¿Sobre cuál ha de ser?; sobre gules, en significación de la mucha sangre que has vertido por tu mano.

Harp. No dices mal, porque, al cabo, tan roja es la sangre del hombre como la del ganso. Prosigue.

Nést. Este escudo lo colocarás en las puertas de las muchas tabernas de que eres constante parroquiano.

Harp. ¿Y qué timbre ha de llevar?

Nést. Es verdad, se me olvidaba. El timbre podría ser un yelmo con la babera rota.

Harp. ¿Rota?; ¿con qué objeto?

Nést. Primero, para que te entre el aire, y, después, para que haga labor con tu vestido. ¿Con qué adornaríamos la cimera?

Harp. ¿Qué se te ocurre a ti?

Nést. ¿No estaría bien una cabeza de can con las orejas gachas?

Harp. Eso me parece muy vulgar.

Nést. Se le puede añadir un par de cuernos, que es emblema menos común.

Harp. Conforme. ¿Y qué animales escogeremos para tenantes del escudo?

Nést. Los reyes y príncipes han arramblado con todos los ciervos, perros, dragones y grifos; creo que tú debes poner dos aves de rapiña.

Harp. ¡Excelente idea!

Nést. Ahora nos falta el apellido que has de colgar de tu nombre, cosa de grande interés para tu propósi-

to, y así te aconsejo que, desde ahora, no te llames Harpalo Como, sino Harpalo de Como; he aquí un nombre que cuadra bien a un aristócrata, porque convendrás conmigo en que el otro es más propio de un teólogo mugriento.

Harp. Te aseguró que no se me olvidará.

Nést. ¿Posees alguna finca?

Harp. Ni un triste cubil.

Nést. ¿Has nacido en alguna ciudad de importancia?

Harp. ¿Para qué te he de engañar?; nací en una aldea miserable; no es cosa de ocultar la verdad a aquel a quien se acude en demanda de remedio.

Nést. Haces bien. Pero esa aldea, ¿no tiene algún monte cercano?

Harp. Uno tiene, en efecto.

Nést. ¿Y no hay peñas en él?

Harp. Hay una muy escarpada.

Nést. Pues entonces puedes llamarte Harpalo de Como, señor de Peña Aurea.

Harp. También es costumbre de los reyes y magnates adoptar un lema o empresa: Maximiliano usó el *Tene mensuram,* su hijo Felipe el *Qui volet,* su nieto el Emperador usa el *Ulterius,* y así otros muchos que podría citar.

Nést. El tuyo debe ser *Omnis jacta sit alea.*

Harp. Pues mira, no me desagrada ese mote.

Nést. Ahora bien; para robustecer la patraña, has de fingir algunas cartas dirigidas a ti por los más preclaros próceres del país, en las que te traten como de igual a igual y te llamen ilustre caballero; en ellas harás mención de opulencias y grandezas, como, por ejemplo, de tus feudos y castillos, de sumas considerables de florines, de gobiernos de estados y ciudades, de ciertos matrimonios ventajosos que se te ofrecen, y procurarás que estas cartas, cual si las hubieses perdido u olvidado en algún lugar, lleguen a manos ajenas.

Harp. Esto me será harto fácil, porque cursé los

estudios, aunque poco, y además aprendí a contrahacer maravillosamente toda clase de letra.

Nést. Puedes dejarlas en los bolsillos de un vestido, pongo por caso, para que dé con ellas aquel a quien encargares de limpiarle, en la seguridad de que, si las encuentra, no te guardará el secreto. Después, cuando te hablen de lo que en las cartas se tratare, has de aparentar que recibes enojo y dar muestras de que te causa grande contrariedad que se hayan enterado de tus asuntos.

Harp. También eso lo haré con gentil maestría, porque mudar de semblante no es para mí más difícil que mudar de careta.

Nést. Pero ten muchísimo cuidado de que no se descubra la añagaza y pierdas el trabajo y el crédito.

Harp. ¡Ya lo creo que lo tendré!

Nést. Asimismo, puedes buscar algunos compinches o criados que te den siempre el sitio de respeto y te llamen *señor* delante de todos; y no creas que esto ha de serte muy gravoso, porque andan por ahí bastantes mozuelos que hacen de balde este oficio. También por esta tierra abundan los bachilleres que padecen comezón de escribir y no faltan impresores famélicos que se abaten a cualquier piltrafa en que atisben una mínima esperanza de granjería. Soborna, pues, a alguno de ellos, para que con mayúsculas te llame en sus libracos *prócer insigne* y, de esta suerte, te lo llamarán hasta en Bohemia, porque tu fama volará con más rapidez en alas de las letras de molde, que llevada por las hablillas y chismerías de los criados.

Harp. Todo eso me parece de perlas; pero si he de tomar criados me veré precisado a sustentarlos.

Nést. Naturalmente; pero piensa que los que admitas a tu servicio no han de estar sin manos y sin uñas, y, por tanto, situados con destreza aquí y allá, algo han de encontrar que se haya perdido, para lo cual no dejarán de presentárseles numerosas coyunturas.

Harp. Comprendido.

Nést. Son infinitas las artes que hay para alcanzar lo que tú quieres.

Harp. Ardo en deseos de saberlas.

Nést. Pues, mira, ante todo, debo decirte que como no seas arriesgado jugador, buen cliente de las mancebías, bebedor sempiterno, manirroto, derrochador del dinero ajeno y, por añadidura, decorado con la sarna francesa, no habrá nadie que te repute como perfecto caballero.

Harp. En todas esas lindezas ha tiempo que soy maestro consumado; pero, ¿de dónde ha de salir el dinero?

Nést. A eso iba. ¿Tienes alguna hacienda?

Harp. Una miseria.

Nést. Pues bien; cuando logres que las gentes te crean caballero, hallarás facilísimamente necios que se fíen de ti y que se avergonzarán de negarte lo que les pidas.

Harp. Tampoco soy un zote en tales fullerías. Sin embargo, los acreedores me apremiarán el día que se convenzan de que no les doy más que buenas palabras.

Nést. Al contrario; no hay camino más cómodo para triunfar que deber a muchos.

Harp. ¿Por qué?

Nést. Porque el acreedor te trata siempre con respeto, como si te estuviese obligado por una gran merced, a causa de que teme dar él mismo la ocasión de quedarse sin su dinero. Ningún señor tiene a sus siervos más sumisos que el deudor a sus acreedores, y si les devuelve alguna cantidad a cuenta hasta se les antoja que les otorga un señaladísimo favor.

Harp. Efectivamente, eso lo he observado yo varias veces.

Nést. De lo que te has de guardar como de la peste es de los acreedores flacos de bolsa, porque por una suma insignificante te armarán ingentes peloteras. Mucho más tratables son los que poseen una fortuna pingüe, pues a éstos les cohibe la vergüenza, les alienta la esperan-

za, les aterra el miedo y han formado de los caballeros un concepto completamente equivocado. Pero cuando vinieren mal dadas y te vieres ahogado por las deudas, inventas un pretexto cualquiera, levantas el campo y te vas a vivir a otra ciudad. Al fin y al cabo, las deudas no deben avergonzarte, porque, si bien lo consideras, no hay nadie que deba más que los grandes monarcas. Lo que sí te recomiendo es que si algún villano te acosa demasiado para que le pagues, afectes extremada indignación, y, en último término, divierte su impaciencia devolviéndole una pequeña parte de la deuda; pero esto no lo hagas con todos. Cuida, asimismo, de que no llegue a traslucirse que estás limpio de moneda, porque es de capital interés que la gente se persuada de que nunca te falta la pecunia.

Harp. Pero, ¿cómo ha de lograrlo el que carece de ella?

Nést. De mil maneras. Si un amigo te confía un depósito, ingéniate de suerte que lo muestres a los otros como tuyo; por ejemplo, solicitas un préstamo, que devolverás inmediatamente, y al tiempo de hacer el pago, sacas del cajón en que guardes la calderilla unas cuantas piezas de oro que allí habrás colocado de propósito, con lo cual creerá el que lo vea que las piezas son tuyas y que el resto es oro también.

Harp. Perfectamente; el caso es dar perpetua sepultura al dinero del amigo.

Nést. Otro medio. Tú sabes muy bien todo lo que en estas tierras le está permitido hacer a un caballero.

Harp. Y sin la menor responsabilidad.

Nést. Corriente. Por eso es necesario que tú sustentes a algunos criados o deudos a quienes, de este modo, tengas propicios, ya para que asalten en un camino a tal cual mercader, ya para que encuentren lo que se pierda en los mesones, en las iglesias o en los barcos sin custodia, ¿comprendes?; ellos se acordarán de que para algo les han sido dadas las uñas.

Harp. Cierto, cierto.

Nést. No dejes de vestirles con espléndidas libreas en que vayan bordados tus blasones, y encárgales de llevar a quien te convenga las cartas echadizas. Si hicieren algún hurto, nadie se atreverá a acusarles, pues aunque haya quien sospeche de ellos, temerá las iras de su señor; y si en lugar de hurtarlo lo tomaren a la fuerza, siempre podrás decir que la presa fué ganada en buena guerra. Y cuenta que tales ejercicios han de serles sumamente provechosos para iniciarse en las artes bélicas.

Harp. Hablas como un libro.

Nést. Que no se te vaya jamás de la memoria una famosa máxima que pasa entre los nobles como artículo de fe, y que reza así: "es lícito y razonable que los caballeros alivien a los caminantes villanos del peso del dinero"; porque, en efecto, ¿puede haber algo más intolerable e injusto que ver a un bellaco de mercader nadando en la abundancia, en tanto que un caballero carece de lo indispensable para pagar a sus mancebas o hacer una puesta en el garito? Júntate siempre con los magnates o, mejor dicho, injiérete entre ellos, y ten presente que no todo lo que se estima vergonzoso ha de sacarnos los colores a la cara, así como también que es muy conveniente frecuentar los lugares concurridos, cuales son los baños y las hospederías de más renombre.

Harp. Lo mismo estaba pensando yo.

Nést. En todos esos sitios brinda la fortuna lindas ocasiones.

Harp. ¿Por qué?

Nést. Porque no es raro que en ellos se quede alguna bolsa olvidada, o que se hayan dejado puesta la llave de la despensa.

Harp. Sí, pero...

Nest. ¿Qué temes? ¿Crees que van a sospechar de un caballero de tan buen porte; de quien se expresa tan discretamente; de todo un señor de Peña Aurea? Y si alguien se arrojara a tamaño desmán, ¿tendría la audacia de decírtelo en tu cara? Seguro es que la sospecha

habrá de recaer en los huéspedes que se marcharon el día anterior o en otros cualesquiera; reñirá el posadero con sus criados y tú asistirás a la trifulca con la serenidad reflejada en tu semblante. Además, si el robado fuere hombre de mediano discernimiento, se callará la boca, para no exponerse a que, encima de perder sus bienes, le diputen por tonto de capirote.

Harp. Eso es muchísima verdad; ¿conociste tú al conde de Buitre Blanco?

Nést. ¡No lo he de conocer!

Harp. Pues en su casa, según me dijeron, estuvo de huésped un español de arrogantísima presencia, de nobles maneras, liberal y magnífico en su trato, que le hizo noche seiscientos florines; pero el conde, aunque barruntó quién podría ser el autor de la gatada, jamás se atrevió a insinuárselo: tanto era el señorío de su persona.

Nést. Ahí tienes un caso. Puedes también enviar a la guerra a varios de tus deudos y criados, porque quizá se les ofrezca oportunidad de saquear templos y monasterios, con lo cual volverán a tu casa cargados con la parte que les haya cabido en el botín.

Harp. Y ésta sería una ganancia obtenida sin el menor riesgo de mi pelleja.

Nést. Todavía hay otro medio muy seguro de apandar el dinero de los demás.

Harp. ¿Cuál?

Nést. Si llega a tu noticia que alguno tiene bien herrada la bolsa, finge un motivo cualquiera de estar enojadísimo con él, singularmente si es monje o sacerdote, porque éstos, en los tiempos que alcanzamos, son blanco de la ojeriza general; por ejemplo, echas a volar la especie de que el tal se burló del escudo de tus armas, o que habló de ti con menosprecio, o que escribió un libelo para difamarte, porque, como sabes, todo es lícito en el dilatado campo de la calumnia; en seguida, valiéndote de tus satélites, hazle saber que has jurado vengarte de él de una manera implacable; amenázale con

la ruina, con la muerte, con el exterminio, y es seguro que, aterrado el infeliz, vendrá a proponerte la composición de la querella; entonces aparenta que estimas en mucho tu dignidad y pídele mayor suma de la que calcules que él ha destinado a tal menester, para que, de este modo, logres la que deseas; así, en el caso de que quieras sacarle doscientos escudos de oro, le pides tres mil, y no dudes de que le dará vergüenza ofrecerte menos de los doscientos.

Harp. Y a otros les conminaré con los tribunales.

Nést. Esa es más bien triquiñuela de delatores; sin embargo, también puede apelarse a ese medio... Pero, ¡querido Harpalo! ¡Me olvidaba de lo principal, y aun creo que por ello debiera haber comenzado! Lo que más te importa es tender las redes para atrapar una moza que te lleve buena dote; tú eres joven, de no mala estampa, ingenuo y graciosamente frívolo; corre la voz de que en la corte gozas de gran valimiento, porque las doncellas se desviven por casarse con los que ejercen poderío.

Harp. Es cierto, y yo he conocido a más de cuatro que de esta suerte hicieron matrimonios muy ventajosos. Lo malo sería que se descubriese la farsa y surgieran los acreedores; todo el mundo se reiría entonces del pretendido caballero, porque bien sabes que para los nobles de sangre es mayor mengua la nobleza de mohatra que el robo sacrílego de un templo.

Nést. Si eso ocurriere, hay que acordarse de que no siempre conviene ser hombre de vergüenza y, además, de que nunca ha sido tan corriente como hoy reemplazar la prudencia con la audacia. Digo que, en tal caso, debes urdir cualquier trapacería que te sirva de disculpa, pues no faltarán ni cándidos que se encarguen de propagarla, ni hombres sensatos que disimulen tu resolución; y cuando todo vaya de arrancada, siempre te queda el recurso de irte a la guerra, pues del mismo modo que el mar es el vertedero de todas las inmundicias, es la guerra la sentina de todos los desalmados,

hasta el punto de que hoy día no sería posible que hubiese un buen general si no contase con soldados que hicieron su aprendizaje en la escuela de los más viles malhechores. Sea, pues, la guerra tu refugio si los demás medios te fallaren. Finalmente, te encargo mucho que destierres de ti la negligencia y que no dejes de remover todas las piedras que halles en el camino, por si debajo de alguna de ellas estuviere lo que buscas. Huye de los pueblos pequeños, en los que no puedes ni rascarte sin que se enteren todos los vecinos, y prefiere residir en las ciudades grandes y populosas, donde se vive con mayor holgura y libertad. Indaga con cautela la opinión en que te tienen las gentes, y cuando supieres que dicen: "Pero ese hombre, ¿qué hace aquí?"; "¿cuál es la causa de su larga estancia en esta población?"; "¿por qué no se va a su tierra?"; "¿por qué ha abandonado sus castillos?"; "¿en qué emplea sus riquezas?"; cuando supieres, repito, que se propalan tales rumores y otros semejantes, tómalo como advertencia de que debes ir pensando en marcharte de allí, pero sea tu marcha la gallarda retirada del león, nunca la huída medrosa de la liebre; di, *verbi gratia,* que te ha llamado el Emperador para graves negocios de Estado, o para que te incorpores al ejército, y no receles que se atrevan a murmurar de ti cuando te ausentes, pues temerán malquistarse con los próceres a quienes te creen ligado por vínculos estrechos de amistad. Una cosa te encomiendo especialmente, y es que te guardes de cierto género de poetas irritables y atrabiliarios que tan pronto como alguno se les pone entre ceja y ceja, emborronan unos cuantos pliegos de papel y los esparcen a los cuatro vientos.

Harp. ¡Que aquí mismo me parta un rayo, si no estoy absolutamente conforme con todos tus consejos, y quiero demostrarte que soy discípulo agradecido; mira, Néstor: cuenta con el primer caballo digno de ti que halle paciendo en un prado.

Nést. Una cosa falta todavía, a saber: que cumplas tu promesa de declararme la causa de que tengas

deseos tan vehementes de ser caballero, aunque de farfolla.

Harp. Pues no tengo otra causa, amigo Néstor, que haber visto que los caballeros siempre quedan impunes, así cometan los mayores crímenes; ¿te parece que es de poco momento esta razón?

Nést. Es verdad; al fin y a la postre, la muerte siempre se la deberás a la naturaleza, aunque hagas vida de cartujo, y menos padece el que acaba sus días en la horca que el que muere de mal de piedra, de gota o de parálisis; por otra parte, es muy propio de soldados creer que después de morir no queda del hombre más que el cadáver.

Harp. Eso creo yo también.

XV

LA ASAMBLEA DE LAS MUJERES

INTERLOCUTORES: *Cornelia. Margarita. Petra. Julia. Catalina.*

Cornelia. Sin duda, para el bien de nuestra clase y utilidad de la república femenina, os habéis juntado aquí en tal número y con tan excelente disposición de ánimo, felicísimos augurios que me hacen concebir la esperanza de que, si nos ayuda Dios y quiere iluminar nuestra mente, realizaremos una obra de importancia capital para el provecho de todas, cual es la de reivindicar la justa estimación que merecemos.

¿A qué recordaros las vejaciones de que somos víctimas? Mientras los hombres reúnense a diario para hablar de sus negocios, nosotras, siempre con los ojos clavados en la costura, tenemos completamente abandonada nuestra causa, y de esto proviene, por una parte, que no haya entre las mujeres ninguna unión para la defensa de sus comunes intereses, y, por otra, que los hombres, no viendo en nosotras más que un objeto de solaz y pasatiempo, les falte poco para no reconocernos condición humana. Si seguimos por este camino, meditad un instante sobre la suerte infausta que nos espera, y estoy segura de que habéis de horrorizaros, como yo, sólo en pensarlo, me horrorizo.

Dijo el rey sapientísimo en sus *Proverbios* que *Donde concurre el consejo de muchos, allí están la cordura y el acierto;* y, en efecto: los obispos tienen sus sínodos, los monjes sus capítulos, los militares sus asambleas, los ladrones sus conciliábulos, y hasta las hor-

migas guardan un orden a modo de sociedad; sólo las mujeres, entre todos los seres vivientes, somos las únicas que no nos juntamos nunca.

Margarita. ¡Más de lo que debiéramos!

Corn. No me interrumpas, que no he acabado todavía; tiempo tendréis de hablar todas.

Lo que hoy nos proponemos, no es, ciertamente, una novedad, puesto que todo ello se reduce a resucitar antiquísimas instituciones. Hace mil trescientos años, si en la cuenta no estoy equivocada, que Heliogábalo, aquel celebradísimo emperador...

Petra. ¿Cómo celebradísimo, cuando todo el mundo sabe que después de asesinado en una letrina arrastraron su cadáver con unos garfios y le echaron al Tíber?

Corn. Si por el género de muerte vamos a juzgar, negaríamos la bondad de Cristo, porque murió en un patíbulo, y, en cambio, podríamos afirmar que Domiciano fué piadoso, porque expiró en su lecho. El mayor crimen que se imputa a Heliogábalo es el de haber esparcido por el suelo el fuego sagrado que custodiaban las vestales y venerar entre sus dioses lares a Moisés y a Jesucristo, a quien los gentiles, por injuriarle, llamábanle *Cresto,* o sea *el mancillado.*

Digo, pues, que Heliogábalo, a semejanza del senado donde él y sus consejeros trataban de los negocios públicos, estableció otro para que su madre tratase con sus áulicas de los asuntos concernientes a las mujeres, al cual dieron los hombres en llamar *el senadillo,* ya fuera por zumba, ya con el fin de distinguirle del senado del emperador. El ejemplo, pues, de esta asamblea, nos está exhortando a que restauremos la institución.

Y nadie diga que San Pablo prohibió a las mujeres hablar en la comunidad a que él da el nombre de *iglesia,* porque el apóstol se refiere en aquel lugar de su epístola a una corporación de varones, y la nuestra ha de ser femenina; pero si aún se pretendiera que las mujeres hemos de estar siempre obligadas a callar, decidme,

¿para qué nos ha dotado la naturaleza de lengua, no menos expedita que la de los hombres, y de voz mucho más armoniosa, puesto que la suya, por ser bronca, guarda cierta similitud con el rebuzno? Debemos, sin embargo, poner un celo extraordinario en conducirnos en esta empresa con absoluta seriedad, para que los hombres no vayan a exhumar el remoquete de *senadillo* o nos bauticen con otro peor todavía, ya que, como todas sabéis, suelen ser mordaces en grado sumo cuando hablan de nosotras, aunque si se fuera a calificar sus juntas como merecen, cualquiera diría que más bien que concursos de sesudos varones, son mentideros de comadres. Porque, efectivamente: desde hace ya muchos años los reyes no piensan si no en pelear los unos con los otros; hállase el pueblo en perfecta discordia con teólogos, obispos y sacerdotes; allí donde los hombres se reúnen, surgen tantos pareceres como personas; adviértese en todos ellos una veleidad mil veces mayor que la que se nos echa en cara a las mujeres; no hay paz entre ciudad y ciudad, ni entre vecino y vecino... ¡Ah, de qué diferente modo andaría el mundo si se nos entregaran a nosotras las riendas del gobierno! Aunque la modestia y humildad de nuestra condición nos veden llamar estultos a los próceres insignes que rigen los destinos de las naciones, séanos, no obstante, permitido recordar las palabras de Salomón: *Entre los soberbios siempre hay contienda, mas aquellos que obran en todo con consejo son gobernados por la sabiduría.*

No quiero cansaros por más tiempo; solamente añadiré que para que haya en nuestros debates el orden necesario, juzgo que debemos decidir en primer término acerca de quiénes sean las que se admitan en el seno de esta asamblea y quiénes las que han de ser rechazadas, porque, si es verdad que las reuniones muy numerosas tienen más apariencia de tumulto que de consejo, no lo es menos que las excesivamente reducidas degeneran fácilmente en despóticas camarillas. En cuanto al asunto que he enunciado, es mi opinión que las doncellas no

deben entrar aquí de ningún modo, puesto que habremos de ocuparnos de ciertos particulares que ofenderían su natural pudor.

Julia. ¿Y en qué conoces tú que una mujer es doncella?; ¿o es que hemos de tener por tales a todas las que llevan la corona nupcial?

Corn. ¡Claro que no!; lo que yo he querido decir es que no admitamos más que a las casadas.

Jul. Pero es que, entre éstas, también serán doncellas las que se hayan casado con un eunuco.

Corn. Sin embargo, en atención a la dignidad del matrimonio, se las considera como matronas.

Jul. De todas maneras, si no excluímos más que a las doncellas, va a cargar sobre nosotras una multitud abrumadora.

Corn. Podríamos excluir también a las que se hayan casado más de tres veces.

Jul. ¿Por qué razón?

Corn. Porque ésas, como los veteranos, se han hecho acreedoras al retiro, y pienso, además, que el propio criterio habría de seguirse respecto de las mayores de setenta años. Lo que sí estimo de mucha conveniencia es no consentir a ninguna que hable mal de su marido, pero que sea lícito hacerlo de los maridos en general, si bien con prudente moderación: *Ne quid nimis.*

Cat. ¡Qué menos se nos va a conceder que la licencia para hablar de los hombres con libertad, cuando ellos no hacen otra cosa que decir de nosotras todas las perrerías que les viene en gana! Mi Ticio, siempre que quiere divertir a sus compinches de comilonas, les parla lo que hacemos por la noche y lo que yo le digo, y aun no es raro que al referir tales coloquios mienta como un bellaco.

Corn. Bien; pero si queremos ser sinceras, es preciso reconocer que nuestro decoro va unido al de nuestros esposos y que al difamarles no conseguimos otra cosa que deshonrarnos a nosotras mismas. Cierto es que nos dan hartos motivos para estar quejosas y ofen-

didas de su conducta, pero, en fin de cuentas, no podemos negar que nuestra condición es mil veces mejor que la suya, porque mientras ellos, en busca del dinero, cruzan tierras y mares con riesgo inminente de su vida, o en el campo de batalla, pendientes de la señal de los clarines, permanecen impávidos y firmes en sus filas esperando el ataque del enemigo, nosotras estamos bien tranquilas y seguras en nuestras casas; si se trata de un delito o de otra transgresión legal, son ellos castigados con más rigor que a nosotras se nos castiga por la misma causa, en gracia a la debilidad del sexo; y, por último, es incontestable que tenemos en nuestras manos la mayor parte de las circunstancias que concurren a que un hombre sea buen marido.

Dilucidado este extremo, debemos entender en el orden que ha de guardarse en nuestras juntas, para que no nos suceda lo que acontece en los concilios y consejos a que acuden los representantes de los reyes, de los príncipes y del pontífice, o sea que antes de llegar a una resolución se pasan tres meses o más en altercaciones y peloteras. Conviene, pues, que fijemos los brazos o estamentos en que la asamblea se ha de dividir, y, a tal fin, juzgo que el primer brazo han de formarlo las nobles y, dentro de él, corresponder el primer lugar a las que lo son por los cuatro costados, el segundo a las que son por tres, el tercero a las que los son por dos, el cuarto a las que lo son por uno, y el quinto a las que no tienen más que medio costado de nobleza. Respecto de las bastardas podrá establecerse una jerarquía análoga y ocuparán el último lugar del primer brazo. El segundo será el de las plebeyas, y en éste designaremos para el primer lugar a las que hayan tenido más hijos y para el segundo a las que no sean madres todavía. La prelación de puestos, en igualdad de circunstancias, se determinará por la edad.

Cat. ¿Y las viudas?

Corn. Les daremos cabida entre las madres en el

caso de que tengan hijos o los hayan tenido. Las estériles formarán la última categoría de este brazo.

Cat. ¿Y qué lugar te parece que ocupen las barraganas de los sacerdotes y monjes?

Corn. De ésas hablaremos en la próxima sesión.

Jul. ¿Y aquellas que de su cuerpo hacen granjería?

Corn. ¡Ah, ésas no!; de ningún modo consentiremos que nuestra asamblea se deshonre con tal baldón.

Jul. ¿Y las concubinas?

Corn. Como las hay de varias especies, ya hablaremos de ellas más despacio, porque ahora es preciso deliberar acerca de otro asunto, a saber: si los sufragios han de emitirse por escrito, por piedras blancas y negras, de viva voz, levantando el dedo o trasladándose de un lugar a otro las que voten en sentido determinado.

Cat. En la votación por escrito o por piedras puede haber trampa, y la que se hace trasladándose de sitio tiene el inconveniente del polvo que levantaríamos con nuestras largas colas; por eso yo creo que lo mejor es que se vote de viva voz.

Corn. Sí, pero de ese modo es difícil el recuento de los votos y además se corre el peligro de que aquéllo se convierta en un gallinero.

Cat. Pues hágase con la intervención de notario para que lleve la cuenta y no deje de consignar ningún sufragio.

Corn. Así resultará cabal el escrutinio. ¿Y qué medios se os ocurren para evitar la algarabía y el barullo en nuestras sesiones?

Cat. No permitir que hable ninguna mientras no se le pida su parecer; expulsar a la que infrinja este precepto, e imponer silencio por tres años a la que trate de asuntos diferentes de aquel que se discuta.

Corn. Hasta aquí nos hemos ocupado del orden interior de la asamblea y es hora ya de que os diga unas palabras acerca del objeto de nuestra institución.

Conviene, en primer término, que tengamos especialísimo cuidado con guardar el decoro de nuestras per-

sonas, que consiste principalmente en la compostura y porte exterior, asunto tan desatendido en estos tiempos que es casi imposible distinguir las nobles de las plebeyas, las casadas de las doncellas o de las viudas y las damas de las meretrices. Hasta tal punto anda la vergüenza por los suelos en los días que alcanzamos, que cada cual hace lo que más le acomoda y no es raro ver por ahí a más de cuatro mujerzuelas, que no llegan ni a la condición de plebeyas, porque proceden de la hez de las ciudades, lucir sedas riquísimas, telas de aguas, rameadas y listadas; recamados de oro y de plata y pieles de Maduria o de marta cebelina; vemos, digo, a las tales llevar sus dedos cargados de esmeraldas y brillantes, porque ya se han cansado de las perlas; adornarse con ámbar y coral y, en fin, calzar sus pies con dorados zapatos, mientras que, por ventura, el marido de alguna de ellas ha tenido que quedarse en casa remendándose los borceguíes. Más que suficiente sería para ornato de estas pelonas (teniendo en cuenta que, al cabo, son mujeres) un sencillo ceñidor de seda y una franja de lo mismo en el borde de la falda, en tanto que, haciendo lo que hacen, causan un doble perjuicio, a saber, la ruina del patrimonio familiar y la destrucción del orden, que es la más sólida garantía de la dignidad. Porque, decidme: si las plebeyas van en coches y literas con incrustaciones de marfil y cielos de raso, ¿qué se deja para las nobles y poderosas?; y si la que se casa con un hidalguete ya se cree con derecho a arrastrar una cola de diez varas, ¿qué hemos de reservar para la esposa de un duque o la de un conde? Y es lo peor que esto origina otro mal mucho más grave todavía: me refiero a la frecuencia verdaderamente temeraria con que hoy cambia la moda de nuestros vestidos. Antiguamente, las damas de alcurnia diferenciábanse de las plebeyas en un velo de lino sujeto a la cabeza con dos agujas, pero habiéndole adoptado también las mujeres del pueblo, las nobles comenzaron a tocarse con una especie de sombrerillo y a vestir pieles blancas salpicadas de motas negras, prendas de que al

punto se apoderó la plebe; de nuevo variaron las damas la forma de sus trajes, introduciendo el uso de los velos de hilo negro, y de nuevo las plebeyas se atrevieron, no solamente a usurpárseles, sino a hacerles aún más ostentosos, porque los adornaron con guarniciones de oro y hasta de pedrería.

Lo que ocurre con la indumentaria, ocurre con los demás particulares del aderezo y de las costumbres femeniles; así, por ejemplo, todas sabéis que en otro tiempo el peinado de las damas consistía en llevar los cabellos recogidos en un sencillísimo rodete y, más tarde, en ondas sobre la frente: de ambos modos peináronse también las plebeyas; en otro tiempo sólo las nobles tenían rodrigones y escuderos y, entre ellos, uno más distinguido que les daba la mano al levantarse del asiento y el brazo derecho cuando iban por la calle, oficio al que, por cierto, no se recibía sino al nacido en muy honrada familia; pero hoy, como las damas surgen hasta de debajo de los cantos, otórgase a cualquier pelafustán, y lo propio sucede con los pajes que llevan las colas; en otro tiempo solamente las damas besábanse entre sí para saludarse, o daban la mano derecha, honor que no a todas les era concedido, mientras que ahora muchas que aún huelen al cuero del taller no reparan en besar a las señoras cuyo escudo de armas proclama su rancia y esclarecida progenitura. La misma confusión y falta de decoro adviértese en los enlaces matrimoniales: las doncellas de ilustre estirpe se casan con los plebeyos, las hijas de los menestrales con los aristócratas de la más insigne prosapia, y ésta es la causa de que se infamen y bastardeen los linajes. Ninguna villana se cree de tan humilde origen que no se atreva a usar de los mismos afeites que las señoras más encopetadas, cuando debiera contentarse con la flor del lúpulo, con la savia recientemente extraída de la corteza del árbol o con cualquiera otro aliño por el estilo, y dejar para las damas el arrebol, el albayalde, el antimonio y demás cosméticos delicados y costosos. Y, finalmente, en los convites, en las calles,

en los parajes públicos, ¿no observamos una extraña mezcolanza y un ignominioso desconcierto?; ¿no vemos a diario que la mujer de un tendero se cree rebajada si cede a una noble el lugar de preferencia?

Todos estos males están clamando por su remedio, y no creo que el buscárselo nos sea dificultoso, porque de ellos tenemos nosotras la mayor parte de la culpa. Preciso es, por tanto, que comencemos por tomar una resolución respecto de los hombres, para evitar que, como ha ocurrido hasta aquí, no se acuerden de nosotras más que cuando hay que lavar la ropa o atender a los menesteres de la cocina. Porque santo y muy bueno que sean ellos los que ejerzan el monopolio de los cargos públicos y los que entiendan en los asuntos de la guerra; pero, ¿cómo llevar con paciencia, pongo por caso, que el blasón de la esposa se coloque constantemente a la izquierda del escudo del marido aunque le supere en la calidad de la nobleza? ¿Y no es justo también que sean oídas las madres cuando se trate de la suerte y matrimonio de sus hijos? ¿No podríamos, quizá, lograr que se nos admitiese al desempeño de aquellos oficios públicos concernientes a la administración interior de las ciudades, siempre, es claro, que su ejercicio no requiriese el empleo de la fuerza armada?

Tales son, sumariamente expuestas, las cuestiones de mayor interés en que debe, a mi juicio, ocuparse nuestra asamblea: piense en ellas cada una de vosotras, para que después podamos resolver, y si a alguna se le ocurriere cualquiera otra que, por su importancia, merezca ser materia de nuestras deliberaciones, expóngala en la junta inmediata.

Por ahora, nos reuniremos diariamente hasta dar cima a nuestros trabajos. Nombraremos cuatro secretarias encargadas de consignar por escrito cuanto aquí se diga, y dos presidentas que tendrán facultad para conceder y retirar la palabra a las que intervengan en las discusiones. Y sea esta primera sesión pronóstico halagador de nuestra victoria.

XVI

EL TERRIBLE MORBO

INTERLOCUTORES: *Petronio. Gabriel.*

Petronio. ¿De dónde vienes tan triste, Gabriel, del antro de Trofonio?

Gabriel. No vengo del antro, sino de una boda.

Pet. Pues nunca vi una cara menos nupcial, porque los convidados a una boda suelen conservar la alegría y el buen humor durante una semana, y si son viejos se les quitan diez años de encima. ¿En qué boda estuviste entonces, en la de Marte con la Muerte?

Gab. ¡Ca!; en la de un noble mancebo con una doncella de diez y seis abriles que a ninguna otra tiene nada que envidiar, ni en hermosura, ni en honestidad, ni en familia, ni en fortuna, porque pudiera ser la esposa del mismo Júpiter.

Pet. ¡Pero hombre!, ¿una niña tan joven iba a casarse con un novio tan vetusto?

Gab. Ya sabes que los soberanos no envejecen.

Pet. Siendo así, ¿de dónde te vino esa tristeza?; ¿es, acaso, que envidias al esposo por haberte birlado la novia?

Gab. ¡Qué disparate! De ningún modo.

Pet. ¿Ocurrió alguna tragedia en el festín como la que se cuenta de la boda de los Lapitas?

Gab. Tampoco.

Pet. ¿Faltó el vino?

Gab. Al contrario, sobró.

Pet. ¿No hubo flautistas?

Gab. Hubo flautistas, tañedores de vihuela y de cítara, trompeteros y hasta gaiteros.

Pet. Entonces, ¿qué?; ¿no acudió Himeneo?

Gab. ¡Se le llamó en vano!

Pet. ¿Y las Gracias?

Gab. ¡Ni sombra de ellas, ni de Juno Pronuba, ni de la áurea Venus, ni de Júpiter Gamelio!

Pet. Pero tú me estás hablando de una boda celebrada bajo el influjo de algún signo adverso, o, mejor dicho, de una boda sin boda.

Gab. ¡Pues qué dirías si hubieras estado en ella!

Pet. ¿Y no se bailó?

Gab. Más bien se cojeó miserablemente.

Pet. ¿Ni hubo ningún numen propicio que alegrase un poco a la concurrencia?

Gab. Ninguno, como no fuese una deidad que los griegos llaman *Psora* y nosotros la llamamos sarna.

Pet. ¡Boda rascadera!

Gab. Mejor dirías costrosa y purulenta.

Pet. ¿Pero qué te pasa, Gabriel, que al recordar la fiesta se te saltan las lágrimas!

Gab. Cree, Petronio amigo, que lo que he visto haría llorar a un pedernal.

Pet. Lo creo, si el pedernal tuviera ojos. Vamos, no me tengas el ánimo suspendido por más tiempo y dime quiénes son las víctimas de tamaña desventura.

Gab. ¿Conoces a Lampidio Eubulo?

Pet. El hombre más bueno y más feliz de esta población.

Gab. ¿Y a su hija Ifigenia?

Pet. También; entre las de su edad no hay ninguna que la aventaje en hermosura.

Gab. Así es. ¿Y sabes con quién se ha casado?

Pet. Lo sabré cuando me lo digas.

Gab. ¡Pues se ha casado con Pompilio Bleno!

Pet. ¿Con ese fatuo fanfarrón que a todos nos tiene molidos con el cuento de sus grandezas?

Gab. Con ése.

Pet. Hace mucho tiempo que es conocidísimo en la ciudad por dos excelsas cualidades, a saber: por sus ingentes mentiras y por el sarnazo que lleva encima, esa suerte de sarna que todavía no tiene nombre particular, aunque se la llama de mil maneras.

Gab. Es, en verdad, una valiente sarna, que si la echasen a reñir con la lepra, la elefantiasis, las herpes, la podagra y el empeine, a buen seguro que no les cedería ni una sola línea.

Pet. Eso afirman los médicos.

Gab. Y ahora, Petronio, ¿qué he de decirte de la novia, puesto que es de ti bien conocida? Aunque las galas que vestía realzaban su natural belleza, creyérase que no era una mujer, sino una diosa a la que no le faltaba ningún encanto. A poco, presentóse el afortunado esposo, arrastrando las piernas con mucho menos garbo aún que los suizos, la nariz carcomida, las manos deformadas, fétido el aliento, los ojos mortecinos, cabizbajo, manando humor por párpados y narices y llevando anillos en sus muslos como otros los llevan en los dedos.

Pet. ¿Y en qué estaban pensando los padres al entregar una hija como ésa a un monstruo semejante?

Gab. No lo sé, pero son muchos los que creen que han perdido la cabeza.

Pet. Será muy rico.

Gab. Lo es, pero de deudas.

Pet. Si esa muchacha hubiese dado tósigo a sus abuelos y a sus abuelas, no fuera condenada a más bárbaro suplicio.

Gab. Y aun si hubiese escupido o hecho otra cosa peor en las tumbas de sus mayores, sería pena muy sobrada casarla con ese fantasma.

Pet. ¡Qué duda cabe!

Gab. Eso es mil veces más despiadado que echarla desnuda a los osos, a los leones y a los cocodrilos, porque las fieras le darían muerte rapidísima, si es que no respetaban tanta hermosura.

Pet. Cierto. Lo que han hecho con esa criatura es digno de la crueldad de Mecencio, que según cuentan, ataba al condenado con un muerto poniéndole manos con manos y boca con boca y le echaba al agua para que se ahogase; aunque yo creo que ni Mecencio se hubiera ensañado con ella de tal modo, ni puede haber nadie que no prefiera que liguen con un cadáver antes que con ese cuerpo putrefacto. Su aliento es puro veneno, las palabras le salen apestadas de sus labios, lo que ha tenido en sus manos lleva la muerte a quien lo toca.

Gab. ¡Pues imagínate el deleite que le espera a esa infeliz con los besos y abrazos del esposo y con sus nocturnas caricias y ternezas!

Pet. He oído algunas veces hablar a los teólogos de los matrimonios desiguales, y éste puede llamarse tal con razón más poderosa que ningún otro, porque es lo mismo que si se engarzase en plomo una piedra preciosa de subidísimo valor; y yo me pregunto: si las muchachas se asustan y aun se desmayan en algún caso cuando ven un ratón o una sombra, ¿será posible que ésta se atreva de noche a echarse en brazos de un espectro?

Gab. Pues ella todavía tiene alguna disculpa en el respeto a la autoridad paterna, en las oficiosidades de ciertos amigos entrometidos y en la inexperiencia propia de su edad; pero, ¿qué disculpa tiene la conducta de los padres?; porque, ¿habría alguien que por horriblemente fea que fuera su hija se determinase a casarla con un leproso?

Pet. Nadie al que le quedase un adarme de juicio. Yo de mí te sé decir que aunque tuviera una hija cegatosa, coja, fea como el Tersites de Homero y, por añadidura, sin un maravedí de dote, rechazaría a un yerno por este estilo.

Gab. Y ten presente que el morbo de este hombre es mucho más dañino que la lepra, porque se contagia con más facilidad, se arraiga de un modo extraordinario y mata con harta frecuencia, mientras que la lepra no es

raro que deje al enfermo vivir hasta una edad muy avanzada.

Pet. Quizá los padres ignorasen que tenía esa enfermedad.

Gab. ¿Los padres?; lo sabían muy bien.

Pet. Pues si tan mal querían a su hija, ¿por qué, antes de casarla así, no la arrojaron al Escalda metida en un saco?

Gab. Hubiera sido menor insensatez.

Pet. Pero ¿qué vieron de bueno en tal esposo?; ¿ha sobresalido quizá en algún oficio?

Gab. ¡En muchos!: es excelentísimo tahur, bebedor invencible, gran parroquiano de los burdeles, eximio maestro en el mentir, reputadísimo ladrón, derrochador sempiterno y comilón insaciable; finalmente, si las artes liberales que enseñan en las escuelas no son más que siete, éste sabe más de diez iliberales.

Pet. Forzosamente, le ha de adornar alguna prenda recomendable para que los padres le hayan querido por yerno.

Gab. Ninguna otra que la de ser caballero de ilustre prosapia.

Pet. ¡Vaya un caballero, que por causa de sus lacras no puede tenerse en la silla! Acaso poseerá buenas fincas.

Gab. Las poseyó, aunque medianas, pero de todas ellas, y como consecuencia de su vida de crápula, no le queda más que un castillo de mala muerte desde el cual suele salir a los caminos a saltear a los pasajeros, y aun ése tan ruinoso que no sirve ni para cubil; no obstante, él siempre está hablando de su fortaleza, de sus feudos y de otras magnificencias de esta guisa, y no hay rincón alguno en el que no plante los blasones de su casa.

Pet. ¿Cuáles son?

Gab. Tres elefantes de oro en campo de gules.

Pet. Los elefantes convienen con el aspecto que le ha dado su enfermedad, y las gules querrán decir que es sanguinario.

Gab. Mejor dirías vinario, porque el vino tinto le gusta con pasión; por eso le ves de ese color.

Pet. Para beber le vendrán muy bien las trompas de aquellos animales.

Gab. ¡Ya lo creo!

Pet. Por tanto; los emblemas de su escudo le proclaman consumado granuja envasador de mosto, porque las gules no indican sangre, sino vino, y los elefantes de oro significan que cuanto dinero cae en sus manos lo gasta en bebida.

Gab. Ni más, ni menos.

Pet. Y ese *miles gloriosus,* ¿qué dote le ha dado a su mujer?

Gab. La mayor...

Pet. ¿Cómo la mayor, siendo un manirroto?

Gab. No me has dejado acabar: iba a decir la mayor y más abominable sarna de que hay memoria.

Pet. ¡Que aquí me caiga muerto, si no preferiría casar a mi hija con un caballo antes que con semejante caballero!

Gab. Yo antes la casaba con un fraile, porque eso no es un hombre, es un difunto. Y ahora dime, Petronio: si tú llegas a ver aquel espectáculo, ¿hubieras podido contener las lágrimas?

Pet. ¡Qué había de poder, si con sólo oírte se me arrasan los ojos! Pero esos padres, ¿fueron hasta tal punto sordos a los más tiernos sentimientos del alma que a la única hija que tienen, tan bella, tan buena, de tan excelente conducta, la hayan hecho esclava de un estafermo, no más que por la vanagloria de sus blasones?

Gab. Y es lo peor que los grandes señores parecen tomar a juego este nuevo morbo, sin duda el mayor, el más virulento y el más fiero de cuantos existen, siendo así que a los que por su cuna están llamados a gobernar los pueblos les importa mucho gozar de próspera salud, porque si la condición del cuerpo afecta a la condición moral, esta dolencia ataca al cerebro fuertemente, y si

la padece el que rige la república, claudicará del cuerpo y del ánimo.

Pet. A los que llevan el timón del gobierno, no solamente les conviene tener íntegras sus facultades mentales y disfrutar de cabal salud, sino también distinguirse del vulgo por la nobleza y dignidad de su presencia, pues aun cuando sus primeras y principales cualidades deben ser la rectitud y la sabiduría, no han de estimarse, sin embargo, como indiferentes su porte y su figura, porque si fuere inhumano, la deformidad del cuerpo habrá de hacer más intensos los odios que suscite, y si probo y clemente, la buena disposición y gallardía de su persona darán mayor realce a las mercedes que dispense.

Gab. Muy cierto.

Pet. Pero, volviendo a nuestro asunto: ¿no deploran su mala suerte los que después de casados enferman de la lepra o de la gota coral?

Gab. ¡Y con harta razón!

Pet. Luego, ¿no es una locura entregar la hija al que adolece de un achaque que es más aterrador que el del leproso?

Gab. Es más que locura a mi entender, amigo Petronio, porque el que teniendo una perra de buena casta quisiera cachorros de la misma sangre, ¿no cuidaría de que el padre no fuere un can famélico y sarnoso?

Pet. Sin duda que cuidaría, para que no degenerase la raza.

Gab. Y si uno quisiera mejorar la casta de sus caballos y tuviera una hermosísima yegua, ¿dejaría que el padre fuese un mal rocín?

Pet. Claro que no y hasta evitaría que en la caballeriza hubiera un caballo enfermo, por el peligro que correrían los demás.

Gab. Y, en cambio, hoy no se repara en el hombre a quien se le da una hija en matrimonio, cuando de la unión de esos dos seres han de nacer los que les hereden en su hacienda y acaso los que ocupen algún día las más altas magistraturas del Estado.

Pet. Hasta los labradores tienen gran cuenta con el toro, con el caballo y con el verraco que destinan a las vacas, a las yeguas, y a las puercas, y eso que no se proponen fines de mayor momento que los de que los bueyes sirvan para el arado, los caballos para tirar del carro y los puercos para la mesa.

Gab. Pues ahora fíjate en lo absurda que es a veces la condición humana: si un villano besa a una doncella noble, repútase la acción como una grande injuria que hay que vengar con las armas.

Pet. ¡Y severamente!

Gab. Sin embargo, los que de tal modo piensan y proceden son los mismos que con plena voluntad, con pleno conocimiento, con pleno propósito entregan lo más querido a un libertino execrable y llenan de oprobio a su familia en lo privado, y públicamente a la ciudad.

Pet. Si se tiene a mengua casar a una hija con un cojo, aunque esté sano de todos los demás miembros, ¿cómo es que se transije tan fácilmente con el que padece de este mal?

Gab. Casarla con un franciscano reputaríase sacrilegio y todos compadecerían a la desdichada; y no obstante, el fraile, fuera del hábito, podría ser un cumplidísimo varón, mientras que a la infeliz hija de Lampidio se la condena de por vida a convivir con una larva espantable. A la que se casa con uno que recibió órdenes sagradas suelen darle cantaleta con la tonsura, pero ésta tiene que aguantar una tonsura muchísimo peor.

Pet. No hacen tanto los enemigos con las jóvenes a quienes cogen prisioneras en la guerra, ni los piratas con las cautivas, y ¿es posible que a los padres que tal hacen con su hija ni siquiera les provea el magistrado de un curador ejemplar?

Gab. ¿Cómo quieres que el médico cure a un loco si él está loco también?

Pet. Es la pura verdad, porque lo que más sorprende es que aquellos a cuyo cargo corre el gobierno de los pueblos se preocupen de todo menos de lo que toca a la

salud, con ser ésta lo primero a que debieran atender, y aunque saben que el terrible azote ha infectado ya una buena parte del mundo, ellos permanecen cruzados de brazos cual si fuera cosa baladí.

Gab. De los gobernantes, Petronio amigo, hay que hablar con respeto; pero acércate y te diré al oído dos palabras.

.....

Pet. ¡Qué atrocidad! ¡Ojalá te equivoques!

Gab. ¿Cuántas enfermedades piensas tú que provienen de beber vinos adulterados y compuestos de mil modos?

Pet. Dicen los médicos que son innumerables.

Gab. Y los ediles, ¿no velan sobre este ramo de la policía?

Pet. ¡Ya lo creo que velan!; ¡y buenas multas que imponen!

Gab. Si la que se casa con un enfermo lo hizo sabiendo que lo estaba, quizá sea merecedora de su desgracia, puesto que ella quiso acarreársela, aunque si yo fuera gobernante prohibiría a ambos cónyuges el trato con las gentes; pero si el esposo la hubiera engañado diciéndole que estaba sano, y el sumo pontífice delegase en mí sus facultades, yo anularía el matrimonio así constasen las capitulaciones en trescientas escrituras.

Pet. ¿Y en qué te ibas a fundar?, porque el matrimonio legítimamente contraído no puede disolverse.

Gab. ¡Cómo! ¿A ti te parece que debe reputarse legítimamente contraído el matrimonio en que hubo dolo malo?; es decir, que se considera nulo el matrimonio que una engañada doncella contrae con un siervo creyéndole libre, ¿y ha de ser válido cuando el esposo es siervo de un señor tan miserable como ese mal? Y advierte que esta esclavitud es tanto más dura cuanto que en ella no hay esperanza de manumisión, que siempre ayuda al siervo a conllevar con menor angustia las tristezas de su estado.

Pet. En efecto; ese fundamento no deja de ser sólido.

Gab. Además, el matrimonio solamente pueden contraerle los vivos y Bleno es un cadáver.

Pet. Esa es otra razón; ¿pero tú le permitirías en el caso de que ambos contrayentes padeciesen el mal, por aquello de *similia similibus?*

Gab. Lo permitiría, pero después, en nombre de la salud pública, los quemaría juntos.

Pet. Entonces no serías un gobernante, sino un cruelísimo Falaris.

Gab. ¿Y tú crees que es un Falaris el médico que amputa uno o más dedos o que cauteriza una parte del cuerpo para salvar el resto?; porque a esto yo no lo llamo crueldad, sino misericordia. Ojalá que lo que digo se hiciera con algunos al tiempo de nacer, pues de esta suerte, y al precio de la vida de unos pocos, se lograría la salud de todos; ejemplos de ello encontramos en la historia de Francia.

Pet. Acaso fuera más clemente hacerles imposible la generación o apartarle de sus conciudadanos.

Gab. Sí, pero, ¿qué harías con las hembras?

Pet. Coserlas.

Gab. Quizá fueran convenientes las medidas que propones, porque, como canta el refrán, *de tal árbol, tal fruto,* y reconozco que son de mayor clemencia que las mías; pero tú has de reconocer también que las que yo te he dicho son de mayor eficacia. Efectivamente: en lo que concierne a lo primero, te contestaré que aun los eunucos pueden trasmitir el virus, porque se comunica de muy varias maneras, como son por el beso, por la conversación, por el contacto, por los vasos en que se bebe, y, para colmo de desdichas, infunde en los enfermos no sé qué género de mala intención que consiste en el deseo vehementísimo de que a los demás se les pegue su ponzoña; y en cuanto a lo segundo, o sea el privarles del trato con las gentes, es indudable que podrían escaparse, y valiéndose de la oscuridad de la noche o de la

ignorancia, contagiar a muchos desventurados, mientras que quitándolos de en medio se acabó el peligro.

Pet. Confieso que es más seguro tu sistema, pero no sé si se compadece con la piedad cristiana.

Gab. Dime: ¿quiénes juzgas tú que son más temibles, los ladrones o los que sufren la enfermedad?

Pet. Estos últimos, ciertamente, porque el dinero no vale tanto como la salud.

Gab. Pues nosotros los cristianos llevamos a los ladrones al patíbulo y no decimos que sea crueldad, sino justicia, y hasta creemos cumplir un deber para con la patria.

Pet. Porque son malhechores y allí expían sus delitos.

Gab. ¿Y piensas que estos enfermos han realizado algún acto meritorio? Concedamos, sin embargo, que son muchos los que sin culpa suya contrajeron el morbo, aunque hallarás muy pocos de ellos en quienes la peste no se junte con la depravación de sus costumbres; ahora bien, los jurisconsultos enseñan que, a veces, es lícito dar muerte al inocente en nombre del interés supremo del Estado, y así vemos que los griegos, después de destruída Troya, mataron a Astianacte, hijo de Héctor, para que por causa suya no se renovase la guerra, y también dicen los doctores que muerto el tirano no debe estimarse como un crimen matar a sus hijos inocentes. ¡Cuántas guerras no sostenemos los cristianos, aun sabiendo que la mayor parte de las calamidades recaen precisamente sobre los que no cometieron ningún delito! Cosa análoga sucede con las llamadas represalias; y mientras los autores de tan grandes daños están en seguro, son expoliados los traficantes, y aquellos que ignoran hasta los motivos de la contienda sufren sus perjuicios como si fueran los causantes de ella. Pues si de medios tan implacables nos valemos en negocios que no revisten la máxima importancia, ¿qué crees tú que se ha de hacer en el caso de que tratamos, que es de los más pavorosos que pueden pensarse?

Pet. Tienes razón.

Gab. En Italia, tan pronto como aparecen los primeros chispazos de una peste, cierran las iglesias e incomunican con el público a los que asisten a los enfermos. No falta quien llame a esto inhumanidad, siendo así que no hay nada más humano, ya que con tales precauciones se consigue reducir el número de los que sucumben, y, en consecuencia, debe estimarse como humanidad verdadera la que ahorra tantas vidas. Creen también los italianos que no conviene que los huéspedes permanezcan muchas horas en la posada, y por eso, desde que empiezan a correr rumores de que hay peste, les echan a la calle al ponerse el sol y tienen que dormir al sereno, lo cual es, asimismo, humanidad, porque a costa de la molestia de unos cuantos se procura el bien general. Algunos jactanciosos alardean de ser varones esforzados y benéficos porque en tiempo de peste se atreven a acercarse a los apestados, aunque nada tengan que hacer allí; pero si al volver a su casa llevan el germen pernicioso a su mujer, a sus hijos o, quizá, a toda su familia, ¿puede concebirse algo más estúpido que su pretendido valor, ni nada más nocivo que su falsa filantropía, puesto que el uno y la otra los emplearon en poner en riesgo de muerte a quienes debieran ser sus prendas más queridas? Pues bien, el morbo de que venimos hablando es, sin comparación, mucho más peligroso que cualquiera otra peste, porque es raro que en las demás sean muy numerosos los casos de contagio en los que están próximos al enfermo, raro también que ataquen a los ancianos, viéndose, en cambio, a menudo que las personas atacadas sanan con rapidez y aun gozan después de más perfecta salud que la que antes tenían; pero aquel mal, ¿qué otra cosa es que una muerte continua o, mejor dicho, que una perpetua sepultura, si hasta los que la padecen hállanse siempre envueltos en lienzos y ungüentos semejándose a los muertos que antaño disponían para el sepulcro?

Pet. Exactísimo es lo que dices. En verdad que de-

bieran guardarse con esos enfermos idénticas precauciones a las que se guardan con los leprosos, y si tal rigor se considerase excesivo, por lo menos a ninguno habría de permitírsele que llevase la barba larga y descuidada o, de lo contrario, obligarle a que se afeitase él mismo.

Gab. ¿Y no te parecería bien que además se le obligase a llevar tapada la boca.

Pet. Echarían por las narices el resuello infecto.

Gab. Se me ocurre un remedio para evitarlo.

Pet. ¿Cuál?

Gab. Que se pongan una careta al modo de la que usan los alquimistas con unas ventanillas cerradas con vidrios para que puedan ver al través de ellos, y que respiren por boca y narices por medio de un cuerno, sujeto a la careta, que pasando por debajo del sobaco vaya a pasar a la espalda.

Pet. ¡Brava invención!; pero aún habría que temer que el contagio pudiera producirse por el contacto de las manos, por las ropas, por los peines, por las tijeras...

Gab. Tampoco sería malo que se dejasen crecer la barba hasta la rodilla.

Pet. Y después hacer una pragmática para que nadie les afeite ni les sangre.

Gab. Con eso condenabas al hambre a los barberos.

Pet. Bajando el precio de sus servicios harían más barbas.

Gab. Sin duda.

Pet. Inmediatamente se promulgaría otra pragmática para prohibir que beban dos por el mismo vaso.

Gab. Esa sería muy mal obedecida en Inglaterra.

Pet. Y otra para no permitir que se acuesten juntas dos personas no siendo marido y mujer.

Gab. Me parece muy bien.

Pet. Y otra para que no se consienta en las posadas que un huésped duerma en las mismas sábanas en que ha dormido otro.

Gab. ¿Y qué iban a hacer entonces los posaderos

alemanes que no lavan las sábanas más que una o, a lo sumo, dos veces al año?

Pet. Dar más trabajo a las lavanderas. Además debiera prohibirse la costumbre, aunque antiquísima, de besarse para saludar.

Gab. ¿Hasta en el templo?

Pet. Y, por último, mandar que cada cual no escriba más que en su pupitre.

Gab. ¿Y qué habría de hacerse para prevenir el peligro de la conversación con un apestado?

Pet. Que los que conversan cuiden, como dice Homero, de no tener juntas las cabezas y el que escucha de cerrar la boca.

Gab. Para tantas leyes no bastarían las Doce Tablas.

Pet. Y, entretanto que se dictan, ¿qué es lo que tú vas a aconsejar a esa pobre muchacha?

Gab. Que a mal tiempo ponga buena cara para que se le haga más llevadera su desgracia y que se defienda de las caricias de su cónyuge durmiendo con armadura.

Pet. ¿Adónde vas ahora?

Gab. Derecho a la Academia.

Pet. ¿Qué vas a hacer allí?

Gab. Me han pedido los novios que les haga un epitalamio, pero yo voy a escribirles el epitafio.

XVII

LOS PEREGRINOS

INTERLOCUTORES: *Arnoldo. Cornelio.*

Arnoldo. ¡Bien venido, Cornelio! ¡Dichosos los ojos que te ven!

Cornelio. ¡Bien hallado, amigo queridísimo!

Arn. Creíamos ya que no volvías; ¿en dónde has estado tanto tiempo?

Corn. En el infierno.

Arn. No has debido de andar muy lejos de él, porque vienes escuálido, macilento y descolorido.

Corn. Pues ahí tienes: no vengo del infierno, sino de Jerusalén.

Arn. ¿Y qué ventolera te dió de ir allá?

Corn. La misma que a otros muchos.

Arn. O sea la necedad.

Corn. Achaque que, como ves, no soy yo el único que lo padece.

Arn. ¿Y qué fuiste a buscar en Jerusalén?

Corn. La desgracia.

Arn. Para eso no tenías que salir de tu casa. Pero ¿has visto algo que te haya causado admiración?

Corn. Si he de hablar con sinceridad, te diré que casi nada. Allí enseñan unas antiguallas que, a mi juicio, no son más que supercherías dispuestas con el fin de engañar a los tontos y a los crédulos, y aun me parece que aquellas gentes no están seguras del lugar en que estuvo la primitiva Jerusalén.

Arn. Pero, en resumidas cuentas, ¿qué es lo que has visto?

Corn. Una insigne barbarie en todas partes.

Arn. ¿Y no vuelves más virtuoso de lo que fuiste?

Corn. Al contrario; en varios respectos vuelvo bastante peor.

Arn. Pero acaso traerás más repleta la bolsa.

Corn. Como camisa de reptil.

Arn. ¿Y no estás arrepentido de haber hecho en vano una peregrinación tan larga?

Corn. Ni me avergüenzo de ello, por ser infinitos los mentecatos que hacen lo mismo, ni tampoco me arrepiento, porque el arrepentimiento ya no me serviría para nada.

Arn. Pero de tantos trabajos, ¿no has sacado absolutamente provecho alguno?

Corn. Provecho, muchísimo.

Arn. ¿Cuál?

Corn. El de poder vivir de aquí en adelante más regocijado que viví hasta ahora.

Arn. Quizá por aquello de que es dulce recordar las penalidades después de pasadas.

Corn. Algo hay de eso, en efecto; pero no es por eso sólo.

Arn. ¿Te prometes, pues, alguna otra utilidad?

Corn. Sin duda.

Arn. ¿Y cuál es?

Corn. El gran regodeo que he de tener en hablar de mi romería y mentir gentilmente cuantas veces se ofrezca o me venga en gana, así en los banquetes, como en las pláticas con los amigos.

Arn. Pues mira, no dices del todo mal.

Corn. Cree que me holgaré no poco contando mis andanzas cuando algunos de los presentes hablen, como suelen, de lo que no vieron ni oyeron en su vida, singularmente si son de los que aun tratándose de las más absurdas invenciones, mienten con tal aplomo, que hasta ellos mismos acaban por creer que fueron ciertas.

Arn. Menos mal si con eso te diviertes, porque así no habrás perdido del todo el tiempo y el dinero.

Corn. Y aun pienso que esto es más honrado que lo que hacen aquellos que por un mezquino estipendio se enganchan en la milicia, que es la escuela de todos los desafueros.

Arn. Sin embargo, es gusto muy bellaco buscar solaz en la mentira.

Corn. Menos bellaco que buscarlo en engañar a los otros, o en consentir que ellos nos engañen en el juego, donde también se pierden la hacienda y el tiempo.

Arn. Acaso tengas razón.

Corn. Pues todavía he sacado otro fruto de mi viaje.

Arn. ¿Qué fruto es?

Corn. Que si alguna vez viese a un verdadero amigo inclinado a hacer el mismo desatino que yo hice, trataría de persuadirle a que se quedase en su casa, al modo que los navegantes que escaparon con vida del naufragio, descubren a los que quieren embarcarse los peligros a que se exponen.

Arn. ¡Ojalá hubiera yo hecho eso contigo en sazón oportuna!

Corn. ¡Cómo! ¿También tú has padecido la misma enfermedad? ¿También a ti te alcanzó el contagio?

Arn. ¡Ya lo creo! He ido en peregrinación a Roma y a Compostela.

Corn. ¡Alabado sea Dios! ¡Cuánto me complace tenerte por cofrade en la majadería! Pero, ¿qué Minerva te inspiró tal pensamiento?

Arn. No fué Minerva, a lo que creo, sino la Estulticia en persona, porque tenía entonces mujer moza, hijos y otros deudos, a todos los cuales atendía con mi trabajo.

Corn. De mucho momento debió de ser la causa que te movió a separarte de los tuyos. Cuéntame cómo fué.

Arn. Me da vergüenza.

Corn. No debe dártela ante mí que he cojeado del mismo pie.

Arn. Pues verás. Nos hallábamos bebiendo varios amigos, y cuando el vino comenzó a subirse a las cabezas, uno de ellos dijo que tenía el designio de ir a Compostela a visitar el sepulcro de Santiago, otro dijo que él también lo tenía de ir a Roma a visitar el de San Pedro, y no faltaron algunos que se ofrecieron a acompañar al uno o al otro; en resolución: determináronse a ir todos, y yo tuve que hacer lo que los demás para que no me tildasen de mal compañero de taberna. Tratóse en seguida de si sería mejor ir a Roma o a Compostela, y la cuestión se dirimió conviniendo en ir a los dos sitios y en emprender el viaje al siguiente día.

Corn. ¡Altísimo consejo digno de grabarse en cubas, más bien que en bronces!

Arn. Tras de ello, comenzó a andar a la redonda un enorme cuenco de vino del que fuimos bebiendo por vez, y, acabada esta faena, quedó hecho por todos el solemne voto.

Corn. ¡Novísimo estilo de devoción! ¿Y habéis vuelto incólumes todos los que marchasteis?

Arn. Todos menos tres, porque el uno murió en el camino, encargándonos que, en su nombre, visitásemos los sepulcros de ambos apóstoles; el otro la entregó en Roma, encomendándonos traer su último recuerdo a su mujer y a sus hijos; y el tercero, en fin, tuvo que quedarse en Florencia muy gravemente enfermo, hasta el punto de que supongo que a estas horas ya estará su alma en el Cielo.

Corn. ¿Tan piadoso era?

Arn. Al contrario; era un grandísimo bribón.

Corn. ¿Entonces por qué presumes que estará en el Cielo?

Arn. Porque llevaba las alforjas atiborradas de amplísimas indulgencias.

Corn. Sí, pero el camino del Cielo es largo y, según he oído decir, hállase poco protegido contra los ladronzuelos que andan por la región media del aire.

Arn. Es verdad; pero ese que te digo iba bien guardado con las bulas que llevaba.

Corn. ¿En qué lengua estaban escritas?

Arn. En latín.

Corn. ¿Y bastábanle para su seguridad?

Arn. Naturalmente. A menos de que cayesen en manos de alguno que no supiera latín, porque, en tal caso, le habrá sido preciso volver a Roma a pedir otras bulas.

Corn. Pero, qué, ¿en Roma venden bulas a los difuntos?

Arn. Muchísimas.

Corn. Te aconsejo que no te dejes ir de la lengua, porque las paredes oyen.

Arn. Yo nada digo contra las indulgencias; únicamente me río de la estupidez de mis camaradas, entre los cuales había algunos desalmados que no teniendo el diablo por dónde desecharlos, fiaban absolutamente la salvación de su alma a un pergamino, en vez de fiarla a la rectitud de sus propósitos. Pero, dejando esto a un lado, ¿cuándo comenzaremos a gozar de la diversión de que antes hablabas?

Corn. En cuanto haya ocasión. Prepararemos una bebienda; llamaremos a unos cuantos amigos devotos del mosto; tú y yo nos echaremos a ver quién miente más, y nos reiremos de lo lindo con nuestras bolas.

Arn. ¡Pues, a ello!

XVIII

LA NOVICIA SIN VOCACION

INTERLOCUTORES: *Eubulo. Catalina.*

Eubulo. Dios me depare siempre tales porteras.

Catalina. Y a mí tales visitas que llamen a mi puerta.

Eub. Pero..., ¿qué te pasa?... ¡Queda con Dios, Catalina!

Cat. ¿Te despides de mí antes de saludarme?

Eub. ¡Naturalmente!; no he venido aquí para hacerte llorar. ¿Cómo no he de marcharme, cuando advierto que apenas me has visto entrar se te han arrasado en lágrimas los ojos?

Cat. ¡No te vayas, espera! ¡Espera, te digo! Yo secaré mi llanto y verás en mi rostro la alegría.

Eub. ¿Qué pajarracos son esos?

Cat. El prior del convento y sus muñidores; no te marches; no tardarán en irse, porque ya han bebido. Siéntate un momento, y en cuanto salgan hablaremos como de costumbre.

Eub. Te obedeceré, aunque tú no hiciste ningún caso de mis consejos.

.....

Ea, ya estamos solos. Cuéntame ahora todo lo sucedido; prefiero saberlo por ti a saberlo por otra persona.

Cat. Pues te diré que de tantos amigos, a quienes tenía por sapientísimos varones, no ha habido ninguno que me aconsejase con mayor prudencia y sensatez que tú, a pesar de ser el de menos edad de todos ellos.

Eub. ¿Cómo lograste vencer la oposición de tus padres?

Cat. Primeramente, transigió mi madre a fuerza de escuchar el continuo sermoneo de frailes y monjas, al que yo apoyaba con mis ruegos y caricias; pero no nos fué posible alcanzar la aquiescencia de mi padre, aunque, al cabo, no pudiendo resistir el asedio de tan denodado ejército, tuvo que declararse vencido muy contra su voluntad. Pero esto se hizo *inter pocula,* y amenazándole con que su fin sería funestísimo si se obstinaba en denegar a Cristo una nueva esposa.

Eub. ¡Oh, perversidad de los imbéciles! ¿Y después?

Cat. Me tuvieron tres días encerrada en casa, y en todo aquel tiempo nunca dejaron de acompañarme algunas de las que en ese convento llaman conversas, las cuales me exhortaban constantemente a perseverar en mi santo propósito y cuidaban con gran solicitud de que ningún pariente o amigo pudiera hacérmelo mudar. Mientras tanto, dedicábanse a disponer mis galas, así como los menesteres concernientes al convite.

Eub. ¿No hubo alguna vacilación en tu ánimo?

Cat. No, pero sufrí tan horriblemente, que antes querría morir que padecer de nuevo lo que entonces padecí.

Eub. Pues ¿qué era lo que sentías?

Cat. No debo decírtelo.

Eub. Piensa que lo que me digas se lo dices a tu mejor amigo.

Cat. ¿Me prometes guardar el secreto?

Eub. Lo guardaría sin prometerlo: ¿aún no me conoces bien?

Cat. Pues escucha: se me apareció un horroroso espectro.

Eub. Sin duda, tu espíritu malo, que quería hacerte claudicar.

Cat. Creo más bien que fuera un demonio.

Eub. ¿Cómo era?; ¿tenía, acaso, la fea catadura

con que nos le pintan de ordinario, o sea el pico corvo, dos cuernos enormes, garras de harpía y un larguísimo rabo?

Cat. No lo tomes en broma; yo te juro que preferiría que me tragase la tierra a verlo otra vez.

Eub. Y dime: cuando se te apareció la visión, ¿estaban allí las dueñas exhortadoras?

Cat. No, ni nunca quise hablarles de tal cosa, aunque al hallarme desmayada mostraron gran curiosidad por conocer el motivo del accidente.

Eub. ¿Quieres que te diga lo que fué?

Cat. Dímelo, si lo sabes.

Eub. Pues que aquellas mujeres te encantaron, o, mejor dicho, te trastornaron la cabeza. Y luego, ¿no advertiste algún quebranto en la firmeza de tu intención?

Cat. No, porque oí decir que tales achaques son muy frecuentes en las que se consagran a Jesucristo, pero que la que consigue vencer la primera tentación del enemigo ya está asegurada para siempre.

Eub. Te llevarían al convento con gran pompa, ¿no es así?

Cat. Me vistieron con mis mejores galas, me adornaron con mis joyas más valiosas y dejaron suelta mi cabellera, no de otra suerte que si me fuera a casar.

Eub. (¡Sí, con algún frailazo...!) ¡Ejém, ejém...! ¡Maldita tos!

Cat. Y en pleno día salí de casa de mis padres, camino del convento, con un lucido cortejo de invitados a la ceremonia.

Eub. ¡Oh, habilísimos histriones, que no quieren representar sus farsas para el vulgo! ¿Cuánto tiempo estuviste en aquel sagrado asilo de las vírgenes?

Cat. Unos doce días.

Eub. ¿Y qué fué lo que motivó el cambio de tu ánimo, estando, como estabas, tan decidida?

Cat. Tuve razones muy poderosas. A los seis días de haber entrado en el convento, fué mi madre a visitarme, y le rogué por Dios y por todos los santos que me

sacase de allí si no quería verme muerta, pero negóse a ello y se esforzó en convencerme de que debía perseverar en mi primera determinación. Llegó después mi padre, a quien le pedí lo mismo y me contestó muy enojado que ya que él había tenido que sacrificar su voluntad y sus afectos, era preciso que me sacrificase yo también y no diera el escándalo de salirme del convento. Cuando vi que de nada aprovechaban mis lágrimas y súplicas, les dije a mis padres que si tal era su resolución, yo me resignaría a obedecerles, pero que tuviesen mi muerte por segura. Entonces me volvieron a casa.

Eub. Grandemente venturoso fué para ti que cayeses en la cuenta antes de pronunciar los votos solemnes que te hubieran obligado a perpetua reclusión. Pero no me has dicho todavía la causa de tan súbita mudanza.

Cat. A nadie se la he dicho, ni a ti te la diré tampoco.

Eub. ¿Y si la adivino?

Cat. No la adivinarás, pero, en todo caso, yo no he de confesarla.

Eub. Pues bien, yo creo que te birlaron la dote.

Cat. ¡Más de cuarenta coronas!

Eub. ¡Estómagos insaciables! No obstante, celebro de todo corazón que volase tu dinero con tal de que tú hayas vuelto a nosotros sana y salva; pero sírvate de escarmiento para que, en adelante, prestes más atención a los que bien te aconsejan.

Cat. Pierde cuidado; ¡nunca más perro al molino!

XIX

LOS FRANCISCANOS

INTERLOCUTORES: *Fray Conrado, franciscano; Fray Bernardo, íd. El Cura párroco. El Mesonero. La Mesonera.*

Fr. Conrado. Un párroco, si es buen pastor, debe dar posada al peregrino.

Párroco. Soy pastor de ovejas, y por eso detesto a los lobos.

Fr. Conr. Quizá no hagas lo mismo con las lobas. Pero dime, ¿por qué nos tienes tan grande ojeriza que nos niegas hasta el albergue, pues cena no te pedimos?

Párr. Porque si vieseis en mi casa alguna sobrina o algunos sobrinillos, lo parlaríais mañana desde el púlpito, que éste es el pago que vosotros soléis dar a quien os acoge bajo su techo.

Fr. Conr. No todos somos iguales.

Párr. Comoquiera que seáis, yo no me fiaría ni del mismo San Pedro, si le viera en ese hábito.

Fr. Conr. En tal caso, haz el favor de decirnos en dónde podremos pasar la noche.

Párr. Un mesón hay en este pueblo.

Fr. Conr. ¿Qué muestra tiene?

Párr. Una tabla colgada, en la que está pintado un perro que lame una olla y un lobo que lleva el libro de cuentas.

Fr. Conr. ¡Bellaca muestra, en verdad!

Párr. ¡Ea, pasadlo bien!

Fr. Bernardo. ¡Vaya un pastor de almas!: capaz sería de dejarnos morir de hambre.

Fr. Conr. Si atiende a sus ovejas con el mismo celo que a nosotros, no estarán muy gordas, a fe mía.

Fr. Bern. ¡Cómo ha de ser! ¿Y qué hacemos ahora?

Fr. Conr. Perder la vergüenza.

Fr. Bern. Cierto que la vergüenza es inútil cuando aprieta la necesidad.

Fr. Conr. Sin duda; pero San Francisco vendrá en nuestro auxilio.

Fr. Bern. Ya que la Fortuna nos haya abandonado.

Fr. Conr. Lo mejor será no llamar a la puerta ni esperar a que el mesonero salga a ver quién es, sino colarnos de rondón en la cocina, porque, una vez que estemos allí, ya no nos dejaremos echar tan fácilmente.

Fr. Bern. No es muy digno, que digamos, entrar de ese modo.

Fr. Conr. Convendrás, sin embargo, en que es preferible a quedarse al sereno y morir de frío. Dejemos, pues, la vergüenza en las alforjas y mañana la volveremos a coger, si nos hace falta.

Mesonero. ¡Quién va allá! ¡Quién se entra así por las puertas de mi casa!

Fr. Conr. Dos siervos de Dios e hijos de San Francisco, buen hombre.

Mes. No sé si Dios gustará o no de tales siervos, pero lo que sí sé es que yo no los querría a mi servicio.

Fr. Conr. ¿Por qué?

Mes. Porque para comer y beber cada uno de vosotros vale por dos, pero cuando tocan a trabajar, ni tenéis manos ni pies. Conque, ¿hijos de San Francisco, eh? Pues si en vuestros sermones afirmáis que el santo conservó siempre su pureza, ¿cómo es que dejó tanta prole?

Fr. Conr. Hijos somos en el espíritu, no en la carne.

Mes. Menguado padre fué entonces, porque lo peor que hay en vosotros es el alma. En cambio, por lo que

hace al cuerpo, gozáis de más fortaleza de la que nos convendría a los que tenemos hijas y mujer.

Fr. Conr. Tú piensas, acaso, que pertenecemos al número de aquellos por quienes se ha relajado la regla de nuestra orden, pero has de saber que somos rigurosos observantes.

Mes. También yo lo soy de que no me causéis perjuicio, y también habéis de saber que no hay nadie en el mundo que me sea más aborrecible que vosotros.

Fr. Conr. ¿Y por qué?

Mes. Porque traéis buenos dientes para comer lo que os den, pero no dinero para pagarlo, y los huéspedes de esta guisa no me tienen cuenta ninguna.

Fr. Conr. Trabajamos para los demás.

Mes. ¿Queréis saber cómo trabajáis vosotros?

Fr. Conr. Dilo.

Mes. Pues mirad esa pintura que está a vuestra izquierda: ahí veréis una zorra vestida de fraile que echa un sermón, pero reparad en que por la capilla le asoma la cabeza de un ganso; más allá, veis un lobo, con el mismo hábito, absolviendo a un penitente, mas se le advierte el bulto que le hace una oveja que lleva debajo del sayal; en esotra parte hay una mona con vestiduras franciscanas que asiste a un moribundo, y mientras que en una mano tiene la cruz, introduce la otra en la bolsa del paciente.

Fr. Conr. No te niego que este hábito encubre, a veces, lobos, zorras y monas, y aun puercos, canes, asnos y basiliscos; pero no es menos cierto que con él se visten también varones de vida ejemplarísima. El hábito a nadie le hace ni mejor ni peor de lo qu es, y por eso no debe juzgarse por el vestido de la calidad de las personas, pues, de otro modo, sería execrable ese que tú llevas, ya que es idéntico al de muchos ladrones, homicidas, adúlteros y hechiceros.

Mes. ¡Bueno, bueno!; no reñiremos por el hábito, con tal de que me paguéis el hospedaje.

Fr. Conr. Te lo pagaremos pidiendo a Dios por ti.

Mes. Entonces yo le pediré por vosotros, y en paz.

Fr. Conr. El dinero no a todos se ha de exigir.

Mes. ¿Y por qué se os prohibe llevarlo?

Fr. Conr. Porque repugna a la misión que tenemos que cumplir en este mundo.

Mes. Pues también repugna a la mía recibir huéspedes gorrones.

Fr. Conr. Nuestra regla nos manda no tocar la moneda.

Mes. La mía me manda a mí todo lo contrario.

Fr. Conr. ¿Y qué regla es la tuya?

Mes. Lee la copla que allí ves:

Huésped: cuando en esta mesa
hayas llenado la andorga,
no te levantes de aquí
mientras no pagues la costa.

Fr. Conr. Es que nosotros no haremos costa alguna.

Mes. Los que no hacen costa tampoco hacen provecho.

Fr. Conr. Dios te pagará el bien que nos dispenses.

Mes. Con esa paga no mantengo yo a la familia.

Fr. Conr. Déjanos recogernos en aquel rincón de la cocina y a nadie causaremos la más mínima molestia.

Mes. Mi cocina no es para la gente de vuestra condición.

Fr. Conr. ¡De modo, que así nos arrojas de tu casa en una noche como ésta y nos pones en riesgo de que los lobos nos devoren!

Mes. Lobos con lobos no riñen.

Fr. Conr. ¡Semejante crueldad no se tendría ni con los turcos! ¡Al fin y al cabo, somos seres humanos!

Mes. ¡Como si hablaseis con la pared!

Fr. Conr. Es decir, que en tanto que tú duermes bien abrigado ahí detrás del fogón, a nosotros nos condenas a perecer de frío, si es que escapamos de los lobos.

Mes. Así vivió nuestro padre Adán en el Paraíso

Fr. Conr. Vivió así cuando era inocente.

Mes. Yo también lo soy.

Fr. Conr. Quizá lo seas, quitada la primera sílaba; pero piensa que si tú nos echas de tu paraíso, tampoco Dios te admitirá en el suyo.

Mes. ¡Mira cómo hablas!

Mesonera. Marido, más te valiera hacerles el beneficio que te piden a cuenta de tus fechorías; déjales que pasen la noche en la cocina, porque parecen gentes honradas y quién sabe si esto te traerá buena suerte.

Mes. ¡Ya pareció la madre predicadora! Me da en la nariz que estabais conchabados para representar esta comedia. ¡Pues mira, me place muy poco oir de tu boca esas alabanzas!

Mes.ª No hay tal; lo que te digo es que consideres las muchas veces que tú habrás pecado en el juego, en la taberna, en las porfías y en las camorras, y que así no te estaría mal redimir alguna de tus culpas con la obra de caridad de no echar de casa a estos hermanos, a quienes acaso llames para que te ayuden en tu última hora. ¿Serás capaz de dejarles al raso, cuando abres las puertas del mesón a tantos granujas y chocarreros?

Mes. ¿Pero quién te ha encargado a ti de predicarnos ese sermón? ¡Largo de aquí, a cuidar de la olla!

Mes.ª ¡Ya voy, hombre, ya voy!

Fr. Bern. Me parece que se va pasando la tormenta y que, al fin, ha de venirse a buenas. Oye, ya se pone la camisa.

Fr. Conr. Y comienzan a aderezar la mesa. Suerte ha sido para nosotros que no haya llegado ningún huésped, porque, en otro caso, nos pone de patas en la calle.

Fr. Bern. Pues no fuimos menos afortunados en traer la cantimplora del vino y la pierna de carnero asada, porque este hombre, por las trazas, no quiere darnos ni hierba. Pongámonos nosotros a este extremo de la mesa para no incomodar a nadie.

Mes. No sé por qué se me figura que es vuestra la

culpa de que hoy no haya aquí más personas que las de mi casa y vosotros, que maldita la ganancia que me deparáis.

Fr. Conr. Échanos la culpa enhorabuena, si tal mengua de huéspedes no te ha ocurrido hasta ahora.

Mes. ¡Por desventura mía, me ocurre más veces de las que yo quisiera!

Fr. Conr. No te aflijas, que Jesucristo nunca abandona a los suyos.

Mes. He oído decir por ahí que os llamáis varones evangélicos; pero el Evangelio reza que el Divino Maestro prohibió a los Apóstoles llevar alforjas en sus viajes y, por lo que veo, vosotros convertís en alforjas hasta las mangas del hábito y traéis, no solamente pan, sino también vino y buenas tajadas.

Fr. Conr. Toma de ello, si gustas.

Mes. ¡Bravo vino! Al lado de éste, es agua el que yo vendo.

Fr. Corn. Prueba también la carne; a nosotros nos sobra.

Mes. ¡Oh, felicísimos mendicantes y qué bien provistos andáis, mientras que mi mujer no ha podido echar hoy a la olla más que unas berzas y unas miajas de tocino rancio!

Fr. Conr. Juntemos las cenas, si queréis; a nosotros lo mismo nos da comer de esto que de aquello.

Mes. Pues entonces, ¿por qué no echáis en las alforjas berzas y vino tan malo como el mío?

Fr. Conr. Porque eso fué lo que nos hicieron la caridad de poner en ellas los dueños de la casa en que comimos esta mañana.

Mes. ¿Y comísteis de balde?

Fr. Conr. Y aún nos dieron las gracias por haber comido allí; además, al salir, nos socorrieron con estas viandas.

Mes. ¿De dónde venís?

Fr. Conr. De Basilea.

Mes. ¡Santa María!, ¿de tan lejos?

Fr. Conr. No está cerca, en verdad.

Mes. ¿Quiéres decirme qué clase de hombres sois vosotros que así emprendéis tales jornadas sin caballerías, sin dinero, sin criados, sin armas y sin repuesto?

Fr. Conr. Imitamos, aunque imperfectamente, la vida evangélica.

Mes. Más bien me parece a mí que imitáis la de los bigardos que andan por los caminos con el morral a cuestas.

Fr. Conr. Así andaban los Apóstoles y así anduvo nuestro Señor Jesucristo.

Mes. ¿Sabéis echar la buena ventura?

Fr. Conr. ¡Qué hemos de saber, hombre de Dios!

Mes. Entonces, ¿de dónde os viene la pitanza?

Fr. Conr. De Aquél que nos la prometió.

Mes. ¿Y quién es *aquél?*

Fr. Conr. El que dijo *No os congojéis por vuestra vida...; todas estas cosas se os darán por añadidura.*

Mes. Eso prometió, pero fué a los que buscan primeramente el Reino de Dios.

Fr. Conr. En buscarlo ponemos todo nuestro afán.

Mes. Mas lo que yo digo es que los Apóstoles hacían milagros y sanaban a los enfermos, con lo cual no es extraño que por dondequiera les proveyesen de alimento; pero vosotros no hacéis nada de esto.

Fr. Conr. Podríamos hacerlo si llegásemos a igualar en santidad a los Apóstoles. Debes saber, sin embargo, que la virtud de los milagros fué concedida para los tiempos en que era preciso combatir con la incredulidad, y que en los nuestros ya no son necesarios, pues basta con vivir piadosamente. Después de todo, créeme que no pocas veces es mejor estar enfermo que disfrutar de buena salud, y preferible la muerte a la vida.

Mes. ¿En qué os ocupáis entonces?

Fr. Conr. En lo que podemos, cada uno según sus fuerzas y el don particular que recibió del cielo: consolamos al triste, damos buen consejo cuando es menester, corregimos al que yerra, predicamos en los lu-

gares que tienen párrocos mudos (que así llamamos a los que no predican), y si no se ofrece ocasión de emplearnos en nada de esto, procuramos, por lo menos, no hacer daño a nadie ni con obras ni con palabras.

Mes. ¿Por qué no nos predicáis el sermón de mañana, que es día de fiesta?

Fr. Conr. ¿Pues qué fiesta es?

Mes. La de San Antonio Abad.

Fr. Conr. Perfectísimo varón fué ése; pero, ¿de dónde le viene la fiesta?

Mes. Yo te lo diré: en este pueblo críanse muchos puercos, porque en las cercanías hay un encinar que produce abundantísima bellota, y como creen las gentes que San Antonio es el abogado de aquellos animales, le dan culto y le hacen su fiesta para tenerle propicio.

Fr. Conr. ¡Ojalá le dieran el culto verdadero!

Mes. ¿Qué culto?

Fr. Conr. Imitar su vida, que es el mejor modo de honrar a los santos.

Mes. Pues ese día arde este lugar en bailes, juegos, borracheras, pendencias y estacazos.

Fr. Conr. De la propia suerte celebraban los gentiles las fiestas de Baco, y me maravillo de que el santo proteja a los que son más bestias que los puercos que crían. ¿Y vuestro cura, es bueno o malo?

Mes. No sé cómo será para los demás, pero para mí no puede ser mejor, porque viene todos los días a beber a este mesón y no hay otro que me traiga tantos ni tan provechosos parroquianos, con lo cual prospera mi hacienda. Por cierto, que me extraña que no esté ya aquí.

Fr. Conr. Pues con nosotros no se mostró nada caritativo.

Mes. ¡Cómo!, ¿habéis hablado con él?

Fr. Conr. Fuimos a pedirle albergue por esta noche, pero nos echó con cajas destempladas y nos dijo que viniésemos a tu casa.

Mes. ¡Ja, ja, ja! Ahora comprendo por qué no ha querido venir: porque sabe que estáis vosotros.

Fr. Conr. ¿Es también de la cofradía de los *mudos?*

Mes. ¿Mudo?; no hay mayor charlatán que él de cuantos se juntan en esta cocina, y en la iglesia da cada voz que atruena. Predicar nunca le oí. Pero si habéis hablado con él, ya veríais que no es mudo.

Fr. Conr. ¿Y es muy versado en la Sagrada Escritura?

Mes. El dice que lo es por extremo, pero se conoce que el que se la enseñó, lo hizo bajo secreto de confesión y, por tanto, a nadie puede revelarlo; en fin, como canta el refrán, *a tal cazuela, tal cobertera;* a tal pueblo, tal cura.

Fr. Conr. ¿Crees que consentirá en que nosotros prediquemos?

Mes. De eso me encargo yo; pero me habéis de dar palabra de no decir nada que le ofenda, como soléis hacer.

Fr. Conr. Mal obran los que así proceden. Yo no acostumbro a amonestar a los párrocos más que cuando hallo causa muy justificada, y siempre a solas; lo demás es cosa del obispo.

Mes. *¡Rara avis!* Veo que sois de los buenos. Pero quisiera que me dijeseis por qué os vestís de esa manera tan extraña, pues hay quienes, sólo por esto, juzgan que sois poco de fiar.

Fr. Conr. ¿Y de dónde sacan ese juicio?

Mes. No sé más sino que se lo he oído a muchos.

Fr. Conr. Otros, en cambio, solamente por vestir como vestimos, nos reputan santos; pero tanto yerran éstos como aquéllos, aunque el error de los segundos sea más piadoso.

Mes. Es verdad. ¿Y qué ventaja sacáis de vestir así?

Fr. Conr. ¿Qué piensas tú?

Mes. Yo no veo cuál sea la razón de que se vista

de otro modo que de aquel que todos visten de ordinario, aunque comprendo que sea preciso hacerlo en las comedias y en la guerra: en las comedias, porque hay en ellas varias clases de figuras, tales como santos, judíos y gentiles, a quienes conocemos y distinguimos por sus trajes; y en la guerra, porque vistiéndose con ropas diferentes, cada cual puede seguir su bandera y evitar de esta suerte el desorden y la confusión.

Fr. Conr. Así es; pero te advierto que este nuestro hábito es también de una milicia, en la cual, aunque tenemos diversos capitanes, todos servimos a un solo rey, que es Jesucristo. Pero, tornando al propósito, el vestido ha de reunir tres circunstancias.

Mes. ¿Cuáles son?

Fr. Conr. Que cumpla con su objeto principal, que sea adecuado a las necesidades particulares del que lo viste y que corresponda al decoro de la persona. Dime, ¿para qué comemos?

Mes. Para no morirnos de hambre.

Fr. Conr. Pues del mismo modo, nos vestimos para no morirnos de frío.

Mes. Cierto.

Fr. Conr. Y, para tal fin, mejor es nuestro vestido que el tuyo, porque con él nos abrigamos la cabeza, el pecho y las espaldas, que son las tres partes más delicadas del cuerpo. Además, el oficio de cada uno pide vestido que se acomode a él, y por eso para montar a caballo se requiere corto, largo para estar en reposo, delgado en verano y grueso en invierno. En Roma hay quienes cambian de traje tres veces al día, porque por la mañana se visten con pieles, al mediodía con una ropa ligera, y por la noche con otra más fuerte; pero como son pocos los que pueden soportar un gasto semejante, nosotros hemos adoptado este hábito, que nos sirve para todo tiempo.

Mes. ¿Para todo tiempo?

Fr. Conr. Sí, porque si sopla el cierzo o calienta mucho el sol, nos bajamos la capucha; si el calor nos mo-

lesta, la echamos hacia atrás; si hemos de estar quietos, dejamos caer el hábito hasta el suelo y si se nos ofrece caminar, lo recogemos y ceñimos con un cordón a la cintura.

Mes. ¡No debía de ser bobo el que lo inventó!

Fr. Conr. Regla es también de la vida honesta que nos acostumbremos a contentarnos con poco, porque el que se deja dominar por la molicie, llega a ser insaciable en sus apetitos y deseos. Estoy cierto de que no podía haberse hallado otra ropa que, como la nuestra, sirva para tantos usos.

Mes. ¡Ya lo voy viendo!

Fr. Conr. Por lo que concierne al decoro y buen parecer de los vestidos, dime francamente: si tú te pusieras un traje de tu mujer, ¿no creería la gente que hacías una cosa indigna de un varón?

Mes. Creerían que me había vuelto loco.

Fr. Conr. ¿Y qué dirías tú si tu mujer se vistiese con tu ropa?

Mes. Decir, puede que no dijese nada, pero la paliza era segura.

Fr. Conr. Reconoces, por tanto, que no es indiferente vestirse de uno o de otro modo.

Mes. En este caso, sí.

Fr. Conr. Y es muy natural, porque ya en tiempo de los gentiles se castigaba a quienes se ponían vestiduras que no fuesen las propias de su sexo.

Mes. Muy bien hecho.

Fr. Conr. Pues continúo. Si un anciano de ochenta años se vistiese como un mozuelo de quince, o una vieja como una niña, ¿no pensarían todos que eran merecedores de la pena de azotes?

Mes. Claro es.

Fr. Conr. ¿Y si un lego se vistiese como un sacerdote o un sacerdote como un lego?

Mes. El uno y el otro cometerían una acción vituperable.

Fr. Conr. Y si el vasallo tomase la púrpura del rey

o el párroco el traje episcopal, ¿no sería también una afrenta digna de castigo?

Mes. Sin duda alguna.

Fr. Conr. ¿Y qué se diría si el villano se vistiese con las prendas del soldado y se adornase con las plumas y garambainas que suele traer encima un *miles gloriosus?*

Mes. Se mofarían de él.

Fr. Conr. ¿Y qué si el soldado inglés llevase la cruz blanca, el suizo la roja y el francés la negra?

Mes. Eso sería el mundo al revés.

Fr. Conr. Luego si cada cual viste a su manera, ¿por qué te asombras de que nosotros vistamos a la nuestra?

Mes. Porque yo sé muy bien lo que va de un rey a un vasallo y de un hombre a una mujer, pero no se me alcanza la diferencia que pueda haber entre un fraile y uno que no lo sea.

Fr. Conr. Sabrás, sin embargo, la que hay entre un pobre y un rico.

Mes. Naturalmente que la sé: la que ha puesto la fortuna.

Fr. Conr. ¿Y no se consideraría como una insensatez que el pobre pretendiera vestir como el rico?

Mes. ¡Sobre todo, con el lujo que se gasta hoy día!

Fr. Conr. Asimismo, no ignorarás la diferencia que hay entre un cuerdo y un demente.

Mes. Mayor es ésa que la que hay entre un rico y un pobre.

Fr. Conr. ¿Y acaso el traje que se les pone a los locos es igual que el que usan los cuerdos?

Mes. Yo no te podré decir cuál sería el vestido más conveniente para vosotros, pero lo que sé es que el que traéis se parecería mucho al de los locos si le añadieseis las orejas picudas y los cascabeles.

Fr. Conr. Son, en verdad, los únicos aditamentos que nos faltan para que, si fuésemos como debiéramos,

pudiera decirse con propiedad que somos los locos del mundo.

Mes. Tampoco me meto en lo que sois, pero afirmo que hay muchos con orejas picudas y cascabeles que son bastante más cuerdos que algunos que llevan muceta, borla de doctor y demás atavíos magistrales, y por eso me parece insigne badajada juzgar a los hombres por la ropa que traen puesta. Yo vi a uno de estos infatuados con un ropón hasta los pies, una muceta como las que usan los maestros de nuestras Escuelas y una cara tan grave como la de un teólogo, el cual disputaba en público con un aplomo admirable; pues bien, este fantasmón no era de menos solaz para los grandes señores que cualquiera de sus bufones, y aun creo que por el género de estulticia les sacaba a todos gran ventaja.

Fr. Conr. Entonces, ¿qué es lo que quieres, que el monarca trueque sus vestiduras por las del juglar que le divierte?

Mes. Eso es lo que debiera hacerse algunas veces, si ciertas personas se vistiesen, no conforme a lo que son por fuera, sino con arreglo a lo que son por dentro.

Fr. Conr. Acaso no vayas del todo descaminado; pero, no obstante, hemos de reconocer que para algo se les habrá dado a los orates ese vestido estrafalario.

Mes. ¿Y para qué ha de ser?

Fr. Conr. Entre otras cosas, para que los conozcan y no les abran la cabeza de un palo cuando digan o hagan alguna inconveniencia.

Mes. Yo creo más bien que con ello lo que se consigue es excitar a la gente a hacerles daño, hasta el punto de que vemos con frecuencia que acaba por tornarles más locos de lo que eran. Y tampoco acierto a comprender la razón de que al paso que son sacrificados el toro que mata a un hombre de una cornada o el perro y el cerdo que matan a un niño, al loco, que comete mayores desafueros, se le perdone en contemplación de su demencia. Mas vuelvo a preguntarte: ¿por qué queréis

distinguiros de los demás en la manera de vestir?; porque si basta cualquiera causa para justificar la singularidad del traje, tendríamos que concluir que el panadero no había de vestirse como el pescador, ni el zapatero como el sastre, ni el tabernero como el boticario, ni el carretero como el marinero. Si sois sacerdotes, ¿por qué no os vestís como ellos; y si sois legos, ¿por qué no os vestís como los que lo somos?

Fr. Conr. Quiero que sepas que antiguamente los monjes no eran sino la parte más sana de los legos, sin que hubiera entre aquéllos y éstos otra diferencia que la que hoy pueda haber entre el hombre honrado y frugal, que atiende a los suyos con el trabajo de sus manos, y el salteador que se jacta de vivir de sus rapiñas. Más tarde, el Sumo Pontífice nos otorgó grandes mercedes, y con esto nuestro hábito comenzó a dignificarse, de tal suerte, que ahora, con no ser ni laico ni sacerdotal, no se desdeñan en llevarlo muchos cardenales y aun algunos papas.

Mes. ¿Y de dónde le vino esa honra?

Fr. Conr. En parte, de su misma significación, y, en parte, del concepto en que se le ha tenido. Pero dime, ¿no sería absurdo que un hombre se vistiese con la piel de un buey y se pusiera cuernos en la cabeza y una cola que le arrastrase?

Mes. Sería digno de risa.

Fr. Conr. ¿Y si otro se vistiese con un traje que, cubriéndole la cara y las manos, dejase visible lo que siempre se ha llevado oculto?

Mes. Sería aún más ridículo.

Fr. Conr. Pues los escritores paganos háblannos de algunos que se vestían de tal modo y de otros que, indecorosamente, lo hacían con trajes de mujer. Muy vergonzoso es también usar telas tan sutiles que por ellas se transparenten las formas del cuerpo, pero lo es bastante más estar desnudo como tú lo estabas junto al fogón cuando nosotros entramos en la cocina.

Mes. A mí me parece que esto del vestido no es sino cuestión de costumbre y de moda.

Fr. Conr. ¿En qué te fundas?

Mes. Verás. No ha muchos días, se hospedaron aquí unos caminantes que dijeron haber estado en esas tierras ahora descubiertas que no figuran en las antiguas cartas cosmográficas, y afirmaban que en cierta ínsula de allá, cuyo clima es sumamente suave, se reputa impúdico tapar la desnudez.

Fr. Conr. Vivirán como los brutos.

Mes. Al contrario, porque nos dijeron también que aquellos naturales son de condición benigna y apacible y hasta tienen un rey a quien sirven, aunque no más que una hora cada mañana.

Fr. Conr. ¿Y en qué le sirven?

Mes. En coger para él una especie de raíz que hace allí las veces de trigo, pero más saludable y de gusto mucho más sabroso, y, terminada esta faena, cada cual se va a sus ocupaciones y trabaja en lo que más le acomoda. Además nos contaron que educan a sus hijos muy honestamente, previenen y castigan los delitos, y el de adulterio con mayor severidad que ningún otro.

Fr. Conr. ¿Con qué pena?

Mes. A la mujer con ninguna, en atención a la debilidad del sexo, pero al varón convicto de adulterio le condenan por toda la vida a mostrarse en público llevando cubiertas con un velo aquellas partes del cuerpo que nadie lleva al aire por acá.

Fr. Conr. ¡Pues vaya una pena!

Mes. Sin embargo, la costumbre les habrá hecho considerarla como la más grave de todas.

Fr. Conr. Tienes razón, porque la fuerza de la costumbre es incontrastable. Si se quisiera castigar al ladrón de un modo rigurosísimo, bastaría con obligarle a ponerse una camisa cortada por encima de las nalgas, cubrir sus vergüenzas con un pedazo de piel de lobo, usar cada calza de un color, un jubón a manera de red, a través del cual se viesen brazos y pecho; llevar la

barba en parte afeitada, en parte crecida, y en parte rizada; rapar sus cabellos y encasquetarse un gorro hecho trizas, pero ornado con un grandísimo plumero: ¿crees tú que no le produciría más sonrojo salir a la calle aderezado de esta suerte que tocarse con la caperuza, las orejas y los cascabeles de los locos? Pues te diré que los soldados se engalanan con muchos de estos arreos que acabo de mencionar, y no solamente están ellos muy ufanos de ostentarlos, sino que hay otros que, sin ser soldados, los ensalzan y tienen por el ápice del primor, aunque no puedan concebirse prendas reveladoras de más rematada estupidez.

Mes. Ni tampoco faltan hombres honrados que remedan el traje militar.

Fr. Conr. ¿No es seguro que si a alguien se le ocurriera vestirse con plumas como los indios le correrían los rapaces por las calles?

Mes. Ciertamente.

Fr. Conr. Pues trajes más irrisorios vemos hoy que merecen general respeto, aunque no existe nada, por absurdo que sea, a lo que el uso cotidiano no logre acostumbrarnos. Hay en los vestidos ciertas circunstancias de las que nunca podrán prescindir las personas cuerdas, así como hay otras con las que jamás podrán avenirse; ¿quién, por ejemplo, no se ríe de esas mujeres, envueltas en mil varas de tela, que miden la nobleza por la longitud de la cola?; ¿y acaso no las imitan los cardenales en sus capas de ceremonia? Pero es tanta la tiranía de la costumbre, que no tolera mudanza en lo que está generalmente recibido.

Mes. En resumidas cuentas, ¿piensas tú que los monjes deben o no diferenciarse de los demás en el vestido?

Fr. Conr. Pienso que es más humilde y más cristiano que la mayor o menor estimación que se haga de una persona no dependa de la hechura de su traje, y que a éste le basta con ser sencillo y decoroso.

Mes. Si es así, ¿por qué no dejáis el vuestro?

Fr. Conr. ¿Y por qué los Apóstoles no comían ciertos manjares?

Mes. Tú sabrás.

Fr. Conr. Porque a ello se oponía la práctica tradicional. Los usos inveterados llegan a formar en nosotros una segunda naturaleza y no pueden suprimirse de pronto sin grave perturbación, sino poco a poco, al modo que Sertorio arrancó al caballo las cerdas de la cola.

Mes. Yo pasaría por eso con tal de que todos los frailes vistiesen el mismo hábito; pero, ¿puedes decirme a qué viene tan grande diversidad como hay en ellos?

Fr. Conr. Efecto es del abuso, que nada respeta. No inventó San Benito un nuevo traje, porque el que llevaban él y sus hermanos era el mismo que entonces vestían los legos de clase humilde; ni tampoco San Francisco tomó otro vestido que el que era común entre los labriegos y la gente pobre de su tiempo. Los sucesores de estos santos hubieron de añadir algunas prendas y con el transcurso de los días el hábito fué adquiriendo una singular veneración en el ánimo de los monjes: ¿no vemos hoy muchas ancianas que se complacen en seguir usando los mismos trajes que en sus verdes años, a pesar de que difieren más de los de ahora que el tuyo puede diferir del mío?

Mes. Es verdad.

Fr. Conr. Pues bien: este vestido que yo traigo no es otra cosa que una reliquia de los pasados siglos.

Mes. ¿Y no tiene más virtud que esa?

Fr. Conr. Absolutamente ninguna otra.

Mes. Yo había oído decir que os fué inspirado por la misma Virgen María.

Fr. Conr. Esos son cuentos de viejas.

Mes. Sí serán, pero hay muchos que cuando están enfermos creen que no pueden sanar como no les pongan un hábito de dominico, y otros que dejan dispuesto que les amortajen con el de San Francisco.

Fr. Conr. Los que fomentan tales majaderías o son

cazadores de bolsas o imbéciles supersticiosos, porque Dios reconoce muy bien a los malvados aunque se le presenten vestidos con el sayal franciscano o con el atuendo militar.

Mes. De todos modos, se me figura que no hay tanta variedad en las plumas de las aves como en vuestros trajes.

Fr. Conr. ¿Y te parece poco mérito que tratemos de imitar a la madre naturaleza y aun de superarla?

Mes. ¡Ojalá trataseis, además, de superar a los pájaros en la variedad de sus cantos!

Fr. Conr. Pues ahora se me antoja justificar también la de nuestros hábitos: escucha. ¿No es cierto que los españoles, los italianos, los franceses, los alemanes, los griegos, los turcos y los sarracenos visten cada cual a su manera?

Mes. Sí.

Fr. Conr. Y dentro de cada una de estas naciones, ¿no hallas una gran diversidad, según el sexo, la edad, la clase y la región? ¿Cuánta diferencia no hay, sin salir de Italia, entre los trajes venecianos, florentinos y romanos?

Mes. ¡Ya lo creo!

Fr. Conr. Pues análogo origen al que ha tenido esta variedad, tuvo la de los hábitos monásticos; Santo Domingo tomó el suyo del de los campesinos de aquellos lugares de España en que vivió; San Benito y San Francisco de los de aquellas comarcas italianas en que fundaron sus reglas respectivas, y así en los demás casos.

Mes. De manera que, por lo que veo, vosotros no sois más santos que nosotros si no vivís más santamente.

Fr. Conr. Claro es, y por añadidura estamos expuestos a ser mucho más pecadores que los que no hacéis profesión de vivir devotamente, como nosotros la hacemos, y así, cuando no es buena nuestra conducta damos a los hombres ejemplo más pernicioso que cualquier otro.

Mes. Entonces, ¿crees que nosotros no debemos

perder la esperanza de salvarnos aun careciendo de santo patrón, de hábito, de regla y de profesión religiosa?

Fr. Conr. ¿Quién te ha dicho que careces de esas cosas? Lo que importa es que sepas observarlas. ¿Acaso careces tú de profesión y de hábito religioso?: pregunta a tus padrinos la fe que profesaste en el bautismo y la vestidura que entonces te impusieron; ¿careces de regla y de patrón, cuando tienes por regla el Evangelio y por patrón a Jesucristo?; y al tiempo de casarte, ¿no hiciste una verdadera profesión?: medita en los deberes que estás obligado a cumplir con tu mujer, con tus hijos y con las demás personas de tu casa y estoy seguro de que sentirás sobre tus hombros una carga mucho más grave que si hubieras profesado en la orden franciscana.

Mes. Hablando con franqueza, ¿crees tú que un mesonero puede entrar en el cielo?

Fr. Conr. ¿Por qué no?

Mes. Porque en los mesones, a la verdad, se dicen y se hacen cosas que no están muy conformes con el Evangelio.

Fr. Conr. ¿Cuáles?

Mes. Pues que el uno bebe hasta ponerse como una uva, el otro profiere toda suerte de obscenidades, éstos quitan el pellejo al prójimo, aquéllos se enzarzan en una riña... y lo demás, que no sé si es peor.

Fr. Conr. Todo eso has de procurar evitarlo en cuanto te sea posible, y si no lo logras, por lo menos, no lo estimules ni trates de convertirlo en provecho tuyo.

Mes. También te confieso que, a veces, no es mucha mi buena fe al despachar el vino.

Fr. Conr. ¿Pues qué es lo que haces?

Mes. Que cuando advierto que los bebedores se van poniendo peneques, cargo la mano en el agua.

Fr. Corn. Al cabo, eso es menos censurable que adulterar el vino con drogas nocivas.

Mes. ¿Cuántos días habéis echado en el camino desde Basilea?

Fr. Conr. Cerca de un mes.

Mes. Y durante ese tiempo, ¿quién ha cuidado de vosotros?

Fr. Conr. ¿No están bien cuidados los que tienen mujer, hijos, padres y parientes?

Mes. Claro que lo están.

Fr. Conr. Pues bien: tú no tienes más que una mujer, un padre, una casa y algunos hijos y parientes, mientras que nosotros tenemos esposas, padres, casas, hijos y parientes innumerables.

Mes. ¿Cómo puede ser eso?

Fr. Conr. Porque el parentesco del espíritu es mucho más dilatado que el de la carne; así nos lo prometió Jesucristo, y nosotros hemos visto y vemos cumplida su promesa.

Mes. En verdad, que me has dado la mejor cena que yo hubiera acertado a desear y que ésta sea mi última hora si no prefiero platicar contigo a beber con nuestro párroco. Mañana nos harás el favor de predicar en la fiesta, y si algún día vuelves por este pueblo, en mi casa hallarás alojamiento.

Fr. Conr. ¿Y si en lugar de venir yo, vinieran otros de mis hermanos?

Mes. Lo hallarán también, si son tales como tú.

Fr. Conr. Espero que serán mejores.

Mes. ¿Y en qué he de conocer que son buenos, habiendo tantos malos?

Fr. Conr. Te lo diré, pero al oído. Acércate.

Mes. Di.

Fr. Conr. .....

¡Y no se te olvide!

XX

EL EPICÚREO

INTERLOCUTORES: *Hedonio. Espudeo.*

Hedonio. ¿Qué caza el amigo Espudeo echado de bruces sobre las páginas de ese librote y hablando entre sí?

Espudeo. En verdad que ando a caza, amigo Hedonio, pero no cae ninguna pieza.

Hed. ¿Qué libro es ése?

Esp. El diálogo de Cicerón que se titula *De finibus bonorum.*

Hed. ¿Y no sería mejor que el autor se hubiera dedicado a indagar el principio de los bienes y no los fines?

Esp. Es que Tulio llama fin del bien a la suma de todos los bienes, de tal suerte, que el que llegare a alcanzarla no desearía ya ninguna otra cosa.

Hed. Esa obra debe ser colocada entre las más sabias y elocuentes; pero, ¿crees que te ha reportado alguna ventaja en lo que concierne al conocimiento de la verdad?

Esp. Una he sacado de ella, y es que ahora soy mucho más aficionado que antes a discutir esta materia de los fines y límites del bien.

Hed. Los labradores disputan sobre los de sus tierras.

Esp. Y lo que más me admira es que en cuestión de tal monta hayan sido tan contradictorias las opiniones de los insignes escritores que trataron de ella.

Hed. Eso obedece a que el error es tan fecundo

cuanto sencilla es la verdad, y como todos ignoran el principio y origen de las cosas, piérdense en conjeturas y delirios. Pero, ¿cuál es la opinión que a ti te parece más probable?

Esp. Las doctrinas de los que impugnan a Cicerón me desagradan; pero, asimismo, confieso que las de aquellos que le defienden despiertan no pocas dudas en mi espíritu; pienso, no obstante, que los que más se aproximan a la verdad son los estoicos y, después de éstos, los peripatéticos.

Hed. En mi sentir, no hay doctrina alguna más plausible que la de Epicuro.

Esp. Ni tampoco más combatida.

Hed. Prescindamos de las prevenciones sistemáticas; dejemos que cada cual diga de Epicuro lo que se le antoje, y vamos nosotros a examinar su doctrina. Epicuro pone la felicidad del hombre en el deleite y afirma que una vida puede llamarse dichosa cuando disfruta de mayor número de placeres y sufre la menor cantidad de dolor.

Esp. Así es.

Hed. Y ¿qué opinión puede haber más sensata?

Esp. Pues muchos dicen que Epicuro no habló como hombre, sino como animal irracional.

Hed. Ya lo sé, pero ésos son los que se engañan en la significación de los vocablos, porque, si bien se considera, los epicúreos no son menos piadosos en sus costumbres que los mismos cristianos.

Esp. Yo, sin embargo, creo que están más cerca de los cínicos, porque los cristianos se mortifican con el ayuno, lloran sus culpas, viven pobremente o tienen que buscar en la caridad el socorro de su indigencia, son oprimidos por los poderosos y objeto de mofa en muchas ocasiones; por tanto, si la felicidad consiste en el deleite, está bien claro que una vida tal hállase muy lejos de ser feliz.

Hed. ¿Aceptarías la autoridad de Plauto?

Esp. Sin duda, siempre que fuese admisible.

Hed. Pues escucha esta frase del personaje de una de sus comedias, frase que, aunque salida de la boca de un miserable esclavo, encierra mucha más sabiduría que todas las paradojas de los estoicos.

Esp. Di.

Hed. *Nada hay más desdichado que el ánimo consciente de su mal.*

Esp. No rechazo la sentencia, pero ¿qué deduces de ella?

Hed. Si nada hay más desdichado que el ánimo consciente de su mal, es innegable que nada habrá más dichoso que el ánimo consciente de su bien.

Esp. La consecuencia es lógica, pero ¿en qué parte de la tierra encontrarás un ánimo que no tenga la conciencia de ningún mal?

Hed. Para mi propósito, entiendo por mal lo que rompe la concordia entre el hombre y Dios.

Esp. En tal sentido, creo que serán muy pocos los hombres que puedan llamarse puros.

Hed. Yo tengo también por tales a los pecadores que se han purificado de sus culpas. Aquellos que con la lejía de las lágrimas, o con el salitre de la penitencia, o con el fuego de la caridad lavaron las manchas del pecado, no solamente están exentos de los daños de él, sino que alcanzan con frecuencia bienes de muy grande estima.

Esp. Sabía que la lejía y el salitre sirven para lavar, pero ignoraba que el fuego tuviese igual virtud.

Hed. Vete al taller de un platero y verás purificar el oro con el fuego; aunque hay una especie de fibra, llamada *amianto,* que, puesta entre las ascuas, no se quema, antes, por el contrario, adquiere mayor nitidez que el agua más cristalina.

Esp. ¡No vayas tú ahora a usar de más paradojas que el más paradojista de los paradójicos estoicos! Dime: ¿gozan de vida placentera aquellos a quienes Cristo llamó bienaventurados porque lloran?

Hed. El mundo cree que sufren, pero, en reali-

dad, viven rodeados de delicias más dulces que la miel, hasta el punto de que, comparados con ellos, diríase que llevaron una vida de miseria y de tristeza Sardanápalo, Filoxeno, Apicio y aun otro más refinadamente voluptuoso que estos tres juntos, si fuera posible encontrarlo.

Esp. Peregrino es lo que dices, pero casi increíble.

Hed. Prueba a imitar a esos bienaventurados y te convencerás de que me sobra la razón; no obstante intentaré demostrártelo para que no sospeches que lo que afirmo es absolutamente opuesto a la verdad.

Esp. Enhorabuena.

Hed. Pero antes es necesario que me concedas ciertas premisas.

Esp. No hay inconveniente, con tal de que sean razonables.

Hed. En ese caso, cuento con la victoria.

Esp. Comienza.

Hed. En primer lugar, juzgo que habrás de reconocer que hay alguna diferencia entre el alma y el cuerpo.

Esp. Cuanta hay entre el cielo y la tierra, entre lo inmortal y lo perecedero.

Hed. Asimismo, convendrás conmigo en que los falsos bienes no deben ser considerados como bienes verdaderos.

Esp. Del propio modo que la sombra no puede ser confundida con el cuerpo que la proyecta, ni tenidas por cosas reales las apariencias de la magia o las ficciones del sueño.

Hed. Hasta ahora vamos por buen camino. Supongo que no hallarás reparo en declarar que sólo a un alma sana le es dado gozar del deleite verdadero.

Esp. No veo obstáculo para declararlo así, porque, en efecto, la luz no deleita al enfermo de los ojos, ni el vino al paladar alterado por la fiebre.

Hed. Si no estoy equivocado, ni el mismo Epicuro habría de llamar deleite a lo que origina más dolor que placer y es, por añadidura, de más larga duración.

Esp. Creo que no, si estaba en sus cabales.

Hed. No negarás tampoco que Dios es el sumo bien, y que nada hay más hermoso, nada más digno de ser amado, nada de mayor dulzura.

Esp. No lo niego, ni lo negará nadie que no sea más bárbaro que un cíclope. ¿Has acabado?

Hed. Por lo pronto, ya me has concedido que ningún hombre vive con mayor contento que el que vive piadosamente, y ninguno con mayor aflicción que el que vive en la impiedad.

Esp. No pensé que te había hecho tan extensa concesión.

Hed. Pero, como dice la máxima platónica, no debe quitarse lo que se ha dado justamente.

Esp. Continúa.

Hed. Dime: una falderilla que se cría entre caricias, se alimenta con golosinas y duerme en mullida cama, ¿vive o no vive con regalo?

Esp. Sin duda.

Hed. ¿Querrías tú esa vida para ti?

Esp. ¡Hombre, no!; a menos que, en vez de persona, quisiera ser un can.

Hed. Entonces, ¿reconoces que los principales deleites se derivan del alma como de su fuente natural?

Esp. Así lo pienso.

Hed. Tan grande es el vigor del alma, que frecuentemente logra atenuar el dolor físico y, a veces, hasta transformar en halagüeño lo que es enojoso de por sí.

Esp. Eso lo vemos a diario en los enamorados, a quienes les es grato pasarse la noche al sereno velando a la puerta de su amada.

Hed. Pues si tal es el influjo que en nosotros ejerce el amor humano, a pesar de ser un sentimiento que el hombre tiene de común con los toros y con los perros, ya puedes presumir cuánto mayor será el de aquel amor celestial que viene del espíritu de Cristo, y cuya fuerza es tanta, que aun lo más terrible, que es la muerte, lo convierte en gozo.

Esp. No sé lo que otros juzgarán, pero a mí se me figura que los que practican la piedad verdadera se privan de muchas cosas agradables.

Hed. ¿De cuáles?

Esp. De las riquezas, de los honores, de los banquetes, del baile, del aroma que exhalan los perfumes, de la risa, de los juegos...

Hed. En esa enumeración no debías haber incluído las riquezas y los honores, porque ni las unas ni los otros hacen apacible la existencia, sino agitada y llena de inquietudes. Tratemos, pues, de aquello que buscan con más afán los que aspiran a vivir una vida deleitosa. ¿No ves todos los días hombres ebrios, necios e insensatos que ríen y bailan?

Esp. Sí.

Hed. ¿Y crees que ésos viven de un modo placentero?

Esp. ¡Al diablo daría yo tales placeres!

Hed. ¿Por qué?

Esp. Porque, sin duda alguna, esos hombres no andan bien de la cabeza.

Hed. ¿Preferirías, pues, entregarte a las arduas tareas del estudio estando hambriento, a divertirte como ellos se divierten?

Esp. Claro que lo preferiría, y aun cavar la tierra.

Hed. Pues entre el ebrio y el demente no hay más diferencia sino que al primero le cura el sueño y al segundo el médico. La naturaleza física del necio en nada difiere de la del bruto, salvo en la forma del cuerpo, pero menos dignos de compasión son los que hizo brutos la naturaleza que aquellos a quienes embrutecieron sus bestiales apetitos.

Esp. Así es la verdad.

Hed. ¿Dirías, acaso, que están en su sano juicio los que alucinados por las sombras engañosas de falsos deleites, desprecian los verdaderos goces del espíritu y se acarrean mil suertes de congojas?

Esp. No.

Hed. Y ésos no se han embriagado con vino, sino con lujuria, con ira, con avaricia, con ambición y con otros vicios abominables cuya embriaguez es mucho más perniciosa que la del vino. Aquel Siro de la comedia, después de dormir la borrachera que cogió bebiendo el aguapié, habla con tino y cordura; pero el ánimo ebrio de deseos desordenados, ¡cuán difícilmente vuelve en sí!, ¡cuán largos años siente sus tormentos!; ¡y cuán numerosos son los hombres que desde la adolescencia hasta la decrepitud no despiertan ni se recobran!

Esp. A muchos he conocido por ese estilo.

Hed. Convienes, por tanto, en que los falsos bienes no se han de confundir con los verdaderos.

Esp. Nada tengo que objetar.

Hed. Y, asimismo, en que no ha de ser reputado como verdadero deleite sino el que nace de los verdaderos bienes.

Esp. También lo concedo.

Hed. En consecuencia, no son verdaderos bienes los que el vulgo se afana por alcanzar.

Esp. Creo que no lo son.

Hed. Porque si fuesen bienes verdaderos no recaerían más que en los buenos y, por sí mismos, darían la felicidad. ¿Qué es, pues, el deleite? ¿Por ventura, hemos de considerar como tal el que no procede del verdadero bien, sino de la sombra del bien aparente?

Esp. De ningún modo.

Hed. Sin embargo, el deleite hace agradable la vida.

Esp. No cabe duda alguna.

Hed. Luego nadie disfruta de una vida verdaderamente grata sino el que vive de manera piadosa, esto es, el que goza de los verdaderos bienes, y de aquí se deduce que sólo el ejercicio de la piedad nos hace dichosos, porque es también la única virtud que nos une con Dios, manantial del sumo bien.

Esp. Completamente conforme.

Hed. Ahora, pues, comprenderás cuán lejos están del deleite los que no buscan otra cosa que el deleite mis-

mo, porque, en primer lugar, tienen el ánimo impuro, viciado por los fermentos del deseo, y aun aquello en que pueden encontrar cierta complacencia se les torna al punto en amargor, de la misma manera que de una fuente emponzoñada no es posible que brote agua saludable; además, no es placer verdadero sino el que experimenta un alma sana, porque si el iracundo, pongo por caso, no siente mayor anhelo que el de la venganza, la satisfacción que ésta le produce se le trueca en dolor, que, a modo de incurable enfermedad, arraiga para siempre en lo más íntimo de su conciencia.

Esp. No lo niego.

Hed. Finalmente, los deleites como el que me ha servido de ejemplo, derivan de los bienes ficticios, de donde se infiere que no son más que sombras falaces. Porque, ¿qué dirías si vieses a una persona, engañada por las artes de la magia, comer, beber, bailar, reirse y aplaudir, siendo así que, en realidad, no hacía nada de lo que creía hacer?

Esp. Diría que estaba loco o que era un mentecato.

Hed. Pues yo, en una ocasión, presencié un lance semejante. Cierto clérigo que cultivaba el arte mágica...

Esp. No la aprendería en las Sagradas Escrituras.

Hed. Antes bien, en las diabólicas y execrables. Digo, pues, que a este clérigo pedíanle con insistencia unas mujerzuelas que las convidase a un banquete, y como él se resistiera a ello, echábanle en cara su tacañería y sordidez; pero, al cabo, accedió a sus ruegos y las invitó a un festín. Fueron ellas en ayunas, para estar mejor dispuestas a engullir sin tasa; sentáronse a la mesa, provista de todo género de bocados suculentos; comieron copiosamente y, terminado el ágape y dadas las gracias al anfitrión, marcháronse a sus casas; mas como al poco tiempo empezasen a sentir un hambre voraz, preguntábanse admiradas cuál podría ser la causa de que después de tan opíparo agasajo rabiasen de hambre y de sed. No hay que decir que cuando se descubrió

la farsa, todo el mundo se rió a costa de las burladas comadres.

Esp. Y con razón, porque más hubieran querido ellas hartarse con unas míseras lentejas que no que les regalasen el paladar con manjares de encantamiento.

Hed. Pues te diré que, en mi opinión es más digno de risa todavía ver al común de las gentes tomar por bienes verdaderos los que no son más que mera ilusión y gustar de mentirosas apariencias que no acaban en carcajadas, como el festín del clérigo, sino en llantos sempiternos.

Esp. Para que yo te entienda mejor, convendría que buscases tus ejemplos en cosas más llanas y corrientes.

Hed. Sea así, y veamos si podemos determinar cuáles son los deleites que, con nombre de tales, no lo son en realidad. ¿Llamarías dulce a una mixtura que tuviese más acíbar que miel?

Esp. Aunque no tuviera más que una parte de acíbar y dos de miel no la llamaría dulce.

Hed. ¿Y querrías tener sarna, solamente por el agrado que los sarnosos sienten al rascarse?

Esp. Seguramente no, si es que no había perdido el seso.

Hed. Pues medita y deduce cuán grande es la cantidad de amargura que está mezclada con esos mal llamados deleites que nacen del amor impúdico, de los ilícitos deseos, de la gula, de la embriaguez...; y cuenta que ahora prescindo de lo más importante, que es el torcedor de la conciencia, la enemistad con Dios, la amenaza de los suplicios inexorables; pero circunscribiéndome a los que dije, ¿qué habrá en esta índole de deleites que no venga seguido de un ingente escuadrón de males?

Esp. ¿A qué males te refieres?

Hed. Dejemos a un lado los que provienen de la avaricia, de la ambición, de la soberbia y de la envidia, que son por sí mismas tristísimas miserias, y hablemos tan sólo de los placeres que el vulgo designa principal-

mente con el nombre de tales. ¿Acaso habría alguien, sin excluir al mismo Epicuro, que juzgase apetecible el desorden en la bebida, siendo así que trae aparejados el dolor de cabeza, la fiebre, la disentería, el embotamiento de la inteligencia, la mala reputación, la pérdida de la memoria, la ruina del estómago y el temblor de los miembros?

Esp. Al contrario; Epicuro aconsejaría que se huyese de este vicio.

Hed. ¿Y es posible que se atrevan a llamarse secuaces de Epicuro los mancebos crapulosos que con tanta frecuencia contraen esa nueva lepra, que por eufemismo llamamos *sarna napolitana,* y que les lleva a vivir muriendo, cual si fuesen cadáveres animados?

Esp. Para ir en derechura a casa del cirujano.

Hed. Pongamos ahora en la balanza el deleite y el dolor: ¿buscarías tú el placer de la bebida o el del amor si supieras que todo el tiempo que los disfrutases habrían de estar doliéndote las muelas?

Esp. Antes querría privarme de ambas cosas, porque no tiene cuenta comprar una satisfacción a costa de un padecimiento; el placer es, ante todo, carencia de dolor, o sea lo que Cicerón llamó *indolencia.*

Hed. Pero, aun dado caso de que sea muy pequeño el dolor que produzcan los placeres ilícitos, su duración es también muy exigua; en cambio, la lepra de que hablábamos se lasta toda la vida y el que la tiene pasa por mil muertes antes de morir realmente.

Esp. Estoy cierto de que Epicuro no reconocería a los tales como discípulos suyos.

Hed. La compañera de la lujuria es en muchos casos la pobreza, carga, en verdad, agobiadora; el cortejo de las torpes pasiones fórmanlo la parálisis, las convulsiones, la turbación de la vista, la ceguera, la lepra y otras lacerias semejantes; dime, pues, si no es un seguro, saneado y magnífico negocio, como hay viñas, cambiar una fugaz delectación por tan graves, duraderas e innúmeras calamidades.

Esp. En verdad que sería muy necio mercader el que trocase piedras preciosas por pedazos de vidrio.

Hed. O, lo que es lo mismo, el que trocase los verdaderos bienes del alma por los goces deleznables de la materia.

Esp. Exactamente.

Hed. Ahora puntualicemos la cuestión un poco más. Es indudable que la enfermedad y la pobreza no siempre son las consecuencias de una vida disipada, ni tampoco lo son necesariamente de la lujuria la nueva lepra y la parálisis; pero sí lo es de los placeres deshonestos el remordimiento de la conciencia, cuya mortificación, desde el punto en que la sentimos, no puede compararse con ninguna otra.

Esp. Y aun acompaña al deleite mismo, porque, al tiempo de gozarlo, la conciencia pone al ánimo en tortura. Sin embargo, no me negarás que hay algunos hombres que carecen de este sentimiento.

Hed. Por eso, precisamente, son más desgraciados. ¿Quién no preferiría experimentar el dolor a tener el cuerpo impedido y vivo el entendimiento? Cierto es que hay personas en las que ya sea por la intemperancia de sus deseos, ya por la embriaguez, ya por el hábito de los vicios, fórmase una especie de callo que les hace insensibles para el bien; pero al llegar a la vejez, además de sufrir las múltiples molestias que ésta trae consigo y cuyo acervo fueron aumentando durante los días de su vida, sienten que la conciencia les aflige con tanto mayores tribulaciones cuanto más olvidados vivieron de ella, y el alma entonces, quiera o no quiera, despierta de su sueño. Triste es por sí misma la ancianidad, pero ¡cuánto más triste es y más desolada cuando se halla oprimida por las zozobras de un alma consciente de su mal! Los banquetes y las fiestas, los amores, las danzas y las canciones, todo aquello, en fin, que en la mocedad fué más risueño, conviértese para los viejos en interno desasosiego, pues la edad senil no tiene otros consuelos que la ayuden a conllevar sus penas que el recuerdo de

una vida honrosa y la esperanza de alcanzar otra mejor; estos son los dos apoyos más eficaces de la vejez, porque si, en lugar de ellos, pones sus contrarios, o sean la memoria de un pasado infamante y la falta de fe en un mundo ultraterreno, dime tú si puede concebirse un irracional de más infeliz condición que el desdichado que se halle en cuita tan lastimosa.

Esp. Ciertamente; ni la triste vejez del caballo pudiera ser comparada con la de ese hombre.

Hed. Entonces es cuando pudiera decírsele, como el personaje de la comedia de Andrónico: *Los troyanos cayeron en la cuenta demasiado tarde,* y aplicársele los textos sagrados: *Aun en la risa tendrá dolor el corazón; el ánimo alegre llena de flores la vida; el ánimo triste seca los huesos; todos los días del afligido son malos, pero el contento de espíritu es un inacabable regocijo.*

Esp. En verdad que obran cuerdamente los que comienzan desde mozos a prepararse una vejez tranquila.

Hed. La Sagrada Escritura, siempre elevada sobre los mezquinos intereses de la tierra, no cifra la felicidad del hombre en los bienes contingentes. Es, en efecto, pobre en sumo grado el que por hallarse desnudo de toda virtud debe al infierno su cuerpo y su alma.

Esp. He ahí un acreedor que no perdona nunca.

Hed. En cambio, puede llamarse verdaderamente rico el que tiene a Dios de su parte, porque ¿qué temerá quien cuenta con tal valedor?: ¿acaso a los hombres?; el poder de todos los del mundo es menos para el de Dios que el de un mosquito para el de un elefante de la India; ¿acaso a la muerte?; la muerte del justo no es más que un tránsito a la felicidad eterna; ¿acaso a los castigos del infierno?; el que confía en Dios dice con el salmista: *Aunque camine por en medio de las sombras de la muerte no temeré ningún daño, porque Tú estás conmigo.* ¿Cómo ha de temer al demonio quien lleva en su corazón a Aquél ante cuya presencia tiemblan los espíritus del mal?; y he dicho *en su corazón,* porque el del

hombre piadoso, según enseña la Escritura, es templo de Dios y fortaleza inexpugnable.

Esp. Confieso que no acierto a hallar razones que oponer a las tuyas, pero están a trescientas leguas del común sentir de las gentes.

Hed. ¿Por qué?

Esp. Porque, según tu raciocinio, será más deleitosa la vida de un franciscano que la del hombre que abunde en riquezas, honores y toda suerte de lujo y de molicie.

Hed. Añade, si quieres, el cetro de un rey; añade la tiara del pontífice, no ya con tres, sino con cien coronas, y yo te digo que ese franciscano, descalzo, ceñido con el cordón de nudos, cubierto con un hábito pobre y hasta misérrimo, extenuado por los ayunos, vigilias y trabajos y que no es dueño de un solo maravedí, con tal de que posea un ánimo consciente de sí mismo y un sano entendimiento, vive en mayores delicias que viviría aquel que lograse reunir en su ser el de trescientos Sardanápalos.

Esp. Entonces, ¿cómo se explica que los pobres, por lo general, estén más tristes que los ricos?

Hed. Porque hay muchos que son dos veces pobres. La enfermedad, la abstinencia, la desnudez, las vigilias, las penalidades, ciertamente debilitan el cuerpo; pero algunos, no sólo en estos padecimientos revelan el alborozo de su espíritu, sino también en la muerte misma. El alma, aunque ligada al cuerpo mortal, no pierde por ello la superioridad de su condición y tiene poder para comunicársela al cuerpo en cierto modo, singularmente cuando se une a su energía un vehemente impulso natural. Por eso vemos no pocos hombres que muestran al morir mayor contento que otros cuando acuden a un festín.

Esp. Es verdad, y de ello me he admirado muchas veces.

Hed. Pues no debías admirarte de que haya contento inefable allí donde está Dios, que es fuente de toda alegría, porque, ¿qué tiene de extraño que goce el espíritu del justo aun aprisionado en vínculos mortales,

cuando es indudable que si estuviera en el mismo seno del infierno no por ello habría de padecer su felicidad ni el más mínimo quebranto? Dondequiera que hay una mente pura, allí está Dios; donde está Dios, está el cielo; donde está el cielo, está la dicha, el contento, la verdad y la alegría inmarcesible.

Esp. Sin embargo, los justos vivirían más dulcemente si se sustrajeran a ciertas incomodidades y se procurasen algunos bienes que desdeñan o, por lo menos, que no buscan.

Hed. ¿Qué dices ahí de incomodidades? ¿Cuáles son las inherentes a la naturaleza humana? ¿No son el hambre, la sed, la enfermedad, la fatiga, la senectud, el rayo, los terremotos, las inundaciones, la guerra y la muerte?

Esp. Por término y remate.

Hed. Pues en todos estos males, que se refieren a nuestra parte perecedera, es más tolerable la condición de los hombres piadosos que la de aquellos que, a todo trance, corren en pos de los placeres materiales.

Esp. ¿Por qué?

Hed. Primeramente, porque su ánimo, habituado a la templanza y al sacrificio, lleva con paciencia las adversidades que no es posible evitar, y después porque las consideran enviadas por Dios, ya para purgar sus culpas, ya para que les sirvan de ejercicio en la práctica de la virtud; así es que las reciben, no sólo con resignación, sino también con júbilo, como el hijo obediente recibe las amonestaciones del padre entrañable, y aun dan gracias al Hacedor Supremo por lo clemente de la corrección y por el provecho inestimable que de ella obtienen.

Esp. Pero no me negarás que todo eso produce molestias incontables.

Hed. Los médicos disponen de muchos remedios, tanto para conservar la salud, como para recobrarla cuando se ha perdido. Y afirmo, además, que acarrearse males tan trabajosos como la indigencia, la enferme-

dad, la persecución y la infamia, cuando no se hace movido de caridad cristiana, no es virtud, sino majadería. Pero a los que sufren por Cristo y por el triunfo de la justicia, ¿quién se atrevería a compadecerles, sabiendo que el mismo Dios les llamó bienaventurados, y les dijo que se complaciesen en haber sido merecedores de una merced tan preciada?

Esp. No obstante, sienten el dolor.

Hed. Lo sienten, sin duda alguna, pero diríase que esta sensación está en ellos como absorbida, de una parte, por el temor de las penas del infierno y, de otra, por su fe en la eterna bienaventuranza. Dime: si te dieran la seguridad de que nunca habrías de estar enfermo ni tener el más pequeño achaque corporal con tal de que una vez tan sólo consintieras en punzarte ligeramente y a flor de piel con una aguja delgadísima, ¿no recibirías un gusto extraordinario al experimentar aquel dolor tan insignificante?

Esp. ¡Ya lo creo! Con sólo que supiera que jamás me habían de doler las muelas, aguantaría de buen grado un pinchazo mucho mayor y aun que me perforasen las orejas con una lezna.

Hed. Pues bien; cualquiera que sea el dolor que nos venga en este mundo, es más leve y de menor duración comparado con las penas eternas, que lo es para una vida humana la momentánea y minúscula punzada de una aguja, porque ninguna comparación puede establecerse entre lo finito y lo infinito.

Esp. Es mucha verdad.

Hed. Y si te prometiesen el mismo beneficio a condición de que habías de pasar la mano una sola vez por en medio de una llama (cosa, por cierto, vedada por Pitágoras), ¿no te prestarías a ello con mil amores?

Esp. ¿Cómo una vez?; ¡y aun cien veces la pasaría, como fuese verdad!

Hed. Aquí lo es, porque Dios no puede engañar; y digo que la impresión que en la mano te produjese el fuego, duraría mucho más comparada con la vida de un

hombre, así fuese tres veces más larga que la de Néstor, que esta misma vida comparada con la eterna, porque el tiempo de contacto con la llama, aunque sea tan corto como se quiera, es una porción de la vida, pero toda la vida de un hombre no es porción alguna de la eternidad.

Esp. Nada tengo que oponer.

Hed. Ahora bien; ¿crees tú que a aquellos que de todo corazón y con esperanza cierta aspiran a las venturas eternas pueden arredrarles todas las calamidades a que está sujeta nuestra existencia, siendo ésta, como lo es, tan sumamente breve?

Esp. Creo que no, siempre que, como supones, sea firme la persuasión y cierta la esperanza de alcanzar la recompensa.

Hed. Vengamos ahora a los deleites con que antes argüías. Los hombres piadosos —dijiste— se privan de las danzas, de los refinamientos de la mesa, de los espectáculos; y yo te contesto que, en efecto, nada tiene de extraño que sean enemigos declarados de estas cosas cuando hay otras en las que hallan mucho mayor satisfacción, aunque de distinta índole: *Lo que nunca vieron humanos ojos* —escribe San Pablo— *ni oyeron los oídos, ni imaginó la mente, es el consuelo y el galardón que Dios reserva a los que le aman.* ¡Ah, que bien sabía el Apóstol lo que son para los justos, aun en esta vida mortal, las verdaderas músicas y danzas!

Esp. Pero hay diversiones lícitas de las que, no obstante, se abstienen los justos.

Hed. Aun esas mismas diversiones se tornan en ilícitas cuando de ellas se hace un uso inmoderado. Pero si prescindes de los solaces de este género, reconocerás conmigo que en todo lo demás superan a los otros hombres aquellos a quienes vemos hacer vida áspera y austera; porque, dime, ¿qué solaz ni espectáculo más espléndido puede concebirse que la contemplación del universo? Mayor contentamiento hallan en él los amados de Dios que las gentes vulgares, porque, éstas, mientras miran con curiosos ojos el conjunto de la creación, sienten an-

gustiado el ánimo por no serles posible penetrar en las causas de innumerables maravillas; de aquí que haya muchos que, como acontece en las comedias, murmuran del autor y no es raro oírles afirmar que la naturaleza no es madre, sino madrastra, ultraje que aunque parece que es a la naturaleza a quien se infiere, va, en realidad, dirigido al Creador. En cambio, el hombre piadoso contempla con ojos ingenuos y devotos la obra sublime, todo lo admira, nada encuentra que no lo estime como el ápice de la perfección, eleva al Cielo palabras de ferviente gratitud, convencido de que tantas y tantas cosas excelentes fueron hechas para el hombre y en cada una adora la omnipotencia, la sabiduría y la misericordia del Señor, cuyas divinas huellas descubre en cuanto ve. Imagínate un alcázar tal como Apuleyo fingió el de Psiquis o, si quieres, mucho más hermoso y alhajado, y figúrate luego que vienen a visitarlo dos sujetos, el uno extranjero, que no trajo más designio que ver aquel palacio; el otro, hijo del dueño que hubo de hacer la construcción; ¿cuál de estos dos crees que sentirá mayor complacencia: el extranjero, que ningún interés tiene en el edificio, o el hijo del constructor, que advierte reflejado en el alcázar el ingenio del padre amantísimo, máxime si se para a meditar en que aquellas peregrinas riquezas fueron allí reunidas con el fin de que él las disfrutase?

Esp. Tu pregunta no necesita respuesta; pero la verdad es que son muchas las personas de costumbres estragadas que también saben, no sólo que hay Cielo, sino cuáles son las causas que cierran sus puertas, y no ignoran tampoco que cuanto existe fué hecho para el hombre.

Hed. Muchos lo saben, en efecto, pero no todos lo recuerdan cuando debieran, y, dado caso de que lo recuerden, es en ellos más poderoso el deseo de la carne que el amor de Dios; en cambio, los que aspiran a la vida celestial ven en el Cielo la máxima alegría.

Esp. Muy cierto parece lo que dices.

Hed. Si bien lo consideras, te convencerás de que

los goces de la mesa no consisten tanto en la suntuosidad de la mansión y en la delicadeza de los manjares que adereza el cocinero, como en la próspera salud del comensal y en la apetencia de su estómago, y así no vayas a pensar que ningún Lúculo come con mayor regodeo los platos de perdices, faisanes, tórtolas, liebres, sollos y lampreas que el varón piadoso come el pan de centeno, las coles o las legumbres y bebe agua, cerveza floja o vino muy aguado; la razón está en que este último recibe sus frugales refacciones como el don de un padre amoroso, las aliña con la plegaria, las santifica con la bendición, las acompaña con la lectura de los sagrados textos y las termina con la acción de gracias, todo lo cual da más fortaleza al alma que la que al cuerpo puedan darle los alimentos, y, finalmente, se levanta de la mesa, no ahito, sino satisfecho; no harto, sino confortado así de cuerpo como de espíritu. ¿Piensas tú que come con más gusto ninguno de esos arquitectos de pasteles que vemos por ahí?

Esp. ¿Y qué me dices del amor?; porque, si hemos de creer a Aristóteles, es el que produce la suma delectación.

Hed. Pues hasta en eso saca ventaja el hombre justo, no menos que cuando se trata de los incentivos de la gula, porque como es más intenso el cariño que se tiene a la mujer propia, también ha de serlo el goce de la unión con ella. A ningún otro hombre profesan las esposas amor más vivo que al que aman como Cristo amó a su Iglesia, porque al que quieren no más que por el apetito de la carne no puede decirse que le aman. Añade a esto que es más dulce aquella unión por lo mismo que es menos frecuente, circunstancia que no se le ocultó al poeta pagano cuando dijo

Voluptates commendat rarior usus.

Además, el deleite material es tan sólo una mínima parte del deleite, porque la mayor consiste en esa constante convivencia que entre nadie es más halagadora que

entre los cónyuges que se amen con verdadero amor cristiano; el otro se acaba con los años, pero éste, gracias a la cristiana caridad, florece con tanta mayor bizarría cuanto menor es el influjo de los estímulos carnales. Tú dirás ahora si he logrado convencerte de que ninguno vive con más plácido sosiego que el que vive en el amor de Dios.

Esp. ¡Ojalá todos estuvieran tan convencidos como yo!

Hed. Por tanto, si llamamos epicúreos a los que buscan las delicias y el placer, a ningunos podemos dar tal nombre con más propiedad que a los que hacen una vida de virtud, ni a nadie le convendría con más razón que al adorable fundador de la moral cristiana. La palabra *epicuro* quiere decir en griego *auxiliador,* y tal fué Jesucristo para nosotros, pues como la ley natural estuviera en extremo corrompida y olvidada y la de Moisés, más que para domar las pasiones, hubiera servido para exacerbarlas, Satanás reinaba tiránicamente en el mundo; entonces fué cuando Cristo tomó sobre sí la empresa de salvar al género humano, que iba pereciendo por momentos. Y, en verdad, que se equivocan de todo en todo los que dicen neciamente, que el carácter de Cristo fué sombrío y melancólico y afirman que nos recomendó llevar una vida de privaciones y renunciamientos, pues, por el contrario, la que se acomoda a su doctrina es la más dulce que puede imaginarse, la más deleitosa, la más distante de la atormentada existencia de Tántalo.

Esp. ¿Qué Tántalo fué ese?

Hed. Te reirás del cuento, pero en forma jocosa encierra una verdad muy seria.

Esp. Venga, pues, ese cuento joco-serio.

Hed. Los que se han dedicado a desentrañar el sentido filosófico de las ficciones mitológicas cuentan que un cierto Tántalo fué una vez convidado a la espléndida mesa de los dioses y, terminado el banquete, Júpiter quiso darle una muestra de su liberalidad, pues es fama

que tiene la costumbre de no dejar marchar a ninguno diese tener una mesa como aquélla todos los días de su grandeza. Dijo, pues, a Tántalo que le otorgaría la merced que le pidiera, y el huésped, ya fuera por sus cortos alcances, ya por ser de los que creen que la felicidad humana se cifra en el estómago, le pidió que le concediese tener una mesa como aquélla todos los días de su vida, petición a la que Júpiter accedió, confirmándola después de modo irrevocable. Cuando Tántalo fué a sentarse a su mesa, la halló provista de todo género de manjares exquisitos, y no faltaban tampoco ni el néctar, ni las rosas, ni los perfumes que recrean el olfato de los dioses, ni el escanciador Ganimedes o, por lo menos, uno de su misma figura; el coro de las Musas entonaba suavísimas canciones, danzaba el ridículo Sileno, asistían los bufones y, en suma, nada se había olvidado de cuanto puede servir de aliciente o de regalo a los sentidos. Tántalo, sin embargo, no estaba alegre en medio de tan magnífico aparato; suspiraba con ansiedad, tenía tristísimo el semblante y no osaba tocar a ningún bocado.

Esp. ¿Pues cómo?

Hed. Porque había visto a plomo sobre su cabeza una piedra enorme pendiente de un hilo que parecía próximo a romperse.

Esp. ¿Y por qué no se levantó y se fué de allí?

Hed. Porque la merced era irrevocable; ligábale a ella una especie de promesa y Júpiter no es tan benigno como lo es nuestro Dios para dispensar los votos temerarios con tal de que se conmuten por una penitencia; de otra parte, la misma piedra que a Tántalo le quitaba el apetito impedíale también levantarse de su asiento, pues temía que el más leve movimiento suyo produjese la ruptura del hilo y con ella su muerte irremediable.

Esp. Graciosa es la fábula.

Hed. Pues ahora escucha la aplicación que, ciertamente, no te hará reir. Las gentes, por lo general, buscan en las cosas materiales la satisfacción de sus deseos, sin pararse a considerar que la dicha verdadera sólo pue-

de encontrarse en la firmeza del espíritu. Los hombres que tienen la conciencia de su mal proceder ven constantemente suspendida sobre su cabeza una piedra mucho más aterradora que la de Tántalo, y aun pudiéramos decir que, más bien que suspendida, les está ya oprimiendo y torturando el alma, pues a todas horas les amenaza con las penas del infierno. Y yo pregunto, ¿hay en el mundo un deleite tan poderoso que logre llevar la alegría al alma sometida a una angustia semejante?

Esp. No creo que lo haya, a no ser que se trate de un demente o de un incrédulo.

Hed. ¡Ah! Si sobre esto meditasen los mozos que, enloquecidos por los placeres o por la copa de Circe, toman por dulce la miel envenenada, ¡con cuánto cuidado se apercibirían para no entregarse irreflexivamente a los engaños que han de ser su martirio todo el tiempo que les dure la vida!; ¡qué no harían entonces para depararse una vejez venturosa, una conciencia tranquila y una honra inmaculada! ¿Dónde hay vejez más miserable que la de aquel que cuando vuelve los ojos al pasado ve con espanto la extraordinaria hermosura de lo que despreció y la monstruosidad horrenda de lo que quiso para sí, y cuando los dirige al futuro advierte ya muy de cerca la pavorosa intimación de la última hora de su existencia y, tras de ella, los perdurables suplicios del Averno?

Esp. Felicísimos son, sin duda alguna, los que se conservaron puros en su mocedad y, adelantando siempre en el ejercicio de las virtudes, llegaron a los umbrales de la senectud.

Hed. Y muy próximos a ellos están los que después de una juventud disipada se arrepintieron a tiempo.

Esp. Pero, ¿qué consejo les darías tú a aquellos viejos infortunados?

Hed. Nadie ha de desesperar mientras viva, ni aun en el punto mismo de la muerte; yo les aconsejaría que se acogiesen a la misericordia de Dios.

Esp. Pero los que alcanzan una edad muy avanza-

da, habrán acumulado más pecados que arenas hay en la mar.

Hed. Pues mayor que el número de esas arenas es la misericordia divina, porque aquéllas, aunque el hombre no pueda contarlas, tienen un número finito, mientras que la clemencia de Dios no tiene ni medida ni fin.

Esp. ¿Y el que muera en pocos instantes, ¿tendrá tiempo de implorarla?

Hed. Cuanto menos sea el tiempo, más vivo ha de ser el ardor con que la invoque; a Dios le basta el que tarda la súplica en llegar de la tierra al cielo y la oración breve llega siempre allá cuando sale de un pecho fervoroso. La pecadora del Evangelio hizo penitencia toda su vida; en cambio, el buen ladrón, hallándose ya en la agonía, ¡con qué pocas palabras le pidió a Jesús el Paraíso! Si el pecador, poniendo todo el corazón en su plegaria, dijere: *Apiádate de mí, Dios mío, con la piedad de tu inmensa misericordia,* el Señor apartará de su cabeza la piedra de Tántalo, sonarán en sus oídos palabras de aliento y de consuelo y su alma, postrada por la contrición, resurgirá llena de júbilo al verse redimida de sus culpas.

FIN